

APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA

— DE —

**D. ANDRES MANJON**

GRANADA

Imprenta-Escuela del Ave-Maria

1924



LIBRARY

DGCL  
A

100 IV—Don Andrés Bello  
101 V—Don Andrés Bello  
102 VI—Don Andrés Bello  
103 VII—Don Andrés Bello  
104 VIII—Don Andrés Bello  
105 IX—Don Andrés Bello  
106 X—Don Andrés Bello  
107 XI—Don Andrés Bello  
108 XII—Don Andrés Bello  
109 XIII—Don Andrés Bello  
110 XIV—Don Andrés Bello  
111 XV—Don Andrés Bello  
112 XVI—Don Andrés Bello  
113 XVII—Don Andrés Bello  
114 XVIII—Don Andrés Bello  
115 XIX—Don Andrés Bello  
116 XX—Don Andrés Bello  
117 XXI—Don Andrés Bello  
118 XXII—Don Andrés Bello  
119 XXIII—Don Andrés Bello  
120 XXIV—Don Andrés Bello  
121 XXV—Don Andrés Bello  
122 XXVI—Don Andrés Bello  
123 XXVII—Don Andrés Bello  
124 XXVIII—Don Andrés Bello  
125 XXIX—Don Andrés Bello  
126 XXX—Don Andrés Bello

APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA

— DE —

D. ANDRES MANJON

+ 54282  
C. 1068103



APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA

DE

**D. ANDRES MANJON**

CATEDRATICO DE LA UNIVERSIDAD  
DE GRANADA,  
CANONIGO DEL SACRO-MONTE  
Y FUNDADOR DE LAS ESCUELAS  
DEL AVE-MARIA

POR

**UN MAESTRO**

~~~~~  
CENSURA ECLESIASTICA  
~~~~~

GRANADA  
Imprenta-Escuela del Ave-Maria  
1924



R. 44370

APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA

DE

D. ANDRES MANJON

CATEDRATICO DE LA UNIVERSIDAD  
DE GRANADA,  
CANONICO DEL SACRO-MONTE  
Y FUNDADOR DE LAS ESCUELAS  
DEL AVE-MARIA

FOR

~~~~~  
Es propiedad del autor  
~~~~~

UN MAESTRO

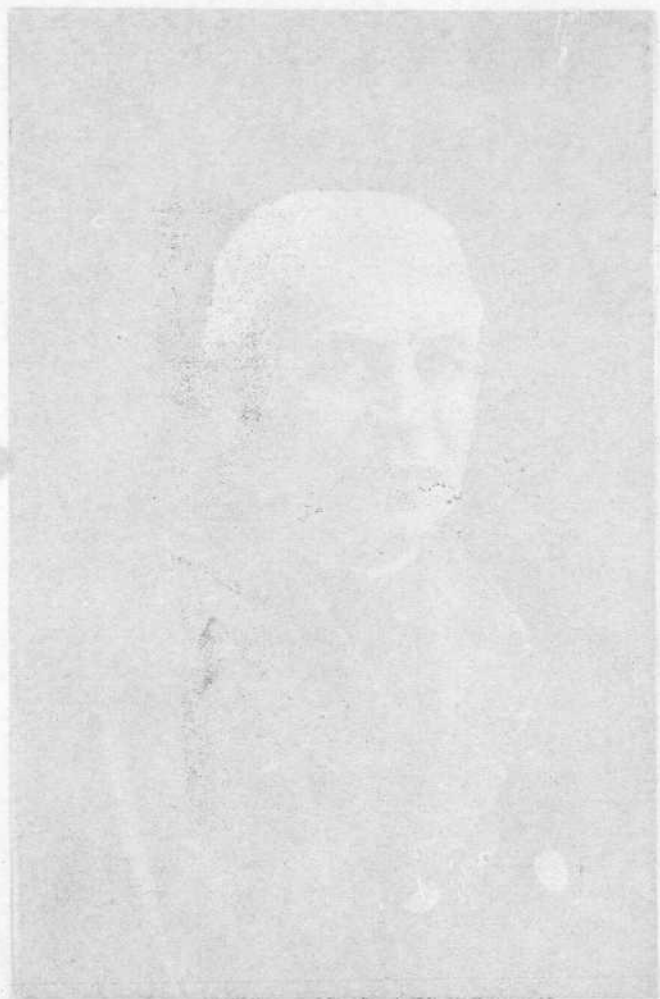
~~~~~  
DISTRIBUCION  
~~~~~

GRANADA  
Imprenta de la Universidad de Granada  
1924



R. M. 2070







## PROLOGO

Son muchos los que me piden datos de la vida de nuestro venerable Don Andrés, relación de sus trabajos, peripecias, virtudes, enfermedad y muerte. Para satisfacer estos nobles deseos de mis amigos, que lo son mucho más del Ave-Maria y su Fundador, he coleccionado estos *artículos*, en los cuales reconozco sinceramente que el mérito literario brilla por su ausencia. No se pueden pedir peras al olmo.

Sé que otros con más talento y espíritu investigador, más documentados, como ahora se dice, preparan una biografía completa y acabada. Pero entre tanto, mitiguen nuestros amigos sus fervorosos anhelos en estos ligeros apuntes, y perdonen las faltas, hijas de la torpeza, no de la buena voluntad, y eleven al cielo dos oraciones: una por el alma de Don Andrés Manjón, y otra en favor de este Maestro, muy necesitado de la protección divina. *Soli Deo honor et gloria.*

*Fil Autor.*



## PRIMERA PARTE

### I

## Pueblo y padres

(Año 1846)

En la parte más septentrional de la Provincia de Burgos, en una alta planicie de la Cordillera Cantábrico-Astúrica y en el punto mismo en donde nace la Ibérica, existen unas cuantas aldeas o pueblecitos, que en conjunto forman el distrito de la Lora.

Pueblos de montaña, y de montaña pelada, árida, pedregosa y pobre; páramo ingrato y monótono, animado de vez en cuando por berezales (o brezales) y alguna que otra hoya, en la que se crían trigo y cebada, legumbres y patatas. Esos pueblecitos o aldeas vivieron durante muchos años en estrechez y pobreza, aunque nunca en la miseria, y guardaron siempre con fidelidad las rancias y cristianas costumbres que heredaron de padres y abuelos.

Hoy son riquillos, porque han encontrado una verdadera mina en las patatas, las cuales son tan fecundas y ricas, que las buscan para simiente de todos los puntos de España, pagándolas con esplendidez, y han convertido aquel pobre y olvidado rincón de la Lora en un centro de riqueza y exportación.

El dinero suele ser enemigo de las buenas costumbres; porque aparta de Dios, busca el suelo más que el cielo, endurece el corazón, se aficiona quien lo tiene (salvo excepciones) a la molición y al regalo y poco a poco se olvida de la fe de sus mayores, para entregarse a la moda, usos y dichos de los menguados tiempos que corremos.

Todavía, gracias a Dios, se reza y oye Misa en esos pueblecitos de la Lora, apesar del dinero y las patatas; pero ya va entrando *la moda*, y se quiere vivir, hablar y vestir a estilo ciudadano; «porque todo cambia».

El pueblo más importante de la Lora es Sargentos, mayor que los demás, pues tiene *sesenta vecinos*, con hermosa Iglesia y amplios, higiénicos y preciosos Colegios, levantados, sostenidos y dirigidos (¡hasta hace poco!) por el más bueno, sabio e ilustre *sargentino* que conocieron los mundos.

En este pueblo de la montaña, último de la Provincia de Burgos, en Sargentos de la Lora nació el niño Andrés Manjón y Manjón el día 30 de noviembre del año 1846.

Sus padres fueron Don Lino Manjón y Manjón y Doña Sebastiana Manjón y Puente, labradores, ni pobres ni ricos; podían vivir trabajando y cultivando *por sí mismos* sus tierras. Cristianos a la antigua usanza, vivían felices en aquel rincón del mundo sin preocuparse de otra cosa que de servir a Dios, cuidar de su casa y educar a los cinco hijos con que el cielo los regaló. Sencillos con la sencillez del labrador honrado y cristiano, cultivaban sus campos en paz y en gracia de Dios; eran felices, pues tenían fe, pan, hijos y la tranquilidad de una buena conciencia.

Su madre, sobre todo, era una Santa. ¡Sebastiana Manjón! ¡La primera cocinera del Ave María! Ella merece párrafo aparte, y se lo dedicaremos.

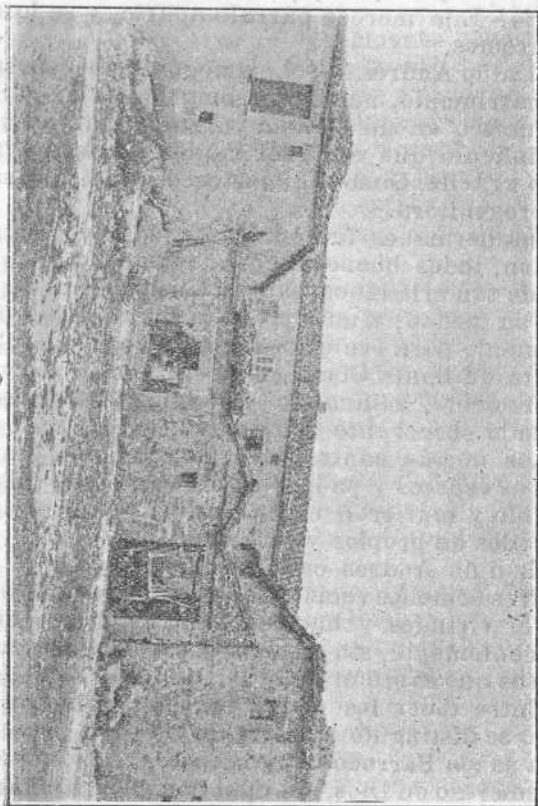
El niño Andrés fué el primogénito de este santo matrimonio, naciendo como Jesucristo y San Francisco en un establo y mostrando ya en su nacimiento que venía al mundo para realizar algo grande, como algunas veces predijo su santa progenitora.

Sus hermanos fueron Marta, María, Justa y Julián, todos buenos a carta cabal y dignos hijos de tan cristianos padres. Justa se distinguía por su piedad, y muy joven (a los 20 años) dejó el mundo para recluirse llena de gozo en el Convento de Santa Clara (Burgos), en el que vive santamente, edificando (y dirigiendo a veces) a aquella observante Comunidad franciscana.

Los demás contrajeron matrimonio, fueron santos esposos y padres ejemplares en el mismo pueblo y murieron en la paz del Señor, siendo llorados de propios y extraños.

El niño Andrés crecía en años, y tanto sus padres como los vecinos se ocupaban en sembrar en él virtudes y buenos ejemplos, que recibía inocentemente, sin saber los planes misericordiosos que sobre él tenía la Divina Providencia.

Entre todos los educadores espontáneos del niño se distinguió siempre un tío suyo, que era a la sazón Parroco de Sargentos, recto, sencillo y temeroso de Dios, del cual conviene hablar en el párrafo siguiente.



Gasa en que nació Don Andrés Bello

## II

**Don Domingo Manjón  
y Don Cipriano Hidalgo****(Año 1855)**

Le conocí y traté con frecuencia. Era D. Domingo Manjón alto, alegre, comunicativo, sencillo, lleno de caridad, todo amor para sus feligreses y aun para los extraños y fiel cumplidor de sus deberes y obligaciones de Sacerdote.

Dios quiso que este buen señor fuese nombrado Párroco de Sargentos, no sólo para dirigir aquella pequeña grey (*pusillus grex*) por el camino del cielo, sino para formar el corazón e inteligencia de su sobrinito Andrés en el santo temor de Dios. Solía repetir con mucha frecuencia ante sus amigos: «Ya veréis, ya veréis cómo este perillán será algo».

«Vamos a educarle con esmero diligente; que si los principios son buenos, todo irá bien, y al contrario, si empezamos mal, perderemos tiempo, paciencia y dinero»

«A la escuela cuanto antes, y entre Campos (el Maestro) y yo le formaremos en la virtud y en el saber».

«Veréis cómo mi Andrés es algo el día de mañana».

Y así fué; desde que apenas pudo andar y balbucir palabras, a la Escuela asistió, pasando sus primeros años confundido con los demás niños sin que nada extraordinario se notara en él, como no fuera la rta facilidad para aprender y

no poca aversión hacia el estudio y Escuela, más que por su propio natural, por la falta de Escuela sana y «por la cara de palo y palos» del severo, aunque bueno, Don Francisco Campos.

Y como el mismo Don Andrés escribió más tarde, *las rabonas o novillos* estaban a la orden del día, hasta que se convenció que no había más remedio que optar entre la Escuela o el castigo, y optó por aquella, aunque no de buen grado.

Muy cerca de Sargentos hay un pueblecito de 16 vecinos; su nombre es Ayoluengo, por tener un hermoso monte con hayas respetadas y miradas con todo interés hasta el día de hoy. Y así como en Sargentos estaba el buenísimo Don Domingo Manjón, como Párroco y Padre de los sargentinos, en Ayoluengo estaba de Párroco el no menos venerable y venerado Don Cipriano Hidalgo, sencillo y bueno como Don Domingo, y muy atento a la santificación propia y de sus queridos feligreses.

Vivía en compañía de Don Cipriano un hermanito suyo (Donato), en el cual tenía aquél puestas sus ilusiones, como su compañero y amigo, en Andrés, por ser el muchacho de agudo ingenio, bien inclinado al estudio y naturalmente laborioso.

Entre estos dos venerables Sacerdotes existía un inocente pugilato sobre cuál de los dos niños brillaría más en la sociedad.

Mi Andrés, decía Don Domingo, será Cura, Canónigo y acaso Obispo; pues de esta manera son todos.

El mío, interrumpía Don Cipriano, irá por



otras sendas, estudiará para Abogado y será Juez, Magistrado, tal vez Ministro, ¡quién sabe!

Y ambos niños estudiaban sin apenas darse cuenta de las ocurrencias, opiniones y sueños de sus protectores.

La familia de Donato Hidalgo tenía más recursos que la de nuestro Andrés Manjón y mostraba especial empeño (incluso el bueno de Don Cipriano) en vestirle de señorito, a *estilo de ciudad*.

Nuestro biografiado, al contrario, pobremente estudiaba, a lo pobre vestía, y en pobreza vivió siempre; y lo mismo sus padres que su santo tío Don Domingo veían con agrado la sencillez y modestia en que se desenvolvía la vida del muchacho.

Cuando los dos estudiantes regresaban del Colegio, una vez terminados los exámenes, los dos venerables Sacerdotes comparaban las notas obtenidas, discutían, miraban al mañana, y se veían felices y muy honrados, por tener dos esperanzas fundadas en sus respectivos colegiales.

¡Quién lo dijera!; aquellos dos humildes Curas de aldea acertaron en sus predicciones; Donato llegó a ser el Ilmo. Sr. D. Donato Hidalgo, que murió en Granada el año 1897, siendo Presidente de esta Audiencia y dejando una estela de virtudes, que honrará largo tiempo a la Magistratura.

Y el niño Andrés llegó a ser el Excmo. Señor Don Andrés Manjón, muriendo en Granada el 10 de julio de 1923, siendo Catedrático de esta Universidad, Canónigo del Sacro Monte y Fundador de las Escuelas del Ave-María.

Don Domingo vió a su sobrino en las alturas, gozando cual pocos hombres y atribando a Dios por sus misericordias.

Don Cipriano murió antes de ver a su hermanito «con la toga de Magistrado y la severa autoridad de todo un Presidente de Audiencia».

Don Andrés y Don Donato se quisieron siempre como hermanos, y jamás olvidará el que esto escribe aquella escena emocionante en que los dos se abrazaron, después de administrar el primero al segundo los últimos Sacramentos, y despedirse «hasta luego».

¿Quién pudo jamás pensar que aquellos dos paisanos, amigos y compañeros habían de terminar su vida en Granada, y con la distinción y el honor a sus restos mortales tributados? ¡Cuán ocultos son los designios del Altísimo!

### III

## Las Preceptorías

(Año 1857)

En varios pueblos de la Provincia de Burgos y de otras Diócesis de España, existen a modo de Academias preparatorias para ingreso en los Seminarios Eclesiásticos. En estas Academias, que llaman Preceptorías, se enseña únicamente Latín y Castellano, y de ordinario es el Párroco del pueblo quien hace de Director y Maestro.

El nombre legendario del preceptor es *Dómine*, y por tradición ha de ser duro de carácter, autoritario, siempre con cara cura y raras ve-

ces comunicativo con sus escolares; orden, disciplina, látigo y trabajo, he aquí el lema de aquellas Preceptorias o Seminarios en ciernes.

Entre todas ellas tuvo fama durante muchos años la de Polientes, aldea con pujos de capital, sita en el pintoresco Valle Redible, en medio de numerosos pueblecitos, frente a una montaña siempre verde, cuajada de robles y nogales, y regada por el caudaloso Ebro, que nace un poco más arriba, en Fontibre (Santander).

Corría el año 1857, y el niño Andrés Manjón ya sabía leer, escribir y contar correctamente, y hasta cantaba la *Epistola* en la Misa Parroquial con orgullo y satisfacción de su tío Don Domingo.

El niño era de claro entendimiento, aprendía fácilmente, aunque a la fuerza, cuanto le enseñaba el severo Maestro Don Francisco Campos, y, cuando a juicio de éste, Andrés sabía todo lo que en Sargentos podía aprenderse, el tío le entretuvo durante algunos meses en diversas Preceptorias con la idea de perfeccionar lo aprendido y prepararse para ir a Polientes, que era por entonces el *summum* o *Somo*, o *Capitolio* de todas las Preceptorias.

Celebrábase la *Virgen del Rosario* (en esa fiesta empezaron las Escuelas del Ave-María); había en Sargentos gran función religiosa con tamboril y gaita; concurrían a ella muchos lorriegos, y aun *vallucos*, de los pueblos limítrofes, que venían a la función para comer bien, bailar el baile típico del país, mostrar sus habilidades de jugadores de barra y bolos y lucir su *fachenda* con traje nuevo y camisa planchada; asistían varios señores Curas con manteo, al-

gún que otro señorito del pueblo, riquillos del país y acaso uno o dos Médicos, Boticarios o Maestros.

Don Domingo organizó la fiesta con todo el primor y delicadeza que pudo y supo, y todo hacia pensar que era el día grande.

Campanas y campanillos volteaban alegremente; tamboril y gaita despertó a los inquietos mozos y mozas de Sargentos y pronto se llenó el amplio y hermoso templo Parroquial; celebraba Don Domingo, asistido del ya conocido Don Cipriano y de Don Gregorio Fernández, (Párroco de San Andrés, y célebre por muchos conceptos que no vienen al caso referir); se cantó por los mozos la Misa *de los días solemnes*, y entonó la Epístola el niño de 11 años (casi los 12) Andrés Manjón, porque así lo había dispuesto Don Domingo; la cantó muy bien, como que hizo llorar al tío, y no se mostró insensible Don Cipriano. Fué un día de gran gozo para todos y todos se divertieron honestamente, menos el niño Andrés, que tenía pena, por tener que ir a Polientes al día siguiente a estudiar Latín, y... él no quería; le gustaban los *jatos* y las tierras mucho más que el Polo y el Nebrija.

Pero no hubo más remedio que marchar a Polientes; pues así lo ordenaban su tío Don Domingo, el severo Don Francisco Campos y los padres.

Y a Polientos fué a estudiar Latín, *sin querer*, en octubre del año 1857 con Don Liborio Ruiz, amigo de su tío y hombre de nervio; como el señor Campos.

Viendo el niño que a la fuerza ahorcan, a la fuerza estudiaba, y a la fuerza aprendió Latín.

durante tres años, *bastante bien* y con más aprovechamiento que los 21 alumnos que asistían entonces a la Preceptoría.

Con mucha frecuencia era visitado de su tío y de sus padres y *siempre* les decía que ni valla para estudiar ni quería coger los libros, y que aprendía con mucha dificultad; «Dios no me quiere para estudiante».

Al fin cobró alguna afición, y en junio del año 1860 *le doctoró en Latin* su Maestro Don Liborio, diiendo al tío y a los padres que ya podía ir a Burgos, porque en Polientes no tenía ya que aprender.

Por no andar con repeticiones, trasladamos al lector al artículo siguiente, redactado por el mismo Don Andrés, y en él podrá apreciar el desencanto y desengaño sufrido por la falta de Escuela y de buenos Maestros.

Como se ve, Dios trueca las inteligencias, corazonas y voluntades de los hombres, para llevarlas por los escondidos caminos de su Providencia, sin que El exija otra cosa que dejarse guiar y someterse a su santísima Voluntad.

El niño no quería estudiar, Dios en cambio quería todo lo contrario.

El niño suspiraba por el campo y la familia; Dios le había de preparar otro campo bien distinto, y otra familia más numerosa que la suya.

El niño se llamaba inepto e inútil para el estudio; y Dios se valió de *su ineptitud* para enseñar y educar, y ganar almas y corazones.

Ese es Dios, y ese es el hombre.

## IV

**Sus primeros estudios**

Entre los muchos originales inéditos de Don Andrés, he encontrado uno, que viene como anillo al dedo en lo que a su biografía se refiere, porque él mismo se dibuja y pinta de mano maestra, si bien el lector debe suprimir aquellos adjetivos y frases despectivas, que salen de su puma, hijas de la humildad profunda del biografiado. Dice así:

«Hace 70 años, algo sobrados, que nací en esa casa (escribió esto en su pueblo natal), la última del pueblo, en una cuadra, y hallándose sola mi madre (q. e. p. d.), quien en el paroxismo del dolor y no sabiendo a donde asirse, se agarró a las cadenas con que los bueyes son atados al pesebre.

Primogénito de mis hermanos, que llegaron a cinco, e hijo de unos padres no sobrados de medios, fui creciendo entre el afecto y socorro de padres y abuelos, y a los 5 ó 6 años me enviaron a la Escuela. Estaba la Escuela donde hoy es á, pero con menos luz y mayor pobreza que las que aun tiene.

De Maestro teníamos a Don Francisco Campo, natural de Rocamundo, hombre alto y huesoso, sin carrera, muy amigo de dar *palmetazos* y *recorridos* con las disciplinas, por lo cual le teníamos como se teme a un verdugo.

Con tal Maestro y tal local, donde se mascaba el polvo y el aire, no es de extrañar que rehuáramos ir a la Escuela, como se rehusan el veneno y la cárcel.

Por lo menos, yo confieso mi culpa, aborrecía la Escuela y temía al Maestro, y, cuando podía, me libraba de los dos escondiéndome.

Donde se ha levantado este Colegio para niños (que él construyó y es hermosísimo), había una *capachera* ruinosa y mal tejada, con dos viejos carros, bajo de cuyas cañas yo me ocultaba, saliendo a la hora de ir a casa, como si hubiera asistido a la Escuela. Mis padres (q. e. p. d.) se enteraron, y mediante una tunda de ellos y otra de Campos, el enérgico Maestro, opté por volver a asistir a la Escuela, como quien opta entre la cárcel y la horca, por el mal menor.

Allí, en aquella estrecha, baja, oscura y polvorienta cárcel, titulada hoy Escuela Nacional, aprendí a mal leer, escribir, contar y la doctrina cristiana; pero todo mal y rutinariamente, sin desarrollo de facultades ni ejercicios de composición y discurso: *maquinalmente*.

Para darme un barniz de Escuela superior, me llevaron por seis meses a la Escuela de Sedaño, donde viví con Gabriel Campo en casa de su tío Bonifacio, y aprovechamos más en el arte de buscar caracoles, cantueso, salavia y otras yerbas, en cazar pájaros y coger cerezas, que en el arte de leer y escribir.

### Estudia latín

Con este menguado bagaje literario me enviaron a Barrio Pamizares a *estudiar latín* con Don Marcos Hugo, Párroco nuevo de aquél pueblo, donde pescábamos truchas y cangrejos, manzanas y huevos, a la vez que declinaciones y conjugaciones de la lengua latina.

Tenía yo entonces 11 años. Trasladaron por

concurso a Cortes, junto a Burgos, a Don Marcos y con él me llevaron hasta que vino a Polientes Don Liborio Ruiz, con el cual mi tío Don Domingo (q. g. h.) había estudiado también el Nebrija. En Polientes estudié latín durante tres años sin entender al principio lo que estudiaba, aunque al fin me dijeron que nada me restaba que aprender en aquella Preceptoría.

Lo mismo Don Marcos que Don Liborio tenían por sistema castigar y meter la ciencia en fuerza de repeticiones y con el auxilio del palo, pareciéndose en esto al terrible Campos, mi primer Maestro; sacando yo la conclusión de que para ser Maestro lo primero que se necesita es reñir y pegar y poner cara de pa'lo.

Recuerdo que al despedirme de la Preceptoría de Polientes y trepar hasta el *Somo* (altura que domina el Valle Redible y en donde empieza la Lora), tendí sobre mis compañeros de Polientes una mirada de compasión, y volviendo la vista hacia Burgos, a donde iba a examinarme, me dije con petulante vanidad: «¿Qué me podrán preguntar en Burgos que yo no haya aprendido en Polientes?»

Es de advertir que era corriente el oír a los latinos de mi Preceptoría que un gramático de Polientes se podía presentar en todas partes con la visera alzada, sin temor a nadie.

### Va a Burgos

Llegué, pues, a Burgos, y en un Colegio titulado de San Carlos, a cargo de los PP. Jesuitas, me examinaron de Latín, y me dijeron que necesitaba cursar un año de *perfección*. ¡Qué desencanto fué el mío! Y más cuando añadieron que



si sabía algo de Retórica, Poética, Geografía, Historia, Griego y no se qué más cosas, de las cuales ni había oído hablar...

En un año pretendieron aquellos santos Padres darme un barniz de todas estas asignaturas, que, claro es, no pude digerir, más una mano de asperón y garlopa para suavizarme, lo cual no consiguieron, sino muy imperfectamente.

Al ver que el P. Doncel, mi Maestro en varias cosas, se reía, bromeaba y aun jugaba con sus alumnos, aprendí que hay dos clases de caras de Maestros, las de palo y las de pascua.

También recuerdo que mi tío el Cura (a quien debo lo que soy) me llevó a casa de Don José Real, Arcipreste y Cura que había sido de Tablada del Rudrón, y por entonces Párroco de Santiago en la Catedral de Burgos.

Vanidoso el tío por el saber de su sobrino, me invitó a que leyera ante aquel anciano señor y una sobrina suya, que hacía de ama. Leí; y el Cura y la sobrina me dijeron que tenía el sonsonete de la aldea, y que si bien cortaba a derecho, no siempre acertaba a leer lo escrito... Otro desencanto para mí y mi pobre tío. Algo contrariado éste, observó que yo era el mejor lector de Sargentos y que todos mis Maestros me ponderaban....

—Si, si, repuso el ama, para Sargentos, para una aldea no lee del todo mal.

Y yo dije para mí: ¿Cómo se leerá en las ciudades? Después he aprendido que ni en la ciudad ni en las aldeas abundan los Maestros que enseñan a leer y son raros los lectores que saben dar vida y expresión a lo escrito.

Y si en leer *s. bresalia* sin saber, ¿a qué se re-

ducían mis conocimientos en escritura, sin forma caligráfica, sin ortografía, en Aritmética, reducida a ejecutar con tardanza y equivocaciones las cuatro operaciones de sumar, restar, multiplicar y dividir números enteros (sin jamás haberme hablado de decimales y sistema métrico) y de la Doctrina del P. Astete, que repetía como un fonógrafo, pero sin entenderla?

### Lamenta su ignorancia

En suma, aquella exclamación del *Somo*: ¿qué podrán preguntarme que yo no sepa?, se convirtió en ésta, que es su contraria: «¿Qué me podrán preguntar que yo no ignore?»

Sobre esta base de mi ignorancia e incultivo, había que levantar el edificio de la Filosofía, la Teología y el Derecho, y si mi Escuela fué defectuosa, defectuosos fueron todos mis estudios, que me costaron mucho trabajo y bastantes apuros y vergüenzas; pues por donde quiera que iba, notaba mi falta de Escuela, falta que nadie suplía y que duró casi lo que mi vida, pues sólo ante la necesidad de enseñar, he suplido en parte los huecos que dejara en mí la Escuela primaria.

Cuando, no por mis méritos, sino por los planes misericordiosos de Dios, me ví en la cumbre ó *Somo* de dos Cátedras, una de Universidad y la otra de Seminario, tendí una mirada sobre el camino recorrido y los atasques y lagunas que en él había encontrado, reflexioné y me dije: «¿Pasarán los demás lo que yo he pasado? ¿Sufrirán las consecuencias de una menguada enseñanza primaria que yo he sufrido? La respuesta, en general, fué por desgracia afirmativa. Los

males de ignorancia e incultura, que son dos grandes males de la Patria, radican en los defectos de que adolece la Escuela primaria.

Y a este pensamiento obedecen las Escuelas del Ave María. No quiero que pasen otros lo que yo pasé por faltarme una buena Escuela. Deseo que las inteligencias y voluntades de los españoles (que valen tanto como las de cualquier otra Nación) no se achiquen y empequeñezan por falta de preparación y desarrollo, o lo que es igual, por falta de una buena educación.

Aspiro a que la Escuela sea la directora, norte y guía del hombre, o como hoy se dice, la Maestra de la vida.

¿Para ello se necesitan Maestros? Pues se hacen. ¿Se necesitan locales? Pues se construyen. ¿Se necesita dotar de campo e higiene, flores y cantos, instrumentos y alegrías a estas Escuelas? Pues se les da. ¿Se necesita un procedimiento infantil o adaptarlo a la edad, gusto y necesidades del niño? Pues se inventa y adopta. ¿Se necesitan gráficos e instrumentos que hagan sensible la instrucción? Se hacen y compran.

Y con Maestros, Escuelas y campo, manejo y procedimientos apropiados a los niños, queriendo el Magisterio trabajar, la Escuela podrá llegar al ideal de la perfección o aproximarse a él por grados, que consiste en poner los hilos para hacer hombres cabales.

Así, pues, los Párrocos nos tendrán por sus auxiliares para ayudarles a formar buenos cristianos; los padres, para haber buenos hijos; las Autoridades, buenos ciudadanos; la Humanidad, buenos hombres, y la Civilización, hombres dignos de su época y Nación, capaces de promover

el bien de todos desde los diferentes puestos a que los eleven sus virtudes y cultura.

El saber y la virtud valen para todo y todo lo consiguen, en el suelo y en el cielo »

¿Qué mejor biografía puede hacerse de Don Andrés que ésta redactada por su clásica y elegante pluma?

El candor de los pocos años, la repugnancia hacia la Escuela insana y antipedagógica, los primeros estudios entremezclados con las travesuras de su inexperiencia, los desencantos o desilusiones sufridos por falta de Maestros, singularmente en lo que a la primera enseñanza se refiere, etc., de todo esto se vale el Señor para preparar a Don Andrés y guiarle por los caminos de su amorosa Providencia hasta completar su formación literaria, ingresar en el Profesorado, vestir la sotana de Sacerdote, subir de Cánónigo al Sacro Monte y fundar el año 1888 las Escuelas del Ave María «para que no pasen los demás lo que yo he pasado por falta de una buena Escuela».

Aquí es que pueden aplicarse aquellas palabras de la Santa Escritura: *Mirabilis Deus in Sanctis suis.*

## V

### **Ingresa en el Seminario de Burgos**

(Año 1861)

El desencanto sufrido por el latino de la Preceptoría de Polientes, y el desengaño y pena de su tío, obligaron a éste a dejar al sobrino duran-

te el curso de 1860 con los PP. Jesuitas, con la mira de prepararle bien para ingresar en San Jerónimo y empezar los estudios de Filosofía en aquel acreditado establecimiento.

El P. Doncel, como más tarde expresó al Rector del Seminario, pudo apreciar que aquel joven sargentino era madera aprovechable para labrar en ella virtudes y letras, y que no era el estudiante inútil, como él supuso en el primer examen que le hizo.

Al año siguiente (el 1861) quedó en Burgos, como alumno externo del Seminario, nuestro biografiado en la Calle Alta y en casa de un Señor Manzano, el cual se dedicaba a hospedar estudiantes pobres mediante una módica pensión.

Diariamente y sin faltar un sólo día se veía al novel filósofo con sus libros bajo el brazo cruzar el Paseo del Espolón para asistir a clase en el Seminario de San Jerónimo; estudiaba con gusto, daba sus lecciones con aplomo, oía respetuosamente las explicaciones de sus Maestros y todo hacía concebir en él consoladoras esperanzas.

Al final de aquel curso obtuvo las primeras calificaciones en los exámenes, y ya el apellido Manjón se pronunciaba con respeto entre Maestros y discípulos, no ignorando Don Domingo los éxitos y disposiciones del sobrino.

Durante el verano volvió a Sargentos y ayudaba a sus padres en las faenas de recolección.

Al empezar el nuevo curso, regresó a la ciudad para proseguir sus estudios en la misma casa y condiciones que el anterior; y estudiaba, y asistía a clase, y sobresalía por su aplicación y se hizo de amigos y admiradores, quienes le proclamaron capitán y jefe de la cuadrilla.

Estos amigos y compañeros fueron: Manuel Campos Salce, hoy Coronel de Ingeniero; Saturnino Castresana, más tarde sabio y santo Jesuita y Profesor de Teología en Olla durante 40 años, y Juan Antonio la Fuente, actual Obispo de Teruel. Los cuatro eran jóvenes de talento y de nobles y generosos impulsos; pero amigos de la broma inocente e inofensiva, y más dados a la jovialidad y diversión honesta, que a la seriedad y caras místicas de seminaristas observantes, en tal forma que los Superiores llegaron a temer acerca de la vocación de los mismos, y hubo advertencias, y amenazas, y penas, según propia confesión del mismo Don Andrés.

Pero vigilados o libres, estudiando sin exceso y bromeando siempre, el curso se acabó aprobando los cuatro sus asignaturas y marchando cada uno a sus respectivos pueblos a reparar las fuerzas perdidas, a prepararse para el nuevo curso y con propósito *firme* de seguir pasando la vida alegremente; «porque el reino de Dios no es llanto, sino alegría».

En septiembre de 1832 regresan otra vez al Seminario y hacen Ejercicios Espirituales, antes de empezar los estudios, con todo el fervor y seriedad de buenos seminaristas.

Empieza el curso alegremente y todo va bien; mas de pronto recibe noticia alarmante de la penosa enfermedad en que ha caído su padre, si bien con la advertencia de que él siga en Burgos, «porque la enfermedad será larga y el enfermo de nada carece»; el buen humor desaparece como por encanto. Y aun trocése en amargo dolor cuando a los pocos días, su madre en persona le notifica la muerte del esposo y la or-

familia de los otros cuatro hijos. Tenía entonces Andrés 17 años y era el único que medio podía dirigir su casa y hacienda.

He aquí cómo Don Andrés (ya Sacerdote y Canónigo) describe a su madre, cuando perdió a su amante esposo.

«Diecisiete años cumplía el hijo mayor, cuando ella quedó viuda; pero le tenía estudiando, y empuñó con decisión la rejada «para que su hijo no dejara los libros; ya que yo sé arar y no leer, que aprenda él a leer y estudiar». Y dicho esto, montando en un rocín, seió de Sargentos de noche, sola, recién enterrado su marido, en invierno, y cruzando diez leguas de mal camino, para decir en persona al hijo estudiante: «Tu padre ha muerto; encomiéndale a Dios y sigue estudiando, para que, cuando seas Sacerdote, le tengas presente todos los días en la Santa Misa, y a mí con él. Ahora mira al cielo, que desde allí te ve tu padre. Sé tan bueno y honrado como él.» Y llorando un rato con su hijo, pero sin abrazarle, volvió a su casa a cuidar de la demás familia, faltando poco para que muriera envuelta por la tormenta de nieve y ventisca, que se levantó en aquellos desiertos y elevados páramos.

«¿Por qué, se dirá, en este viaje no la acompañó alguna persona? Porque ella no lo consintió. «Los pobres, decía, no necesitan criados; ocúpese cada cual en sus quehaceres, y no en cumplidos y pasatiempos».

El estudiante quedó en Burgos preso en una profunda emoción, que le impedía estudiar, y pensando a cada instante en aquella madre tan santa y buena como el cielo le depuso.

Durante varios meses desapareció la alegría,

y no sólo Andrés, sino los demás amigos sentían y llevaban la desgracia, consolándose unos a otros y pensando en remediarla en cuanto fuera posible con el estudio intenso, y mirando al porvenir.

El año 1863 fué para nuestro filósofo abundante en preocupaciones y amarguras; al fin terminó el curso con muy buenas calificaciones, y marchó al pueblo para ayudar a su madre y llorar con ella la desgracia con que Dios le visitó.

Y pasó el verano trabajando con ahinco hasta que otra vez llegó el momento de regresar a Burgos, para empezar el curso 1863 a 1864, el cual merece párrafo aparte.

## VI

### Curso de 1863-64

Empieza el curso y, como en los anteriores, nuestro filósofo, ya casi teólogo, sigue en la Calle Alta y humilde hospedería del Señor Manzano, y asiste con puntualidad a todos los actos religiosos y disciplinarios de la Universidad Pontificia.

Los inseparables compañeros, y de un modo especial Andrés Manjón y Campos Salce, proseguían su norma de conducta estudiando y *chirigoteando*, pero siempre en buen sentido, como más de una vez hemos oído afirmar a los interesados.

Tanta jovialidad y humor incesante, infundió en los Superiores del Colegio la sospecha de que nuestros cuatro amigos carecían de vocación, y





El seminarista Andrés Mañón a los 17 años

pusieron las hitos para confirmarse más en su criterio. A este efecto el Profesor de Lugares Teológicos y Superior del Seminario, indagaba, preguntaba, observaba y hasta encargó a otro discípulo que se fijara en los cuatro, por si había en ellos algo digno de castigo o reprimenda. El seminarista *soplón* cumplía bien su cometido, y era raro el día en que no existiera algún réspice para los cuatro, y de un modo especial para Andrés.

—¿Quién será el *soplón*?—se decía éste—. Lo he de averiguar.

Y lo averigüó del modo siguiente: Estando en clase todos los compañeros, incluso el Inspector-delegado, sacó Andrés una caja de fósforos, en la que había un mono pintado con muchos colores. Al pie del cuaderno escribió: «Este mono es D. P. (el profesor)».

Dió la caja al compañero que había a su lado, y éste al siguiente, y así a los demás, sonriendo todos al arrevimiento; pero llegó la caja al predilecto del Catedrático y, en vez de darla al compañero próximo, la entregó al Profesor. Este afeó severamente la procaz ocurrencia, gesticuló, amenazó, y al fin se supo que el firmante era Andrés.

Cayó sobre él un chaparrón de insultos y fue expuesto a la vergüenza de los condiscípulos y aun arrojado de clase, si bien inmediatamente readmitido. Andrés, calmados un poco los ánimos del Profesor, pidió permiso para hablar y dijo:

«Me confieso autor de la ocurrencia; pero conste que ha sido con la intención de averiguar quién era el compañero que me acusaba (y acu-

saba también a Campos, Lafuente y Castresana). No se me ocurrió ni pasó por mi mente ofender a mi Maestro, a quien respeto y amo; conseguido el fin, pido perdón a V. y a mis compañeros».

Una vez fuera de clase, nuestro biografiado buscó al acuseta y le propinó un buen par de bofetadas, como muestra del premio que le regalaría si continuaba ejerciendo su misión tan diligentemente. El muchacho escarmentó; dice la historia que en adelante fueron muy amigos y no pocas veces recordaban la famosa peripecia estudiantil, sin que jamás volviera a existir en ellos el más leve asomo de rencor.

Otro incidente vino a complicar y endurecer el estado de ánimo del Profesor y su discípulo Manjón. Pocos días después del suceso de la caja, discurrían alegremente por las afueras de la ciudad Campos Salce (hijo del Alcaide de la Cárcel de Burgos) y nuestro Andrés, tirando piedras a los pájaros; una de estas vino a dar en la cabeza a un muchacho, que resultó ser sobrino del Profesor Don P... No era grave la herida ni mucho menos, pero ¡la circunstancia del herido!...

Campos Salce se apuró; y Andrés le consolaba diciendo: «No nos queda otro remedio que estudiar como buenos para aprender la Asignatura tan bien como él la sabe».

Y así lo hicieron; estudiaron sin descanso y Andrés singularmente se distinguía en clase sobre todos sus compañeros, confesándolo más tarde el Profesor *herido*.

Llega el fin de curso; Andrés confiaba en su talento y en la firme convicción que tenía de saber bien la Asignatura; fué examinado y al fin... suspenso.

Llegó el suspenso al alma del examinado, y convencido de la injusticia, dijo al Profesor: «Yo creí que los Maestros no tenían pasiones. Usted sabe que yo poseo bien la Asignatura; ¿por qué el suspenso?»

El Maestro no contestó y añadió el discípulo: «No vendré más al Seminario. Buscaré otros caminos y otros Maestros que sepan hacer justicia».

Tal vergüenza y bochorno produjo en nuestro Andrés esta calificación, que le hizo resolver no tornar a su casa. Durante los meses de junio a diciembre estuvo fuera, sin acordarse de la amargura y lágrimas consiguientes de su madre y familia, que le buscaban por todas partes, sin encontrarle en ninguna.

Al fin su santa madre, perdida toda esperanza humana, se encomendó a la Virgen del Pilar y a San Miguel, y ofreció ir con su hijo (cuando lo encontrara) a Zaragoza para besar el Pilar y ofrecer al hijo perdido, a fin de que Ella le protegiera con su manto inmaculado y pudiera ser un Sacerdote ejemplar.

En caminóse a Burgos la atribulada madre, y providencialmente se encontró con su hijo, el cual más parecía esqueleto, por los sufrimientos pasados, que persona humana.

Abrazáronse madre e hijo el día de la Inmaculada del año 1863, y el afligido Andrés explicó a su madre que todo lo ocurrido y las lágrimas que por su culpa ella había derramado reconocían como causa el *suspenso*, evidentemente imperecido, porque él sabía la Asignatura para sobresaliente; y la vergüenza de presentarse en casa con el borrón del suspenso y ante el Profesor con el estigma de la falta cometida, se

ocultó de propios y extraños, comiendo de limosna y sin saber ni a dónde ir ni a qué dedicarse.

Prometió a su madre solemnemente proseguir los estudios, y ser en breve un buen Sacerdote para consuelo suyo y bien de su alma.

—Hijo mío, dijo la madre, te he ofrecido a la Virgen del Pilar, y hemos de ir a Zaragoza para hacer ante Ella ese ofrecimiento.

—Sí, madre, vayamos a Zaragoza, y que la Virgen me perdone, y que aquel bendito Pilar sea testigo de que yo seré siempre de la Virgen y para la Virgen.

Lo que madre e hijo gozaron, sumergidos en un mar de lágrimas, Dios y ellos lo sabrán.

¡Cuántas veces vi yo llorar a nuestro Don Andrés con el sólo recuerdo de esta tiernísima escena!

Cuando se inauguró el Internado de Maestros, dijo Don Andrés con lágrimas en los ojos: «Dedico esta Casa y esta hermosa obra a la Virgen del Pilar, porque a Ella le debo todo lo que soy y a Ella me consagró y ofreció mi santa madre el año 1864».

## VII

### **Suspende la ordenación**

(Año 1868)

Histórica puede llamarse la visita que madre e hijo hicieron al devoto Templo del Pilar en Zaragoza, pues allí prometió Andrés ser de la Virgen y vivir sólo para la Virgen, y allí se afianzó

más en su vocación sacerdotal, deseando vivamente que llegara el día de ordenarse.

Vuelve a Burgos, prosigue sus estudios de Teología con gran aprovechamiento y ya empieza a vislumbrarse en él un gran espíritu de caridad y de sacrificio, y el temple de alma y la nobleza de sentimientos, que hasta poco ha hemos tenido la dicha de ver.

Declaróse en Sargentos la enfermedad del tífus el año 1866; pronto el contagio se extendió a gran número de familias, muriendo muchas personas, incluso el Médico, y apoderándose al horror y pánico de los vecinos, que huían aun de los parientes enfermos, dejándolos enteramente abandonados.

Sólo dos personas se distinguieron por su caridad y abnegación: la Señora Sebastiana y su hijo Andrés; ella preparaba los alimentos y él los servía; ella cuidaba del aseo de los enfermos y de la casa y él les prodigaba palabras de consuelo y daba las medicinas a las horas convenientes; y ambos amortajaron y enterraron a los muertos, después de pedir a Dios por ellos.

—Hijo mío, decía la madre, Dios conserve siempre en tu alma tan nobles y caritativos sentimientos.

- Pero madre, añadía el hijo, ¿no es esto lo que Dios manda a todo hombre? ¿amarás a Dios con toda tu alma y al prójimo como a ti mismo? ¿yo no encuentro mérito alguno en obras de esta clase.

Malos vientos corrían en las alturas del poder para la Religión y la Patria; el trono de Isabel II se bamboleaba; las luchas políticas entre progresistas y moderados amenazaban destruir el

orden social; las Instituciones armadas, que en el apoyo de la sociedad, estaban influidas por las ideas del motin y la revuelta, y todo indicaba que la horrorosa tormenta de odios y pasiones estaba a punto de estallar. Y estalló; varios generales se pusieron al frente de los revolucionarios, encontrándose en Alcolea con las tropas isabelinas; con éstas derrotadas, y el grito de *revolución gloriosa* se extiende rápido por toda la península, triunfando de momento las *nuevas ideas* y haciendo huir a la Reina, que tiene que refugiarse en la nación vecina y vivir como desterrada.

Pronto empezó la guerra a la Iglesia. Persiguieron a las Ordenes Religiosas sin compasión, se confiscaron sus bienes, quedó abolido el Concordato del 51, cerráronse muchos Seminarios, y a título de *progreso*, se retrocedió a los primitivos tiempos de la Iglesia, cual si dirigiera los destinos de nuestra Patria Nerón, o Severo, o el apóstata Juliano.

Muchos seminaristas abandonaron sus estudios y varios los suspendieron mientras pasaba la tormenta. Andrés Manjón, que ya había cursado toda la Sagrada Teología, pensó en ordenarse, «porque Dios le llamaba para el Sacerdocio».

Consultó al confesor y otras personas, y siempre, después de la consulta, acababa pensando de sí: «que era indigno del Sacerdocio, y temía subir al altar, porque ¡no era angel, sino pobre pecador!»

Así lo expresó en multitud de ocasiones a su tío Don Domingo, y con esta sinceridad hizo la consulta al Director Espiritual del Seminario de San Jerónimo.

Tenia, pues, vocación, y se equivocan los que afirman que abandonó el Seminario y la carrera con miras al matrimonio; en el que nunca pensó, aunque no pocos se lo aconsejaron más tarde, por no conocer *a fondo* el espíritu y sentimientos que abrigaba su corazón noble y sincero.

Su tío mismo, y como él otros muchos, le hicieron desistir de la ordenación «hasta ver si pasaba la tormenta», y para no perder el tiempo, cogió de nuevo los libros, hizose Bachiller en una convocatoria y marchó a Valladolid para cursar la carrera de Derecho en aquella Universidad, cuando tenía 23 años, o sea el 1869.

En el párrafo siguiente indicaremos algo de su estancia en dicha población castellana.

## VIII

### **Estudia en Valladolid**

**(Año 1869 y siguientes)**

Aconsejado por su tío Don Domingo, marcha a Valladolid y estudia Derecho, terminando su carrera en cuatro años y doctorándose en la misma Universidad el año 1873 con arreglo al Decreto Ley de 21 de octubre de 1868.

Así como en Burgos se asocia con muchachos listos y probos que más tarde brillan por su virtud y saber, en Valladolid adquiere amistad de dos jóvenes sobresalientes, de alma grande y fe arraigada y sentida: Tomás Cámara y Teodoro Gil; el primero, más tarde sapientísimo Obispo de Salamanca, y el segundo, actual Magistrado del Tribunal Supremo.



Más hombre que en Burgos, conocedor de la vida y pensando rectamente que su porvenir estaba en los libros, dedicóse al estudio con todas veras y singular aprovechamiento, con el fin de consagrarse a la enseñanza universitaria, hacia la que se sentía interiormente llamado.

Aunque, en estos tiempos de revueltas, muchos perdieron la fe, y en muchísimos quedó amortiguada, no así en el joven *Abogado* Don Andrés Manjón, que supo conservar tan preciada joya y hacer buenos a sus padres, de quienes la heredó.

Puede apreciarse su ortodoxia católica en la hermosísima Memoria del Doctorado, que versó acerca de este interesante tema: «¿Cuáles son los diferentes sistemas de la propiedad? Principios verdaderos».

Forma el manuscrito, que le contiene y es autógrafa, un volumen de 14 hojas en folio, conservado en el Archivo de la Universidad de Valladolid. Está concienzudamente expuesto y elegante y correctamente redactado y sobre todo en conformidad escrupulosa con los sanos principios de la *Ética* cristiana. ¡Ojalá pudieran leerlo y *asimilárselo* los bolcheviques de Rusia o los *ilusos* socialistas de nuestros días! Más parece trabajo de doctor encanecido en letras que de imberbe e inexperto abogadillo.

Decía el mismo Don Andrés, hace poco, en Lanjarón, (el 14 de mayo de 1923) a uno que le acompañaba: «La inteligencia del hombre varía poco y más tiende a la adaptación al medio que a la variación.

«He leído mi Memoria del Doctorado no hace mucho (porque Don Rufino Blanco me la mandó

para darme una sorpresa), que trataba acerca de la propiedad, y, hoy viejo, suscribo y nada añadido a lo que dije y escribí, cuando era *un pe-  
lele*, un pobre estudiante».

Doctor ya y terminada su carrera, ¿qué hacer?

Su tío Don Domingo le escribió diciendo: «Te di carrera, te hice hombre, me sacrifiqué por tí; ahora tú verás; agénciate, vive por tu cuenta, que ya no eres ningún niño».

Intentó vivir en Valladolid, y no sabiendo de qué modo, fundó una Academia que él titulaba: «Estudio privado dedicado a los alumnos de la segunda enseñanza, bajo la dirección de Don Andrés Manjón y Manjón.

Se da paso de Gramática Castellana y latina, Retórica y Poética, Historia Universal y de España, Geografía, Lógica, Psicología y Ética. Existe además un Profesor especial de Francés.

Local, Angustias, 43, entresuelo».

Un año escaso estuvo en esta Academia; al ver que no daba para vivir, alzó el vuelo y marchó a la Corte, a donde le seguiremos inmediatamente.

## IX

### Cinco años en Madrid

(Año 1871)

¿Y qué hacer en Madrid sin conocer a nadie? ¿Se dedicaría a enseñar, ya que sentía vocación por esta clase de trabajo?

¿Pero en dónde, y con quién, y con qué recursos?

Providencialmente fué recomendado nuestro Don Andrés al Director del Colegio de San Isidoro, Colegio entonces muy acreditado por la comocetencia y probidad de su personal docente.

Don Andrés fué admitido en calidad de Inspector, cargo que desempeñó con acierto y aplauso de todos. A los pocos meses le adjudicaron las clases de Geografía e Historia, y aquí fué donde empezó a mostrarse como pedagogo y originalísimo Maestro.

Mensualmente solían darse por los respectivos Profesores explicaciones o conferencias públicas sobre las materias que ellos creían más provechosas o necesarias, y llamó tanto la atención de Maestros y discípulos el modo de presentar los asuntos y los originales y ocurrentes métodos del Doctor Manjón, que se captó las simpatías, el respeto y la admiración de todos sus compañeros.

«No era un adocenado, decía más tarde Don Eduardo Jusué, el Doctor Manjón, sino el hombre culto, el trabajador incansable y el Maestro consumado».

Trabajaba diariamente *diez horas*, y por ese trabajo percibía al mes 100 pesetas; jamás pidió más, y supo amoldar su vida a esos módicos ingresos.

Muchas veces dijo Don Andrés que a esas *diez horas* de trabajo intenso y a esas *miserables 100 pesetas* les debía su carrera y el haberse conservado limpio y sin peligros en la Corte, que era entonces, como hoy, un incentivo del vicio y del pecado.

Tanto trabajo exigía algún descanso, que nunca pudo encontrar, si no era los domingos, en

los que iba a pasear a la Fuente de la Teja casi siempre solo. ¿Y por qué iba a esta parte?

Sus compañeros de Colegio le observaban de cerca, más por curiosidad que por interés alguno, y pudieron apreciar que Don Andrés hablaba con varias jóvenes y tomaba notas, y recibía de ellas papeles o documentos, que él guardaba con especial cuidado e interés ¿Qué era eso?

Don Andrés había oído decir que a aquella fuente (sita en una amplia y hermosa pradera) acudían muchas parejas, no casadas como Dios manda, sino amancebadas y hasta alardeando de su lamentable estado; y él, queriendo remediar, en cuanto fuera posible, tales escándalos, se dedicaba a legitimar matrimonios y a poner paz en las familias; era un Ozanam, que buscaba el vicio para evitarlo y al pobre para remediar sus necesidades.

Casó a muchos, tantos, que llegó a aburrir a un oficial curialesco, cansado de recibir visitas gratis de aquel impertinente Abogado sin bufete.

«Yo, decía él, me callaba y hacía el bien que podía».

Terminadas sus obligaciones del Colegio, se encerraba en su humilde habitación y allí se preparaba sin descanso para opositar a una Cátedra de Cánones en la primera vacante, exponiendo su vida; porque abusaba de su salud y ponía un trabajo que excedía sus fuerzas y a gastadas por tantas luchas y dificultades como había encontrado en su carrera.

«Estaba contento en San Isidoro, decía, pero me sentía con vocación irresistible hacia la enseñanza universitaria e intenté ir a ella dos veces, y al fin ir gresé en el Profesorado por opo-

sición, y *con oposición* de algún político, de quien no era yo santo de su devoción».

¡Pobre Don Andrés!; por poco muere, porque la inspección, las clases, el estudio, el trabajo intenso, le debilitaron tanto, que algunos temieron por su vida. Pero Dios, que sabe sacar fuerzas de flaqueza, le dió voluntad firme, paciencia en la adversidad, constancia en sus propósitos y al fin... el triunfo de sus trabajos, como se verá en el párrafo siguiente.

## X

### **Discute en su juventud con los enemigos de la Iglesia**

Don Andrés Manjón fué siempre un espíritu militante, y siempre dispuesto a discutir y hablar por defender los a todos intereses de la Iglesia, sin miedo a ninguna clase de personas.

Por vía de ejemplo y para enseñanza de quienes esto leyere, quiero hacer un poco de historia, y a continuación copiar literalmente algún párrafo de un artículo inédito suyo en el que se retrata él mismo admirablemente.

Los años 1868 y siguientes, durante un decenio *por lo menos* fueron de revueltas y motines y las palabras *progreso, libertad, revolución, oscurantismo*, etc., estaban en bocas e inteligencias de muchos.

Durante el año 1870 dirigía el Ministerio de Gracia y Justicia un catedrático de Derecho Canónico, que más tarde llegó a ser jefe de una importante fracción política. Ese ministro-cate-

drático pronunció un *atrevido* (por no decir revolucionario) discurso acerca del «Matrimonio Civil» en las Cortes Constituyentes de 29 de abril de dicho año.

Los católicos se indignaron y escandalizaron con tal Ministro y discurso; y Don Andrés Manjón, que era por entonces un simple estudiante en la Universidad vallisoletana, escribió una protesta y acotó documental y graciosamente la *oración parlamentaria* del Ministro progresista, con gran satisfacción y contento de los buenos; y más tarde, 1875, siendo ya de la Academia de Legislación y Jurisprudencia, intentó pulverizarlo desde la tribuna de esta famosa institución.

Oigamos al mismo Don Andrés, refiriéndose a este suceso en el original antes citado. Dice así:

#### «PARODIA M...»

Al Excmo. Sr. D...

Permitidme que os dedique este trabajo, que V. E. me ha inspirado, y del cual, según mi opinión, necesita cual ninguno.

Dios, en quien creo y a quien sirvo, ha unido de tal modo nuestros destinos, que me considero por El movido a escribir este opúsculo para remedio vuestro y de cuantos en V. E. confían.

Los dos nacimos pobres; V. E. de un procurador de Juzgado, yo de un honrado labrador de aldea; Sacerdotes y Dóminos me enseñaron Latín y Humanidades como a V. E.; en Seminario cursamos Sagrada Teología por los mismos textos y obtuvimos las mismas notas; de seminaristas cursamos Leyes, y, concluidas nuestras Carreras, fuimos en busca de fortuna a Madrid; hablamos en la Academia de Legislación y Ju-

risprudencia; hicimos oposición a Disciplina Eclesiástica de Santiago y ambos explicamos dicha Asignatura en la misma Universidad; los dos fuimos trasladados a Derecho Canónico que actualmente explicamos.

Parece que yo he seguido vuestros pasos; la casualidad, dirá algún sabio, da de sí mayores combinaciones; pero ni V. E. ni yo somos casualistas, sino en todo, por todo y para todo providencialistas.

Los contrastes probarán esto mejor que la identidad o analogías y semejanzas.

V. E. nació en ciudad, yo en aldea; V. E. en G. con carácter suave y dúctil, yo en Cantabria con cierta rudeza e inflexibilidad. V. E. entre brumas y nubes, praderas siempre verdes y montes cubiertos de amarillos tojales; yo entre fríos y nieves en la cumbre de la Cordillera Ibérica, donde se da la mano con la Pirenaica, sobre un suelo estéril cubierto por el oscuro brezo, menos dos o tres meses que suele vestirse de blanca nieve.

V. E. nació de familia tradicionalista, y yo de quienes jamás trataron de política.

V. E. fué ayudado en su carrera por el Seminario que le dió una beca; y yo fui siempre externo y recité módico hospedaje de mi necesitada familia.

V. E. no se mostró liberal cuando estudiaba, (sus condiscípulos juzgaban lo contrario); y cambió de modo de ser en cuanto llegó a Madrid, perorando en la Academia de Legislación y Jurisprudencia en sentido regalista y por consiguiente ultra-liberal, y a gusto de Aguirre, Gómez de la Serna y otros, cuyo apoyo y protec-

ción se conquistó por este medio; yo *jamás* me ocupé de política ni figuré en partido alguno. NI DEJE DE LUCHAR CONTRA LA CORRIENTE, viviendo cinco años de la enseñanza privada con trabajo que no bajaba de 10 horas, y utilidades que no pasaron de 20 duros mensuales.

Cuando fui a la Academia, atraído como otros muchos por el gárrulo exagerar de los periódicos (a los 30 años), hallé a V. E. de Presidente; se discutía el Decreto de 9 de febrero de 1875 firmado por Don J. Cárdenas, y por concomitancia la Ley redactada, defendida y presentada por V. E. sobre «Matrimonio Civil»; tomé la palabra en contra de vuestra obra, y sólo me escuchásteis una noche, mandando después quiea os representara, que fué Don Gumersindo de Azcárate, el cual me interrumpió unas seis veces. De esta Academia me retiré cuando me persuadí por una dolorosa experiencia que sólo era al exterior, en las sesiones públicas y privadas un *blasfemadero*, y entre bastidores un cazadero racionalista de jóvenes incautos».

Basta con esto para mostrar a Don Andrés como hombre de ideales, convencido de la verdad, batallador incansable y polemista temible, como seguiremos viendo en párrafos siguientes.

## XI

### **Es nombrado Catedrático**

(Año 1878)

Aquel llamamiento interior que sentía hacia la enseñanza, le hizo olvidarse de todo para dedicarse a los libros; pero, como andaba mal, muy



mal de recursos, se vió obligado a ganar el pan escribiendo, y ya eran artículos magistralmente redactados, que aparecieron en «Los lunes del Imparcial!», o lecciones prácticas y originalísimas, que fueron admiradas por el mundo sabio, y hasta comedias.

El año 1874 hizo oposición a la Cátedra de Disciplina Eclesiástica, vacante en la Universidad de Salamanca; dicen que la ganó, pero el Señor Montero Ríos hizo presión ante el Ministro y fué nombrado el otro. Apesar de esto, fué proclamado por el Tribunal hombre digno de desempeñar una Cátedra, y en 5 de febrero del mismo año, le nombraron suplente de dicha Universidad.

En ella explicó varias Asignaturas e hizo un esfuerzo mental abrumador, en tal forma, que los Médicos temieron por su vida.

Volvió a Madrid y firmó otra vez las oposiciones a la Cátedra de Disciplina Eclesiástica de la Universidad de Santiago. Demostró de nuevo sus profundos conocimientos canónicos, y por unanimidad fué puesto el primero en terna pasando el expediente al Ministro de Fomento, que era entonces el Excmo. Sr. Conde de Toreno.

Nuevamente intentó el Sr. Montero Ríos influir ante el Ministro para que se nombrara al segundo en terna, y hubiera conseguido sus deseos, si algunos amigos de Don Andrés no advirtieran oportunamente la diabólica pretensión del político.

Y digo diabólica, porque la razón que él alegaba para arrebatarse la Cátedra a Don Andrés es que era un *neo exagerado* o un *gran derechista*, como se diría ahora.

Al fin se impuso el buen sentido, triunfó la justicia y por R. O. de 29 de abril de 1879 fué nombrado Catedrático de la Universidad de Santiago.

Aun se acuerdan algunos del éxito de su oposición. En un viaje que pocos años ha hicimos a Huelva, el Señor Gobernador, coopositor suyo, me refirió los triunfos de Don Andrés en aquellas célebres oposiciones, las amarguras que el Señor Montero le hizo pasar y el consuelo que experimentó, cuando se vió Catedrático.

«El Programa y la Memoria que al efecto presentó se conservan inéditos en el Archivo de Instrucción Pública y Bellas Artes.

El Programa, que consta de 86 lecciones, es un modelo de construcción lógica y pedagógica, y la Memoria es admirable disertación, en la cual se expone de insuperable manera un elevado concepto del Derecho Canónico y de sus fines primarios».

Aquel consuelo fué transitorio. No le satisfacía la vida de Santiago. ¡Tanta era la afición que había tomado a la de Madrid! «Cuando me ausenté de la Corte, dice él, sentí pena, y formé el propósito de hacer cuantas oposiciones fueran necesarias para conseguir una Cátedra en la Universidad Central. Estas fueron mis aspiraciones entonces».

Dios pensaba de modo bien distinto, y El permitió que Don Andrés fuera a Santiago, en cuya Universidad explicó un curso completo de Disciplina Eclesiástica con aplauso de los buenos y no pocas censuras de los políticos amigos de Montero Ríos.

Entró en la Cátedra por la honrosa puerta de

la oposición y entró para hacer un bien inmenso a la enseñanza universitaria, como veremos en otro lugar.

## XII

### **Su traslado a Granada**

(Año 1879)

Explicaba en la Universidad de Santiago la asignatura de Disciplina Eclesiástica, mostrándose satisfecho del cargo y de la carga, que *siempre* llevó con gusto; pero envuelto, casi a diario, entre nieblas y aguaceros, bajo un cielo triste y plomizo, sin apenas ver el sol, le entró la *murria* o pena y se acordaba del cielo limpio y claro de Castilla.

—Cuando haya alguna vacante, aunque sea en el último rincón de España, decía, allá iré, cueste lo que cueste; si sigo aquí un curso más, muero de pena.

Y Dios hizo que apareciera la vacante en la Universidad de Granada.

No conocía Don Andrés a Granada; pero sí había leído y oído cantar las bellezas de esta Ciudad del Dauro y del Genil, el sol espléndido y risueño hermosado con la blancura de la sin par Sierra Nevada, y los encantos y poesía de los cármenes y jardines granadinos.

—A Granada, pues, y que sea lo que Dios quiera, se dijo nuestro joven Catedrático.

Solicitó por concurso la vacante y se le adjudicó la Cátedra de Derecho Canónico en esta Universidad, el 17 de abril de 1880, Cátedra que



Don Andrés Manjón, Catedrático de la Universidad de Granada.  
 Catedrático de la Universidad de Granada, el 17 de abril de 1860, Catedrático de  
 la Universidad de Granada, el 17 de abril de 1860, Catedrático de

ha venido desempeñando con aplauso y admiración de todos hasta los 72 años de edad, en que fué jubilado por disposición de la Ley.

Vino a Granada y lo primero que preguntó fué qué ideas profesaban sus compañeros de Universidad, «para formar el plan de campaña y empezar su vida de apostolado».

Su venida fué en el curso de 1880 al 81. Muy pronto trabó amistad: con Don Francisco Javier Simonet, lumbrera del saber y católico de acción; Don José Alonso, químico eminente y fervoroso cristiano; Don Fernando Brieva, cultísimo historiador, más tarde Profesor del Rey, hablista clásico y elegante y gran defensor de la Religión y la Patria; el Sr. Gurria, autor de una de las mejores Gramáticas Latinas que yo conozco; y otros compañeros de Cátedra de la misma calidad y hombría de bien.

Era bueno y lo bueno iba buscando; era sabio y con sabios se reunía; era polemista y con polemistas y luchadores quería amistad; era trabajador incansable y con trabajadores de la inteligencia encontraba contento y satisfacción.

Durante ese curso sólo se dedicó a conocer a Granada, a la Granada artística, bella, culta, histórica y monumental, y después de dar su clase paseaba por la Ciudad y estudiaba sus monumentos; hacía mil preguntas a sus ilustres y sabios compañeros; hizo algunas excursiones (algunas preciosísimas) por la Sierra y Vega para admirar sus bellezas y tenía especial satisfacción en pasear y observar los Barrios extremos de la población, porque eran más tranquilos que el bullicio del centro o del café y más higiénicos aunque más pobres y abandonados.

No todos sus compañeros eran de esa opinión y poco a poco iban aficionándole a la tertulia y a la charla (que en ellos era siempre interesante) sentando *sus reales* en el Café de la Alameda, que aun subsiste.

— Pasando un día Don Andrés subido en su borraca frente a ese café y acompañado del que esto escribe, dijo: «¡Cuánto tiempo he perdido yo en ese café!».

Perdido el miedo del *año de noviciado*, muy pronto aquellos sabios y cristianos amigos se organizaron *en sociedad* para hacer algo grande en bien de Granada y en provecho de los altos intereses de la Patria.

Y el uno, Brieva y Salvatierra, redacta en la «Ilustración Católica» aquellos artículos sobre Santa Teresa de Jesús, que causan el asombro del lector por la elegancia del estilo y la profundidad de los conceptos; el otro, Javier Simonet, revuelve los legajos árabes de la Biblioteca del Escorial para organizarlos, traducir muchos y comentar no pocos, haciendo tal alarde de erudición y saber, que fué proclamado como el primer orientalista del mundo; y nuestro Don Andrés, recluido en un pobre cuarto de la calle de la Alhóndiga, envuelto entre libros y papeles, pergaminos y legajos, toma notas, redacta cuartillas y prepara una obra de Derecho Canónico, tal, que los eruditos en la materia han calificado como «la más acabada y completa en su clase». En esta obra puso él sus cinco sentidos, y tal esfuerzo mental tuvo que hacer, que él creyó, y con él sus amigos y compañeros, que estaba tísico.

Aquí puede decirse que empezó su vida de

apostolado, y apartir de esta fecha, que es el año 1883, Don Andrés medita un plan, que a nadie expone, se torna menos comunicativo, sufre mucho interiormente y huye poco a poco del bullicio y del «mundanal ruido» para pensar a solas y madurar el pensamiento de toda su vida, que era crear Escuelas «para que no sufran los demás lo que él sufrió por falta de Escuela y Maestro», como se dijo en el capítule III de esta biografía.

### XIII

## La Juventud Católica

(Año 1883)

Existía en Granada, cuando Don Andrés vino a esta Universidad, una Juventud Católica, cuya misión era defender el dogma de la Iglesia y precaver a la inexperta juventud de los lazos y peligros que encontraba en todas partes.

A esta juventud pertenecían gran número de familias granadinas, que acudían ávidas a oír las conferencias y polémicas que se tenían con frecuencia, no sólo para formar ambiente de fe, sino para que nuestros jóvenes se acostumbraran a la lucha y pudieran esgrimir con fruto las armas de la dialéctica y sana argumentación.

Vacante la presidencia de la Juventud por enfermedad del sabio y cristianísimo Catedrático Don Juan Creus y Manso, fué propuesto por unanimidad para la misma otro Catedrático joven y batallador, que fué Don Andrés Manjón.

Aceptó de buen grado la presidencia, no para

lucirse y brillar (él nunca fué vano), sino para trabajar y hacer el bien.

No pocos de sus alumnos se inscribieron en las filas de la Juventud, y entonces fué (en 1883) cuando Don Francisco J. Simonet, y Brieva y Salvatierra conferenciaron con tal maestría en los salones de la Juventud, que Granada entera acudió a oírlos, para aprender virtudes y letras de tan sabios como cristianos Maestros.

Don Andrés era más amigo de la polémica que de los discursos, y solía entremezclar la salsa de su ingenio (que fué siempre muy sabrosa) con las objeciones y escarceos literarios de los jóvenes, que a veces eran muy ocurrentes. Ya se ve al Maestro y pronto aparecerán sus extraordinarias cualidades de educador y pedagogo.

Habló él un día sobre la existencia de Dios probándola elocuentemente (pues manejaba la palabra con una precisión y elegancia sin igual) por medio de argumentos de razón y el unánime convencimiento que todos los hombres tienen de una primera Causa, procurando cautivar la atención de sus oyentes con ejemplos y datos históricos que hicieron muy amena la conferencia del joven Presidente.

Al terminar, rogó a los jóvenes que expusieran alguna objeción sobre lo dicho; pues él quería hacer ver el pro y el contra de las ideas, ejercicio muy útil para la educación intelectual.

Levantóse el joven Don Adriano Coronel y por vía de ejercicio, intentó negar la existencia de Dios con cinco o seis razones, pulverizadas por el Presidente.

Al día siguiente apareció en la prensa la noticia de que en la Juventud Católica se había ne-



gado públicamente la existencia de Dios, con razones poderosas, que hicieron dudar a las multitudes. El periódico transcribía las objeciones, pero no la solución.

Indignóse nuestro Presidente, buscó al periodista y le exigió *duramente* una aclaración al suelto; «por que él siempre creyó en un Dios trino y uno y por El estaba dispuesto a dar su vida».

Sabiendo él por experiencia propia lo que vale la prensa y la gran ventaja de manejar bien la pluma, promovió en la Juventud la idea de organizar buenos periodistas, y con la palabra y el ejemplo los entusiasmaba: «A un suspenso, decía, y a la pluma debo yo mi Carrera; el suspenso me llenó de vergüenza y la pluma me dió de comer, y manejándola aprendí a vivir».

El bien que Don Andrés hizo en la Juventud, fué grande, y aunque han pasado 40 años, todavía recuerdan muchos sus trabajos y discursos, sus escritos y consejos.

Puede decirse que a esto se dedicó toda su vida: a escribir y a hablar, y a enseñar a los jóvenes a manejar lengua y pluma, por ser lo más difícil de la vida.

Su Cátedra y sus libros, sus discursos y sus hojas a eso tendían: a formar hombres que supieran hablar, escribir y obrar en cristiano.

## XIV

## Es nombrado Profesor del Sacro-Monte. Su ordenacion (Año 1884)

En el año 1883 era Rector del Colegio-Seminario del Sacro Monte Don José M.<sup>a</sup> Salvador y Barrera, más tarde Obispo de Tarazona y Madrid y luego Arzobispo de Valencia.

El conoció cual ninguno el talento y virtudes del joven Catedrático Don Andrés Manjón y le propuso, de acuerdo con el Cabildo, para explicar Derecho Canónico en dicho Colegio Seminario.

Aceptó *providencialmente* Don Andrés su nuevo nombramiento, guiado no por el interés mezquino que el cargo pudiera proporcionarle, sino por el deseo de hacer mayor bien, y sin que él ni nadie lo supieran, porque Dios lo quería para cumplir una altísima misión en aquel campo tan propicio y tan bien abonado.

Veámosle subir a diario por el camino y cuestras que conducen a la histórica Abadía; hombre de reflexión, observa el abandono en que viven los gitanos o agitanados de aquel Camino, siente verdadera pena, al ver miseria tanta, pregunta y se entera en todos sus detalles de la vida y milagros que se hacen en aquellas oscuras y lóbregas cuevas, oye el lenguaje soez y grosero de sus incultos y desgraciados habitantes, y de todo cuanto ve, oye y observa toma nota «por si algún día pudiera remediarse en parte tanto abandono».

Y si en la Universidad se captó las simpatías de Profesores y alumnos por su competencia, laboriosidad y rectitud, lo mismo acaeció en el Sacro Monte; pues todos los Canónigos y Maestros que allí enseñaban vieron en Don Andrés al Maestro ideal, vanagloriándose el Señor Rector de haber adquirido para la Casa persona tan competente y buena.

Esta fué la causa ocasional de su ordenación sacerdotal; él estaba encantado del paseo por lo que tenía de pintoresco e higiénico y aun más encantado del Sacro-Monte, porque allí se respiraba piedad, apartamiento del mundo, y un ambiente de cultura, estudio y fraternal amistad, cual en ninguna otra parte.

¡Si yo me ordenara, decía Don Andrés, y pudiera vivir en esta Casa, sería el más feliz y dichoso de los hombres!

Vivía en Granada en la calle de la Alhóndiga con su inseparable amigo y compañero Don José Alonso; con él paseaba a diario y hablaban de todo, pero a ninguno dijo los sentimientos de su corazón, ni los proyectos que pasaban por su mente, aunque eran su constante pesadilla.

Dos cursos consecutivos subió, siendo seglar, al Sacro-Monte, y «ni un sólo día dejó de pensar en su ordenación sacerdotal».

Cada día que pasaba hablaba menos con sus compañeros, y éstos vieron en él tanta preocupación, que creyeron iba a perder la cabeza.

—¿Pero qué te pasa, Andrés?, le decían.

—No me pasa nada.

—¿Es que te vas a casar y lo estás pensando?

—Aunque me queréis casar, no pienso en tal cosa.

Don José Alonso me ha dicho varias veces que, en efecto, intentaron casarle, y le buscaron futura esposa y hasta llegaron a presentársela en repetidas ocasiones; pero él siempre decía lo mismo: «Nada, nada, Dios no me quiere para casado».

Y seguía la preocupación, y con mucha frecuencia venía a su memoria una conversación que tuve con el sabio y santo Arzobispo de Granada Don Bienvenido Monzón (q. e. g. e.), a los pocos días de venir a Granada a explicar su Asignatura en esta Universidad.

¿Qué conversación fué esa?

Don Andrés, Catedrático de Cánones, católico-práctico, respetuoso siempre con los Prelados, creyó oportuno visitar a Don Bienvenido, y a Palacio fué.

Don Andrés se ofreció al Prelado como Catedrático e hijo sumiso a las doctrinas de la Iglesia, y le rogó le bendijera para poder explicar con acierto su Asignatura y valerse de la Cátedra para hacer mucho bien.

El Prelado le preguntó con interés por los principios de su carrera, y al decirle que había sido seminarista y que cursó en Burgos la Teología, le dijo el Señor Arzobispo: ¿Y por qué no se ordenó usted, Don Andrés. — Y éste le contestó: «Muchas veces lo he pensado y ese pensamiento es huésped de mi alma y en mí vive a todas horas, pero no me atrevo».

—¿Cómo, repuso el Arzobispo, así discurre un Catedrático de Cánones?; indigno del sacerdocio es todo hombre, y los mismos Angeles lo serían, si pudieran ordenarse; pero Dios es misericordioso y suple con su gracia y bondad lo que la

pequeñez y malicia de los hombres da de sí. Usted se ordenará, *después que yo muera* y usted hará un bien muy grande a la Iglesia y a Granada, *porque Dios lo quiere, porque Dios lo quiere*; y esto lo repitió por dos veces el celoso y sapientísimo Prelado.

El año 1885 se declaró en Granada la horrible peste del cólera, causando espantosa mortandad. Ni respetó la vida de Don Bienvenido Monzón, que se fué al cielo el día mismo en que pensaba marchar a Sevilla, de cuya Diócesis había sido nombrado Arzobispo.

Don Andrés oía a diario y en cada momento el «*porque Dios lo quiere, porque Dios lo quiere*» de Don Bienvenido y al fin se decide a vestir la sotana del sacerdote para ser todo de Dios.

«*Dios lo quiere... pues yo también lo quiero*», decía el sabio Catedrático.

Descorrió el velo del silencio a sus compañeros, les manifestó su noble decisión de ser sacerdote, y unos le censuraron, otros le aplaudieron, alguno le compadecía, «*porque estaba loco*» y todos se extrañaron de lo que ellos llabaman repentina y no bien meditada resolución.

—¡Pero si sabéis que este pensamiento viene persiguiéndome toda mi vida!...

— No importa, espera un poco más.

— No espero, está más que pensado y mañana (que era el 25 de marzo de 1886) voy al Seminario a hacer ejercicios; «*Dios lo quiere*».

Y a ejercicios espirituales fué; aun viven muchos Sacerdotes que los hicieron con él y todos afirman que quedaron edificados por el fervor, humildad y puntualidad de que les dió ejemplo durante 8 días.

Ordenóse de Menores y del Subdiaconado en el mismo día de manos del Señor Arzobispo Don José Moreno Mazón, y vistió la honrosísima sotana de Sacerdote, que llevó siempre con la veneración y respeto del Sacerdote Santo.

Cuando se presentó en la Universidad *sin bigote ni levita* y si con traje talar, estalló en el patio principal una ruidosa salva de aplausos y vítores *al Catedrático santo*, y él en medio de gran emoción y confundido por aquella espontánea manifestación de simpatía, dió su clase, a la que asistieron gran número de Profesores y alumnos.

Al terminar la lección sólo dijo estas palabras: «soy el pobre pecador de antes vestido con traje talar y el mismo Profesor de ayer, que aprobará al estudioso y suspenderá al ignorante. Pidan mucho a Dios por mí, para que acierte a ser un Sacerdote santo».

Ordenóse a los tres meses de Diácono, y ya verá el lector lo que Dios dispone y manda a Don Andrés, si lee el capítulo siguiente:

## XV

### **Cartas de Don Andrés con motivo de su ordenación**

(Año 1886)

Porque en las cartas se ve a Don Andrés aún mejor que en sus Escuelas (¡y ojalá pudieran coleccionarse todas!), quiero reproducir aquí algunas que escribió a su hermana Sor Justa, en

aquellos días felicísimos de su ordenación (año 1886). En ellas se ve a un alma enamorada de Jesucristo y su Iglesia, y en ellas podemos aprender todos (singularmente los Sacerdotes) piedad, celo y amor de Dios. Son tan hermosas, que huelga todo comentario.

### Se ordena de Subdiácono

«Universidad de Granada.—Facultad de Derecho 26 febrero 1886.

Querida hermana: Pienso ordenarme de Diácono para la segunda semana de Cuaresma.

Agradezco tus oraciones, comuniones y buenos deseos. No desistas, que lo necesito y pido con mucha intensidad.

Ahora conténtate con la adjunta de Santa Teresa, monja sabia y santa, muy digna de ser leída, y más de ser imitada y puesta por intercesora para obtener favores de Jesús, de quien estuvo en la tierra enamorada.

Sigo contento con el nuevo estado, y si Dios me tratara con el regalo de estos días de boda y tornaboda, sería para conmigo excesivo en sus misericordias.

Ayúdame a darle gracias, que nada puedo yo darle, sino lágrimas por mis culpas pasadas.

Amemos, amemos mucho, cada día más, cada vez mejor, con mayor fe, esperanza y sobre todo caridad, hoy que ayer, y mañana que hoy; que tal es la escala del cielo, y nada menos exige el estado que hemos abrazado. Amemos en todo, como niños a sus madres, de cuyo lado no acier-

tan a desprenderse, en cuyo regazo quieren estar siempre, y de cuyos pechos se cuelgan llorando, y en cuyos brazos reposan tranquilos durmiendo. Porque parvulillos somos, mimados de Dios, pendientes en todo momento del apoyo de sus manos y apegados a sus pechos como los corderillos a los hijares de las madres.

Da mis recuerdos a todas esas Religiosas; oraré por ellas, puesto que lo hacen por mí; hoy por hoy *todos somos monjas* (porque era Subdiácono); antes de un mes espero ganarlas el pleito (porque sería Diácono).

Tuyo en C.

Andrés».

### Se ordena de Diácono

«Granada 20 de marzo 1886.

Querida hermana: Soy Diácono, esto es, me falta un banco para subir al altar, a ser Sacerdote del Altísimo, dignidad mayor que la angélica, que exige una pureza y santidad no menor, y de la cual me hallo ¡ay! tan distante.

Entre las bondades y misericordias de Dios, la que ahora me sobrecoge y admira, es el dignarse tener ministros tan indignos como yo de su santo Altar y cargo.

De aquí a Trinidad (que antes no habrá órdenes) pídele que prepare este su vaso, santifique esta su alma, dignifique a este pecador y purifique cuanto haya en mí de menos recto y puro, para que, ya que no dignamente (porque esto no es posible), siquiera de una manera algo menos indigna me pueda acercar al lugar del tremendo y augusto Sacrificio del Cuerpo y Sangre del Hijo de Dios.



Durante los diez días (incompletos) de ejercicios, he tenido salud completa, gran sequedad y despego en un periodo, jugo y devoción en otro, día y medio de tedio y de tristeza con desolación, y al fin, que es hoy, regalos y cariñosos abrazos del Divino Esposo de nuestras almas, a quien he recibido bajo las formas de pan y vino y he pedido que te haga una santa.

Por los libros se aprende a probar que Dios está en este Sacramento, pero bien vale una Comunión por todos los libros, para sentir y conocer por aprensión y como contacto lo que allí hay; y diera yo por una chispita de su amor y un rayo de su luz todo el amor de las criaturas y toda la ciencia de los hombres. Entre todas las devociones te recomiendo la del Santísimo, porque en El está el foco del amor divino, como si dijéramos, el hogar del rescoldo de la caridad permanente que Cristo dejó a su Esposa la Iglesia, cuya alma la forman todas las almas santas. En realidad, comulgar con fe viva, esperanza firme y caridad ardiente, y no sentirse transformado, mejorado, deificado y como prendado del Amor de los amores, que es el del Salomón divino, no suele suceder sino para grande prueba.

Puesto que estas cartas tienen carácter de intimidad tal, que a solo el confesor se diría lo que en ellas te escribo, te ruego seas discreta, ya que yo no sepa serlo, y las leas tú sola, que para tí las escribo, a fin de que me ayudes en esta grande obra de la santificación propia, que más tarde habrá de servir para instrumento de la ajena, si Dios quiere consumir lo comenzado.

Vamos al cielo, hermana mía que mamaste de los mismos pechos y velas con las mismas

alas de la fe y de la esperanza, vamos arriba auxiliándonos, socorriéndonos y confortándonos con oraciones continuas, exhortaciones y buenos ejemplos, que no pueden llegar de uno a otro sino por cartas.

Tuyo en Cto.

*Andrés».*

### **En vísperas de su ordenación Sacerdotal**

«Querida hermana Justa: Salud y gracia en la paz de Dios.

Día de Pentecostés, 1886.

He recibido tu última, participándome tu enfermedad, que no calificas, y te escribo estas dos letras (aunque en ejercicios) para desearte salud, si te conviene, ánimo fuerte y constante en la resignación, y grande y alegre y generosa conformidad con cuanto Dios quiera hacer de ti.

Con esta disposición no te apure la ausencia del coro, que los ángeles hacen coro a las almas nobles que se ofrecen a Dios rendidas sin reservas ni peros de género alguno.

Voy a ser Sacerdote; ora por mí: yo por ti, y cuando te vea (que espero verte), ya habré ofrecido alguna Misa por ti.

Dios te dé un regalado abrazo de amor, para que sepas amarle como a Esposo y Dueño.

*Andrés».*

«Mi hermana Justa. S. y G.

Granada, 20 junio 1886.

Ayer me ordenaron de Sacerdote, el 16 fué nombrado Canónigo por oposición, del Sacro-Monte, extramuros de esta Ciudad, y me estoy

preparando para la primera Misa, que será cuando, terminados los exámenes, pueda con alguna tranquilidad hacerlo. Ora por mí a Dios, cuyos favores no podré jamás agradecerle, para que con manos y corazón puro pueda ofrecer el Santo Sacrificio, cuya grandeza y majestad pasman y abruman.

Dios te sane y salve llevándote a su gloria, donde por siempre cantemos inundados de gozo sus alabanzas. Amén.

Tu hermano o

Andrés.

Querida hermana Justa: S. y G.

Recibo la tuya del 3, y respecto al aviso que me pides si pienso ir a e. a a cantar la primera Misa, no sé qué decirte; probablemente en Sargentos no será; aquí probablemente tampoco; y si ahí pensara ir, no sería para *cantar*, sino para *rezar la primera Misa*. Con tal que pueda disponerme en retiro para acto tan tremendo y santo, y después no me quiten atenciones humanas el trato con Dios, siquiera por veinticuatro horas, en cualquier rincón estaré bien, y cuanto menos conocido, mucho mejor. No te preocupes, pues, de esto, sino de pedir a Dios que nos llene de su Espíritu, infundiendo en vuestras almas una chispa siquiera de su inefable amor.

Con expresiones a esas hermanas, a quienes Dios santifique en toda obra perfecta, me mandas como a hermano y ministro de Dios.

Andrés.

**Nota.**—Al fin celebró la primera Misa en Sargentos ante su madre y familia; sin ruidos ni voces.

## XVI

## Hace oposiciones a una Canongía del Sacro Monte

(Año 1886)

Ya vimos en el artículo precedente cómo Don Andrés fué nombrado Profesor del Sacro Monte en el año 1883, cómo poco a poco fué aficionándose y cobrando afecto a aquella vida y a aquella Casa, cómo ardía en su pecho el deseo de ordenarse y ser todo de Dios y cómo entraba en sus planes intentar vivir en el Sacro Monte (que un burgalés fundó), aunque a diario bajara a Granada a explicar su Asignatura en la Universidad.

Tenia entonces 39 años y corría el 1886.

Vacaron en el Sacro Monte cinco Canongías, cruzó por su mente la que él llamaba *atrevida idea* de hacer oposiciones a ellas, y animado por algunos (aunque pocos) amigos, singularmente por el Señor Barrera (y porque Dios así lo quería), firmó dichas oposiciones y he aquí a nuestro futuro Canónigo recluido en su cuarto estudiantil, bebiendo pergaminos, repasando cuestiones hondas de Teología y Derecho y *exponiendo* su salud y vida, entonces muy quebrantadas, para entendérselas con Sacerdotes sabios, sus compañeros de oposición.

En las dudas y preocupaciones anteriores a su ordenación decíanle los amigos que estaba loco; y ahora, que aspira a una Canongía dicenle que es ambicioso y un suicida: ambicioso,

porque buscaba un sueldo más; ¿no le bastaba el de Catedrático?...; y suicida, porque abusaba de su salud y preveían para él una pronta muerte.

Oía a sus compañeros y amigos y, o se callaba (que era lo ordinario), o les contestaba con una sonrisa *sui generis*, que equivalía a decir: «Bueno, ¿y qué?»

Y en efecto, terminados los exámenes en la Universidad, nuestro Diácono sube al Sacro-Monte, y en refiada y difícil oposición es nombrado en segundo lugar Canónigo de aquella ilustre Colegiata en compañía de Don Antonio Montes, Don Hilario García Quintero, Don Francisco Sánchez y don Nicolás Sánchez-Diezma Bachiller, todos ellos Sacerdotes de gran valía.

Don Andrés escribió entonces aquella carta celeberrima en la que decía a su hermana Sor Justa «que estaba locamente enamorado de una hermosa matrona, vieja por los años, pero tan llena de candor, riqueza, bondad, belleza y dulzura, que nadie hay que a ella se le pueda parecer».

La hermana no entendió el sentido metafórico de esta carta, y le preguntó si era del país o hija de Granada.

—«Es de todos los países; pronto lo verás»

Ordenóse a fines de junio de Sacerdote, y lleno de gozo santo y de satisfacción inmensa, viaja para Burgos para presentarse *desposado* ante su hermana, quien al verle Sacerdote, por poco muere de emoción y santa alegría.

—¿Conoces ahora a mi amada Esposa la Iglesia? Es vieja por los años, porque empezó en e

Páramo y vivirá por siempre en el cielo, pero dime si hay Esposa como esta, tan hermosa, tan fiel, tan cariñosa, tan llena de riquezas, tan fecunda en gracias y virtudes?...: siempre suspiraré por Ella, y al fin me veo Sacerdote y, *sin merecerlo*, Canónigo del S. cro Monte, sin dejar de ser Catedrático.

Prosiguó su viaje hasta Sargentos (su pueblo natal), allí abrazó a su madre, hermanas y a su tío Don Domingo, desarrollándose una escena que la pluma no puede describir.

Al día siguiente, que fué el 8 de agosto de 1886, en la Iglesia Parroquial de Santa María de Sargentos celebraba, *sin ruido ni voces*, su primera Misa el sargento Catedrático y Canónigo Don Andrés Manjón.

¡Lo que la señora Sebastiana, su santa madre gozó, átivíelo el lector; y lo que sentiría el buenísimo de don Domingo, cuando vió en el altar a su sobrino, aun no ha nacido quien lo pudiera explicar; y lo que pasara en el corazón del ilustre misacantano y las lágrimas que rodaron por sus mejillas, no es posible que pluma humana lo pueda describir.

Regresa a Granada; el día 15 de agosto del año 1886 toma posesión de su Canongía, y con él sus cuatro sabios compañeros en medio de una franca alegría y acompañado de sus inseparables amigos los Catedráticos de la Universidad.

Distribuyó el original imo recordatorio de su ordenación Sacerdotal y toma de posesión, que era una humildísima estampita, símbolo de la Eucaristía, y al pie de ella, escribió de su puño y letra: «Memento mei in memento Misae.

A. M.»; su traducción es esta: «Acordaos de mí en el momento de la Misa».

Dejemos a Don Andrés Manjón en su nuevo cargo, satisfechas *sus ambiciones*, con dos pingües sueldos de Canónigo y de Catedrático y veamos en el capítulo siguiente lo que Dios quiere y exige de este *ambicioso* y nuevo Sacerdote.

## XVII

### Ambiciones del nuevo Canónigo

#### Su nueva vida

El Sacro Monte puede llamarse a boca l'ena la Casa del Estudio y la oración, y quien quiera aprovecharse de los medios que Dios pone en las manos de quienes allí viven, muy pronto circundará su frente la aureola de la santidad y santidad.

Levantábase a las 5 de la mañana en todo tiempo, y, de hinojos ante el Sagrario, hacía una hora de oración fervorosa; celebraba a continuación la Santa Misa; asistía al coro con puntualidad, y, terminado éste, estudiaba la lección que había de explicar a aquellos seminaristas o a los estudiantes de Derecho; daba clase de 10 a 12 y comía el pan de los pobres, *nada de lujos*; como pudiera comer un labriego.

Ya las 2, subido en su borrica blanca, bajaba a la Universidad a dar su clase de Derecho, según costumbre.

Mientras bajaba, decía él, ordenaba las ideas e iba pensando en la lección, y cuando subía,

estudiaba los caracteres de la raza gitana, la miseria en que vivían en sus chozas o cuevas respectivas; y daba vueltas en mi cabeza a la solución y remedio de tanta pobreza, ignorancia y abyección.

Por de noche, a las 8 y ante el Santísimo hacía media hora de oración y rezaba el Santo Rosario, su devoción predilecta.

Y esto un día y otro día, un mes y otro mes y así siempre hasta que se fué al cielo.

Me he equivocado, no siempre vivió así; porque a los dos años aumentó a estas obligaciones otras varias.

Desde el 1888, en que nacieron las Escuelas, eran muchas las noches que no dormía, sino que las pasaba en su mesa de trabajo o a los pies del crucifijo: en aquélla redactando cuartillas hermosísimas de Pedagogía o despachando su numerosa e interesante correspondencia; y ante el Santo Cristo, que es «Pater luminum», el padre de las luces, para pedirle acierto y gracias y salud y fuerzas hasta desarrollar y terminar su pensamiento.

En aquel mismo año y sin perder tiempo traje junto a sí a un estudiante pobre y pariente suyo, Antonio Manjón, para que le sirviera como ídolo y fuera más tarde Sacerdote y cooperador suyo, si el cielo le daba vocación. Pero Dios envió al bueno de Antonio *el regalillo* de repetidos ataques epilépticos, que son impedimento para el sacerdocio; tuvo que volver a su país con el triple sentimiento de su enfermedad, de no poder ordenarse ni gustar la consoladora compañía de Don Andrés.

*La ambición del Canónigo Catedrático iba en*



auge. Ambicionaba mejorar la triste condición de la raza gitana, envilecida y corrupta; ambicionaba congregar en sitio ameno y agradable a toda aquella turba de gitanillos y *sus asimilados* (que por desgracia abundan), para educarlos desde pequeños; pues por ahí hay que empezar; ambicionaba transformar el Camino del Sacro-Monte, que parecía por entonces una cuasi prolongación del Rif, en un barrio cristiano, culto, educado por medio de la Escuela, no a estilo de la del *temible Campos*, sino la simpática y alegre del P. Donce!; ambicionaba almas para salvarlas, aunque en su trabajo perdiera honra, fama, dinero y vida; ambicionaba ser un Sacerdote santo por medio del trabajo, oración y sacrificio, que son los tres únicos medios para escalar la cima de la perfección.

Estas eran sus ambiciones; todo lo demás: intereses, honra, posición, prestigio, etc., todo eso lo tenía bajo sus pies. Muchas veces le oí decir: «No tengo afecto alguno al dinero y nunca gozo más que cuando doy con una mano al pobre lo que Dios me da misericordiosamente y yo recibo con la otra.

«Tengo todo lo que necesito y la Patria me da mucho más de lo que merezco; no hago sino lo que debo, cuando lo entrego al niño pobre o abandonado.»

¡Este es el *ambicioso* Catedrático que suspiraba por un nuevo sueldo de Cánónigo!

Al fin ve colmadas en parte sus ambiciones el año 1888, como verá el paciente lector si lee los párrafos o articulillos siguientes:



Don Andrés Manjón, Canónigo del Sacro-Monte

## XVIII

**Su vida de Apostolado.****Fundación de las Escuelas**

(Año 1888)

Más de una vez decía a sus íntimos Don Andrés: «¿Por qué seré yo Catedrático, habiendo tenido tan mala Escuela? ¿Y por qué Sacerdote y Canónico con tan malos principios y tan deficiente educación? No cabe otra respuesta que ésta: Porque Dios misericordiosamente así lo ha querido; todo es obra suya; nada es mío.»

«No quiero, repetía casi a diario, que otros pasen lo que yo he pasado, ni carezcan de Escuela alegre, humana, racional y cristiana, como yo he carecido»...

Y consultó con sus íntimos la idea de fundar una Escuela para pobres, pero una Escuela idal, campestre, entre flores y jardines, con mucho sol, agua, aire e higiene, y en la que los niños estén como en su casa y vean a todas horas Maestros con cara de pascua y no con cara de palo, como yo la ví y padecí.

Y estos amigos repetían la admiración de otras veces:

¡Pobre Don Andrés, está loco!; ¡tanto esfuerzo mental le ha hecho perder la cabeza!

Y tenía miedo, y no veía la ocasión propicia para empezar la obra de sus amores y el pensamiento de toda su vida, hasta que Dios hizo con él lo que con el Apóstol San Pablo, como verá el lector.

Y no quiero añadir nada, sino copiar al pie de la letra una hermosísima carta del mismo Don Andrés, el cual explica originalísimamente el principio de sus Escuelas.

Dice así: «Para que el demonio de la soberbia no me tienta, insertaré aquí al pie de la letra una carta dirigida a un amigo residente en Zaragoza, que deseaba saber el comienzo del «Ave-María» para comunicarlo a otros. La carta es como sigue: «Mi buen amigo y Sr.: Como la gratitud hace esclavos y eleva a deberes las atenciones y consideraciones recibidas, me considero obligado a darle noticias acerca de los orígenes del *Ave María*, que Vd. ha pedido al noble Dr. Escríbano, nuestro médico y común amigo. ¡Quién sabe si él trasluce bien o mal mis informes, o si omitirá algún detalle por menos digno. En todo caso, la Santa Escritura dice que «en el testimonio de dos o tres está toda palabra» (o verdad atestiguada).

El principio de las Escuelas del Ave María fué así: Llevaba en mi mente hacia años la idea de poner Escuelas en el campo, y cuando paseaba por los alrededores de Granada, (que era siempre que podía), se me recreaban los deseos, y más cuando en 1886 subí de Canónigo al Sacro-Monte y vi despacio aquellos caminos, cármenes y cuevas; y no pudiendo contener en silencio el pensamiento que me agujoneaba, le comuniqué a algunos amigos de más confianza, los cuales se rieron y burlaron diciendo: «Ya tenemos aquí un nuevo fundador; sin duda le sobra el dinero».

Mas he aquí que un día que bajaba sobre mi burra mansa, para la Universidad (y montado, como siempre, en el borriquito de mi fijo pensa-

miento) oí sorprendido canturrear la Doctrina cristiana en una cueva que caía sobre el camino, y me dió un salto el corazón.

Descendí de la burra, trepé por las veredas y hallé en una cueva a una mujer pequeña y vulgar, rodeada de diez chiquillas, alguna de las cuales era gitana. Entonces me avergoncé de no haber hecho yo siquiera lo que aquella mujer salida del Hospicio estaba haciendo. Porque es de advertir que la «Maestra Migas» (así la llamaban los *ilustrados* vecinos) era una exhospiciada, con tres hijos, dos varones y una hembra, y sin medios conocidos de vivir. Me puse a hablar con esta mujer, la invité a que subiera las niñas a Misa los días de fiesta al Sacro-Monte, le obtuve de esta Abadía la comida de las sobras del Colegio, y me *corrí* a pagarle la cueva, que tenía algo de casa y costaba al mes cuatro pesetas y cincuenta céntimos.

Noté en aquella Maestra improvisada algo raro y anormal; encargué a las Señoras de la Conferencia de San Vicente de Paúl que, como mujeres, la estudiaran, y éstas me dijeron que, a su juicio, estaba loca.

Si acertaron o no, no hay para qué decirlo; pero en aquel verano de 1888, y sin saber cómo, hizo un viaje por mar a Barcelona, a ver a una hija que allí tenía, y ya no la volví a ver en más de 25 años. Aquella pobre e ignorante mujer me enseñó mucho más que los amigos sabios y cuerdos; porque dije yo: si con una tal Maestra y un tal local y tan escasos medios se ha podido organizar una Escuela de niñas en el Camino del Monte, que era de lo más inculto y pobre de Granada, ¿quién duda que, mejorándolo todo, se

llegará a tener un Colegio con todo cuanto se quiera?

Animado por este ejemplo, compré un carmen debajo de dicha cueva, busqué una Maestra con título, instalé en octubre de 1889 (mes del Rosario) mi escuela primera de niñas; más tarde otra de párvulos, que encargué al marido de la Maestra, y los niños y Dios han ido haciendo lo demás, contando hoy con treinta secciones a cargo de otros tantos Maestros, sólo en Granada, y más de 400 fuera de ella.

Nuestras Escuelas destinadas a la educación de la juventud en el campo cuentan hoy en Granada con once cármenes, que son casas con jardín o huerta».

Hasta aquí Don Andrés.

Así empezó este ilustre *loco* a satisfacer sus *ambiciones*, aquellas ambiciones a que alu limos en el artículo precedente y que siguieron en auge, porque el corazón que sabe amar nunca dice basta.

## XIX

### Los principios de su apostolado

(Año 1889)

El pobre Maestro que redacta estos apuntes biográficos vino a Granada en septiembre del 1890 y ha visto el origen, dificultades y crecimiento de las Escuelas, más los trabajos inexplicables, amarguras sin cuento y el espíritu de sacrificio del Fundador con quien convivió toda la vida y a quien acompañó en sus penas y ale-

grias, en sus viajes y correrías apostólicas hasta que bajó al sepulcro.

¡Dios mío, qué vida!; sobrio siempre en el dormir, su comida, como dijimos en otro lugar, era siempre frugal, y algunas veces fría y mal condimentada. Se mojaba en el invierno y subía a su habitación aterido de frío, después de enseñar todo el día a seminaristas, a futuros abogados, a gitanos y castellanos y a jóvenes adultos en las Escuelas nocturnas.

Durante el verano se le veía en todas partes sin miedo al sol, sudando, corriendo todo y aquí advierte y corrige, allí enseña y educa; en una clase trabaja para que Maestro y niños aprendan; en otra juega y canta, porque «no le gustan las caras de palo, sino las de pascuas»; y a todas partes acude y en todas ejercita su apostólico celo, «*quia zelus domus tue comedit me*».

Y... de noche a escribir y a leer; «pues durante el día no hay tiempo».

—Acuéstese Vd, le decía yo con mucha frecuencia, que va a enfermar.

—Házlo tú, que los viejos (43 años) dormimos menos; amañecía muchas veces sentado junto a su mesa y envuelto entre cartas, libros y pape es.

Como en la Escuela aun no había Capilla, todos los domingos y días festivos subían al Sacromonte un enjambre de niños y niñas para oír la Santa Misa y la lección catequística de Don Andrés. ¡Y qué lección!; estaba entonces en lo mejor de la vida, recién hecho sacerdote, relativamente joven, en pleno desarrollo de su hermoso pensamiento, y lu ca como entonces apareció.

tan Maestro, ni tan ocurrente, ni tan originalísimo pedagogo.

No todos sus hermanos, los Canónigos de aquella Casa, veían con agrado a aquella turba multa de pordioseros, gitanillos y sucios e indovoto publiquito, porque no suelen *venir solos, algo dejarán*, tal vez lleven lo que está al alcance de sus manos, y sobre todo que perturban la paz que allí se respira por doquier. Don Andrés asistía al coro como Canónigo, y después, confundido entre sus niños, aparecía como Maestro.

Entonces empezó su predicación sencilla, amena, dialogada y entremezclada con el canto. *Los murmuradorcillos* le oían con respeto, los niños con gusto y Dios con gran contento y satisfacción.

Hacia del templo una Escuela; sus diminutos oyentes aprendían la lección de la Iglesia, que es el Evangelio, Don Andrés cantaba y reía con ellos, y ya en las placetas se hablaba y respiraba a todo pulmón, marchando todos por aquellas cuevas pintorescas, después de bendecirlos y en medio de gran algazara.

—¿Estará loco el pobre Don Andrés, decían algunos?

—¿Pero un loco puede hablar y discurrir como él discurre y habla, añadían otros?

—Mancha la toga de Abogado y la borla de Catedrático, descendiendo a la gitanería, argüían ciertos sabios universitarios.

—Todo un Canónigo no debe rebajarse tanto; quédese ese ministerio para el humilde Coadjuutor o un pobre Capellán de monjas; así discutirían ciertos doctores con borla verde.

Y... él callaba y seguía haciendo lo que Dios



le iba inspirando. Se dejaba guiar de su confesor «y no siempre entendía éste el plan y fin del penitente».

A los Doctores solía contestar: «La toga y la Cátedra nunca se manchan ni tiran por el suelo, cuando el que la lleva explica o sabe cumplir con su deber; cumplamos con él, y después haga cada uno de su capa un sayo».

Y a los otros: «Enseñar a chicos y grandes es misión de todo Sacerdote, tenga borla verde, encarnada o negra. Jesucristo, con ser Dios, fué Maestro de niños, al par que de doctores y sabios».

Esto no obstante, comprendía nuestro venerable fundador que los niños (y niños como los suyos) más daban guerra que paz, más molestaban que agradaban, y convenía tener casa y escuela propia, Capilla o templo propio, plaza y campo propio, para en ellos jugar, cantar, enseñar, rezar y desenvolverse sin molestar a nadie; pero todo esto costaba mucho dinero y ya había gastado en el primer carmen y en su adaptación a Escuela lo poco que había ahorrado, y cuanto él ganaba, lo necesitaba para satisfacer los gastos de personal y material.

Reunió a los niños, que ya eran más de 300, en un sábado; había comprado un tambor viejo por 15 pesetas (de lance) buscó un tamborilero (que resultó ser un borrachín) para que lo tocara, y no se presentó.

Don Andrés habló y dijo: «Niños, nos hace falta más campo y una Capilla; no hay dinero y hemos de buscarlo; ¿cómo?...; se me ocurre esta idea. Todos los sábados, mientras haya Escuelas, se cantará a la Virgen el Santo Rosario, y

veréis, veréis cómo Ella nos da dinero, campo, Iglesia, pites y todo lo que queramos; empecemos, pues».

Y a falta de tamborilero, él mismo cogió una cuerda, atóse con ella el tambor a la cintura, empezó a tocarle y a cantar el Ave María, y tras él y con él todos los niños que también cantaban, sin dejar de reír, al ver a tan excelente cantor y tamborilero.

Desde entonces hasta el día de hoy se viene cantando el Ave-María en las Escuelas, y no hay sábado en el que no se repita esta tierna escena, un tantico mejorada, porque además del tambor original, es acompañada por una banda de música, que hace gozar a Dios y a los hombres.

Terminado aquel primer Rosario, se hizo el bautizo de las Escuelas, diciendo su fundadora: «se llamarán del Ave-María».

¡Cuánto gozó aquel día y cuántas veces recordó la escena del célebre tambor!

¿Y por qué no llamarse marjonianas?

—Ese sería su nombre, si las Escuelas fueran mías; pero siendo de la Virgen y para la Virgen sea este nuestro lema:

«Escuelas del Ave María»

Ella me lo ha inspirado, y a su inspiración me atengo, Dios haga que su nombre figure en todas las Escuelas de mi Patria.

verás, y así como el libro de la vida, campo  
de la vida y todo el mundo, en un  
momento.



La Maestra Migas.

Muchas cosas hacia que (granada no presente)  
con la la Virgen. ¿lo conseguirán?  
la y Capilla, y que piden todo eso por interés  
na que hay muchos niños que piden pan, hacen

## XX

**El Santo Rosario**

(Año 1891)

«Recemos y cantemos a la Virgen el Santo Rosario, y Ella nos dará todo cuanto nos haga falta.»

Y, como dijimos anteriormente, desde que nuestro venerable *tamborilero* nos enseñó a tocar y cantar hasta el día de hoy (y así seguiremos mientras Dios nos dé un hálito de vida) se canta el Santo Rosario en todas las Escuelas del Ave María.

Al principio se hacía en los pintorescos cármes que con tantos esfuerzos compró Don Andrés; pero de vez en cuando «nos conviene hacer alguna que otra salida por Granada; para dar muestras de vida y alabar públicamente a la Virgen».

Mandó construir cientos de cruces de madera e hizo pender de ellas un sencillo y elegante banderín azul, blanco o encarnado con el anagrama del Ave María; compró muchos farolillos de colores y luces de bengala y el 12 de octubre del año 1891, que es el día de la Virgen del Pilar, fuimos todos, niños, Maestros, adultos y algún que otro Sacerdote, y todos dirigidos por Don Andrés, a la Virgen del Rosario, al hermoso Templo de Santo Domingo, para decir a Granada que hay muchos niños que piden pan, Escuela y Capilla, y que piden todo eso por intercesión de la Virgen. ¿Lo conseguirán?

Muchos años hacía que Granada no presenció

tan hermoso y tierno espectáculo, y jamás se olvidará la figura venerable de Don Andrés yendo entre sus niños *loco de entusiasmo* y lleno de *santas ambiciones*.

¿Qué es esto, decían todos los granadinos?

— Es un Canónigo del Monte, de quien dicen que está loco.

— ¿Y qué locura es ésta y qué pretende con tanto niño?

— Dicen que quiere educar a toda la gitanería, y ha empezado por dar todo lo que gana y vivir pobre entre los pobres.

— ¿Y a esto llaman locura?...

— ¿Pero qué cantan?

— El Rosario.

— ¿Y a dónde van?

— A Santo Domingo. Vayamos allá y veamos *al loco*.

El Templo estaba repleto de niños y grandes. El Señor Arzobispo Don José Moreno Mazón (que conocía muy bien a Don Andrés) entonó la Salve, que cantaron cientos de voces *como pudieron*, y al terminarla, subió al púlpito Don Andrés y dijo en medio de gran silencio estas palabras (que parece estoy oyendo):

«¿Quiénes somos?... Somos los pobres.

¿Y a qué venimos?... A decir a la Virgen del Rosario que la proclamamos como Reina y Madre de las Escuelas del Ave María, y a Granada que aspiramos a recoger a la niñez abandonada para educarla según Dios y la Patria nos piden.

¿Y con qué contamos para tan magna empresa?... Con las oraciones de los niños, que son de un valor inapreciable; con los corazones de los buenos, que son muchos, y con los bolsillos de

todos, porque es obra de todos y para todos: *Sursum corda.*

El predicador no pudo continuar, porque las lágrimas se lo impidieron, lágrimas que contagiaron a los oyentes, los cuales se llenaron de asombro y admiración.

Regresamos alegres al Ave-María y Don Andrés y yo subimos al Monte.

—¿Por qué lloraba Vd.?... ¿Está Vd. malo?... ¿Qué le pasa?...

—Besa esta Virgen del Pilar, cena y a dormir.

—Cenemos los dos.

—No tengo ganas; déjame.

Amaneció como otras veces sentado ya en su silla y mesa de trabajo y profundamente emocionado; y mientras él dijo la Santa Misa, yo, curioso niño y amigo de gulumearlo todo, leí unas cuartillas suyas que, copiadas literalmente, dicen así:

«El culto, que es adoración del hombre para su Dios, tiene también y por lo mismo su parte bella, y nuestros niños, que toman parte activa en el culto, se educan a la par en el amor de Dios y en los encantos de la belleza.

Hermoso es ver en la procesión del sábado una fila interminable de niños y niñas con las banderas encarnadas y blancas, y los misterios intercalados, dar vuelta a la Colonia escolar, cantando Avemarias al son de la banda de música y con acompañamiento de cornetas y tambores.

Hermoso es contemplar a toda la tropa infantil rodear la Casa de la Virgen y cantar al unísono sentida Salve de despedida a la Madre y

Señora de la Colonia, al salir por la tarde para sus casas y cuevas.

Hermoso es, al sonar la campana, sentir el eco de mil vocecitas que salen de los diferentes grupos y se juntan en el aire para subir unida al cielo entre las alas de los espíritus voladores.

Este primer Rosario público fué también el primer pregón *en regla* que Don Andrés dió en Granada, y pregón que dió excelente resultado, como podrá verse en el párrafo siguiente, y pregón, cuyo eco traspasó las montañas blancas de Sierra Nevada y la pintoresca vega granadina, siendo oído en toda España y recogido con veneración y respeto por todos los buenos.

## XXI

### **La Virgen y los niños levantarán la Capilla (Año 1892)**

«¿No os dije yo, niños, que la Virgen y vosotros lo podéis todo?... Ya tenemos dos cármenes (el año 1892), uno para niños y para niñas otro; pero no son suficientes, hacen falta más, pues no se cabe, y necesitamos Capilla, que no tenemos; v... la Virgen me ha mandado unas cuantas pesetas para comprar un carmen y al dueño de uno colindante con los nuestros, que lo vende en muy buenas condiciones.

Y viene todo esto, no por mi bella cara (que como veis no lo es), sino por las Avemarias y el

Rosario que cantamos por Granada no hace muchos días; alegrémonos y bendigamos a Dios y a nuestra Madre y Señora, que tanto nos da, sin merecer nada.»

A los pocos días se adquirió ese carmen colindante al primitivo, en el que había un pencal bastante grande y una casucha miserable.

¡Qué contento estaba Don Andrés el 8 de diciembre de ese año!

—«Maestro Alfonso (el albañil), aquí, aquí hemos de construir un palacio.»

—¿Un palacio, Don Andrés?...

—«Sí, el palacio de Dios y de la Virgen, aquí hemos de levantar la Capilla, y ya verás qué bien sale; no tengo dinero, pero vendrá; nos falta todo y todo nos sobraré; el Banco de la Providencia es muy rico y en él tenemos nosotros cuenta abierta. Trae una espiocha, que quiero yo comenzar.»

—El Maestro Alfonso la trajo, se la entregó a Don Andrés, rezamos los tres una Ave-Maria y él dijo dando con ella en la punta del pencal: «En el nombre de Dios Padre (aquí estará el Altar Mayor); en el centro: En el nombre de Dios Hijo (y cavó con la espiocha); y en la otra punta: en el nombre de Dios Espíritu Santo. Ea, Maestro, a trabajar.

Espera, que aun falta otro golpe; y añadió: En el nombre de la Santísima Virgen.

¡Y se empezó... y se acabó... y... se llenó de niños y... sin cesar se canta y alaba a la Virgen y... bajo aquel Altar Mayor, que él trazó y planeó, descansan sus restos venerables!

Reseñando él mismo la construcción de la Capilla, dice así:



«Lo raro de esta construcción fué el hacerla casi sin dinero. Se dijo: ¿Es necesaria tal Iglesia?

—Sí.

—¿Hay presupuesto?

—No hay otro que lo que se pueda.

—¿Quién lo dará?

—La Providencia.

—¿Pero se hará?

—Yo no lo dudo.

Y se hizo, y se pagó y sobró dinero para atender a las demás necesidades de alumnos y Maestros.

En la Memoria anual que publicó el año 1895 escribió bajo este epígrafe:

### **Construimos un Templo-Escuela**

A mil niños podemos cómodamente instruir bajo los emparrados y bosquecillos de laurel, yedra, pasionaria y madreselva; pero cuando llueve o nieva carecemos de local donde cobijar a tanta criatura.

Ademas, para ciertos actos colectivos necesarios en una Escuela, como son los religiosos, académicos y aun recreativos, se necesitan espaciosos salones que puedan contener a todos los alumnos, y al público que los honre y anime con su presencia, es decir, un local donde quepan lo menos mil personas.

Y como dicho local ni le hay ni puede hallarse es menester construirlo, y se está construyendo. La fábrica de esta obra costará miles de duros y mucho más adornarla y dotarla de todo lo necesario; por eso no hay otro presupuesto que lo que se pueda. ¿Se hará? No lo dudo.

(Año 1896)

Lo que hace no mucho era un sueño, es hoy un hecho. La fábrica del templo escuela se halla terminada; el interior del piso alto está sirviendo de Escuela, y el bajo se está arreglando para que sirva de Capilla. ¿Para cuando? Faltan el pavimento, las puertas, el altar, presbiterio y sacristía, pintura de paredes y techos, las vestiduras, vasos sagrados y cuanto es necesario para el culto; y todo lo espero, sin saber de quién, para la Pascua.

Denme niños que sepan rezar el Ave-María, y de todo lo demás se encargará la Providencia. Los niños roban el corazón a Dios y a los hombres; de ellos es el reino de los cielos, cuyo traspunto es el corazón de los buenos en la tierra.

### Se inaugura la Capilla

Ya está concluida la Capilla, gracias a Dios, y desde el 25 de marzo consagrada al culto. El día de la Encarnación se dijo la primera Misa, con asistencia de nuestro venerable Prelado y de un público tan numeroso, que hubo necesidad de colocar a los niños en la calle.

Vinieron como esperábamos los mármoles que adornan el presbiterio y cubren todo el pavimento, el altar que sostiene el interesante grupo del Ave-María, los vasos sagrados necesarios para el culto, las vestiduras sacerdotales más indispensables y los pinceles que han decorado

techo y paredes. ¡Sea Dios bendito por su infinita misericordia!

No es nuestra Iglesia grande, pero caben en ella mil niños; no es grandiosa y elevada, pero sí higiénica y muy ventilada; no es lujosa, pero sí limpia y agradable; no es austera ni tétrica, sino alegre, risueña, sencilla y apropiada a su destino, que es poner a poca distancia los ángeles del cielo de los de la tierra. Por el techo se asoman querubines y sonríen; desde el suelo los miran los niños y se alegran, cantando a coro el *gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres*.

¡Qué bien se está allí! ¡Qué dicha es no molestar a nadie y poder a sus anchas desarrollar pedagógicamente, bajo la mirada de Dios, todo un pensamiento de educación cristiana. Para mí (claro es) resulta la Capilla, cuando la veo llena de niños que oran y cantan, un pedacito de gloria.»

Los trabajos, apuros, dificultades, luchas, preocupaciones que sufrió el pobre, al par que *ambicioso* Don Andrés, adivínelo el lector.

La guerra que a diario tuvo que sostener con el demonio del infierno y *diablillos* de la tierra, Dios y él lo sabrán.

¡Aquellos sábados interminables en los que aparecían albañiles, carpinteros, carreros, aviadores, etc. pidiendo dinero!... ¿quién los podrá olvidar? Don Andrés, sonriente y confiado, a todos atendía, de todo se enteraba y para todos tenía dinero y frases de aliento y de consuelo.

¡Cuánto sufrió y con qué paciencia!

Y, apesar de tanta baraunda de trabajo, jamás desatendió sus obligaciones de Canónigo y

Catedrático, y se multiplicaba enseñando, corrigiendo, limando asperezas, resolviendo dudas, contestando cartas, escribiendo libros y acudiendo a todas partes adonde le llamaban su celo y amor al prójimo.

¿Y de dónde sacaba tiempo, dinero y paciencia para tan árdua y perseverante labor?

Niño yo entonces, no conocía bien su vida; pero ya hombre y entrado en años, miro atrás y no puedo explicarme tanto trabajo ni tanta actividad. Aquí sí que puede decirse: «*Digitus Dei hic est*;» el dedo y sello de Dios está en esta obra. No es posible que un hombre solo, sin la intervención de Dios, pueda sobrellevar tanta carga.

## XXII

### Extensión de su obra

La recién construida Capilla del Ave-Maria era el horno en el que se caldean los corazones de niños y Maestros, y de un modo especial el de Don Andrés que, siguiendo como va, puede estallar de emoción y preocupación.

«Ya hay Capilla; avancemos; en ella se congregan cientos de niños y los veo con carillas de hambre y medio desnudos; ¿qué hacer?...»

Su corazón es muy grande y su bolsillo pequeño; los niños piden pan, y el hambre no tiene espera; hace frío y las carnes ateridas de sus gitanillos o semigitanillos exigen pronto abrigo...

Nuestro Don Andrés pide en el Sagrario del Sacro-Monte y en la Capilla de sus Escuelas pan y ropa para los niños, y un domingo, todo emocionado, habló, después de decir Misa, y dijo:

«Parecíame oír la voz de Dios que imperativamente me mandaba poner cantina y ropero, y yo os digo que desde mañana habrá comida para los más necesitados y ropa y premios para los que lo merezcan por su asistencia, aplicación o buen comportamiento».

Y siempre arden las hornillas en las Escuelas, y nunca faltan comensales y a todas horas aparecen bocas abiertas y *estómagos agradecidos*. Casi desde la fundación de las Escuelas se vistió dos veces al año a los cientos de niños que a ellas acuden, y ya es el niño rico quien ofrece un traje al niño pobre, ya es un bienhechor insignie que ofrece a Don Andrés una cantidad para vestir a 100 pequeños, ya la Real Maestranza que, con motivo de la visita regia en 1901, uniforma un Batallón infantil de 1500 plazas, y todo esto, todo lo mueve y jalea nuestro biografiado, que *sin pedir* un céntimo a nadie, recibe y acepta lo que necesita para su obra.

En años sucesivos compra tres cármenes más hasta que al fin ve obrado el gran milagro de salir a la Cuesta del Chapiz sin pasar por el Camino del Monte sufriendo las molestias del polvo o barro más los malos ejemplos que por allí suele haber.

La caridad inagotable de Don Andrés nunca dice basta y además contagia a muchos.

Tanto Carmen exige cuidado y adaptación a la Escuela y todo eso cuesta dinero.

Tapar tantas bocas hambrientas y vestir tanta desnudez, con dinero se tapan y viste.

Remunerar al personal docente y a los trabajadores que labran la huerta exige cantidades de importancia.

Libros y papel, plumas y tinta, ropa e hilos para enseñar más otras menudencias, suman cientos y miles de pesetas, etc., etc. Y Don Andrés a todo atiende y de todo entiende.

Poco a poco se va conociendo su obra, y Médicos, como el hábil operador y buenísimo Don Victor Escribano, Farmacéuticos y Abogados, Sacerdotes y Religiosos se ofrecen a Don Andrés para trabajar con él y ayudarle en su grande obra de conquistar espiritualmente a Granada y a España.

Muchos niños asisten a las Escuelas, no pocos comen habitualmente, casi todos ellos son vestidos dos veces al año; algunos estudian Carrera, otros aprenden oficio y en toda la pintoresca ribera del Darro se oyen voces angelicales que cantan el Ave María y cientos de corazones y lenguas que bendicen y alaban al Fundador por su abnegación y caridad inagotables.

Y él dice que esto es nada y que si no hacemos más, perdemos el tiempo. ¿Qué querrá?

Un día me ordenó le acompañará a la Universidad para después dar *un paseo en burra* y ver paisajes nuevos.

Y bajé con él; mientras dió su clase, cuidé de la borrica y esperaba impaciente para ver esos paisajes nuevos.

Subido él en su borriquita, y haciendo yo de escudero, nos dirigimos al populoso Barrio del Triunfo para subir por la Cuesta de la Alhacaba y atravesar el típico y morisco Albaicín.

—¡Cuánto niño, cuánto abandono, cuánta incultura y cuánta miseria!

—¿Tú ves este Barrio tan abandonado?.. Pues hay que educarle; no hay más remedio.

—Y si yo trabajo en el Monte con mis gitanos, ¿por qué no hacer lo mismo con estos agitanados?... Urge poner remedio, pues Dios lo quiere.

Otro día fuimos por Quinta Alegre (otro Barrio extremo de Granada), atravesamos el no menos abandonado de San Cecilio, y como en el Monte y Triunfo, notó el mismo abandono y la misma falta de Escuela.

—Hemos de sitiar a Granada con Escuelas para conquistarla y ganarla para Dios; no hay más remedio. Ya verás cómo el Ave María se extiende por estas Barrios y con ellas salvaremos a estos infelices de la ignorancia en que viven.

En estos Barrios no había una sola Escuela, y por esto, donde no llegaba la acción educadora oficial ni privada, había que enseñar y fundar Escuelas gratuitas para los hijos de estos pobres habitantes, tan hijos de Dios y de la Patria como los del centro de la Ciudad.

Y las Escuelas se fundaron, después de grandes apuros y no sin pequeños obstáculos, que sólo la constancia y entereza de nuestro Fundador pudo vencer, como se verá, leyendo lo que sigue:

### XXIII

## **Escuela de Sargentos**

(Año 1893)

Don Andrés vino providencialmente a Granada, según hemos visto en artículos anteriores, y aquí, cual en ninguna otra parte, desarrolló

con una discreción y tesón admirables las numerosas obras de su apostolado; pero nació en Sargentés y no quería privar a su pueblo de los beneficios que disfrutaba Granada.

Sargentés es un páramo sin árboles (párrafo 1) situado en terreno ingrato y tan frío que un tercio del año se halla cubierto por la nieve o el hielo.

¿Por qué fundar en terreno tal una casa de educación?

Conteste Don Andrés, y sigámosle:

«Por ser mi pueblo y necesitarlo mucho; porque, si es frío y pobre, el frío favorece el estudio y la pobreza fomenta la humildad; porque el aislamiento contribuye al recogimiento y a la modestia en el vestir, y finalmente, porque allí se contaba con algunos medios para fundar y sostener la fundación.

Por ser mi pueblo natal, le amo y deseo favorecerle; por estar muy atrasado e inculto, conviene socorrerle cultivándole y educándole; por ser frío, la razón domina más fácilmente las pasiones juveniles y se pueden tener allí clases en el verano; por ser pobre, se vive en él con suma modestia y baratura; por estar aislado, viene a ser como un conservatorio en medio de un desierto, donde no llega el ruido que perturba, ni la moda que desvanece, ni el escándalo que hierre (cuando no mata) las almas.

Finalmente, allí hay casa, huerta y otros medios económicos, y de allí salí yo pobre e inculto a sufrir muchos bochornos y trabajos en el mundo, por falta de una buena educación primaria, y desde que conocí lo que ésta valía, prometí, si Dios me daba medios, dotar a mi pueblo de una buena Escuela.»



### La madre de Don Andrés

Era tan santa o más que el hijo, y cuando en 1898 ella voló al cielo, que tan bien había ganado, su hijo escribió su panegirico, que el lector podrá gustar en el párrafo siguiente:

La señora Sebastiana tenía una casa de su propiedad junto a la Iglesia y una huerta al pie del Templo, y una era entre la casa y la huerta.

Tan buena madre dijo un día a su hijo:

«Mira, Andrés, ya que tu fundas Escuelas y haces el bien a los niños pobres, yo te regalo mi casa, huerta y era para que dispongas de ellas y eduques en ellas a los niños de este nuestro pueblo.»

El hijo agradecido aceptó la modesta donación de su santa madre y, después de una obrilla de poca importancia en un granero comunal (o Sindicato Agrícola que se diría ahora) adosado a la Iglesia, empezó la Escuela en el mes del Rosario del año 1893 bajo la dirección de Doña Francisca López Manjón, sobrina del Fundador.

Muy en breve acudieron todos los niños del pueblo, y Don Andrés, deseando extender por todos los pueblos de la Lora los beneficios de una buena educación, levantó un magnífico Colegio (para niñas y párvulos), adosando a él la herencia de su madre por medio de un puente original.

Creóse un internado modestísimo al que acudían más de 40 muchachas con aspiraciones de Maestras, y todo se mejoró y amplió por medio de Profesoras que allí fueron desde Granada di-

rigidas por Doña Magdalena Martín Baena (hoy Sor Magdalena en el Convento de la Encarnación de Granada), cuyo celo, laboriosidad y competencia dió gran impulso a la obra.

Más tarde (durante el año 1916) se construyó *un verdadero palacio* para Escuela de niños y con los mismos fines que el de niñas.

Hoy viven y están bien dotados bajo el Patronato del Emmo. Cardenal Arzobispo de Burgos.

Yo sé los inmensos sacrificios que Don Andrés se impuso con esta nueva fundación y los disgustos que *hasta su muerte* tuvo que soportar por el pecado de hacer el bien a sus queridos paisanos.

«Cada día que pasa, nos decía, me convenzo más de que el Ave María es obra de Dios, porque acrecen los disgustos, y este es el sello de todos los que por El trabajan.»

La mayoría de los veranos visitaba esas sus queridas Escuelas de Sargentos, y en vez de descansar y reparar fuerzas perdidas, aprovechaba el tiempo en examinar las diversas clases que allí funcionan, en predicar a sus paisanos con la palabra y con el ejemplo, en redactar algún libro o preparar el trabajo para el nuevo curso, en enseñar a los Profesores a enseñar y educar según pretende el Ave María y a todas horas aconsejando piedad, trabajo, oración y buenas costumbres.

Don Andrés no se contentó con honrar a su pueblo por su propio valer, sino que se ha honrado a sí mismo dejándole *para siempre* dos hermosísimos Colegios bien dotados en los que se educarán cristiana y pedagógicamente todos los argentinos, como Dios manda.

La madre de Don Andrés, que fué en verdad *la cofundadora* con su hijo del Ave-María en Sargentos, no quiso ser señora y dueña, sino que por el contrario se ofreció a ser criada, cocinera e inspectora de las alumnas de aquel Colegio.

Lean lo que sigue y conocerán el temple de esta mujer humilde y los quilates de virtud que atesoraban su alma.

## XXIV

### **La primera cocinera del Ave-María de Sargentos**

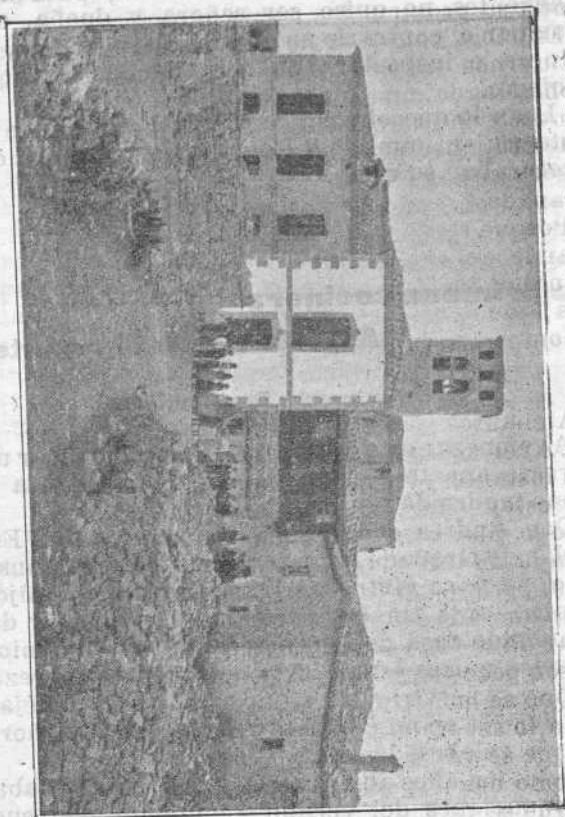
#### **La madre de Don Andrés**

Al empezar esta biografía, prometí dedicar un párrafo aparte a esta mujer extraordinaria y digna madre de tan buen hijo.

Don Andrés quiso traerla consigo a sus Escuelas de Granada, ya para consuelo y descanso suyo, ya para vivir más tranquila junto al hijo, a quien tanto amaba; pero nunca quiso salir de su humilde casa de Sargentos, porque «hijo mio, en todas partes está Dios, y aquí en mi pobreza procuraré servirle del mejor modo posible; déjame, déjame en mi casita y pide por mi al Señor, cuando celebres la Santa Misa».

Todos los años iba a verla y con ella pasaba las vacaciones del verano «contemplando sus virtudes y recreándose en la mujer fuerte, que dice el Eclesiástico».

Cuando el hijo se enteró de la grave enferme-



Escuelas fundadas por Don Andrés en Sargentes

dad de su santa madre, perdió su alegría habitual y pensaba a todas horas en ella, pues presentía su próxima ida al cielo.

Escribía con mucha frecuencia cartas llenas de tiernos y sabios consejos, singularmente a Doña Magdalena Martín Baena, Maestra de Sargentos y enfermera habitual de su madre. (Esta Maestra, modelo de Maestras, es hoy Religiosa observante en el Convento de la Encarnación de Granada).

Porque se vé en todas las cartas el corazón grande del hijo, y el convencimiento y resignación del Sacerdote santo, copio a continuación una, que es todo un documento de piedad, amor y conformidad con la voluntad de Dios; dice así:

«!Ave-María! 5 febrero 1898.

A cuantos cuidan de mi madre: Salud y gracia. Ayer estuve triste y me apretó durante algunos instantes el corazón la pena o el dolor físico; hoy estoy alegre y contento, sin saber por qué; pero lo mismo ayer que hoy, en el encogimiento y en la dilatación del alma, alabo y ensalzo a Dios, porque nos ha hecho cristianos, nacer de padres cristianos, vivir entre cristianos y participar de la fe y consuelo del cristianismo, que no son pocos ni cortos beneficios.

¿Que se muere una madre?...

Ya lo esperábamos.

¿Que se va para siempre?...

Como nos iremos todos.

¿Que se va sin saber dónde?...

—Eso no es cierto; sabemos a donde van los que mueren en el Señor.

¿Que no la volvemos a ver?

—Tampoco es cierto; iremos a verla pronto y gozar con ella.

¿Que ya no recibiremos su sombra?

—Tampoco es verdad; entre el cielo, la tierra y el purgatorio, hay el correo continuo de las oraciones y comunicaciones. A donde llega la sangre de Cristo, llega la protección de los Santos; esto es, a todas partes menos al infierno.

¿Que valia tanto?...

—Ahora vale más.

¿Que deja un gran vacío?...

—Ese vacío lo llena la fe y el tiempo.

Si la habíamos de perder, ¿para qué la conocimos?

—Esa es una falta de buen sentido. En este mundo *prestado* no hay nada *propio*; todo es por una temporada.

¿Pero por qué se pega tanto el corazón a ello?..

Porque el corazón no tiene cabeza; si pensara, amaría de otro modo. Amar para la gloria: he aquí la prudencia de los Santos. Amar en Dios y para Dios: he ahí toda la filosofía del corazón cristiano.

¿A pesar de todas las consideraciones, las lágrimas se vienen a los ojos?...

—Pues que salgan.

¿No es pecado llorar?... No, con tal que sea poco e involuntario. ¿No es falta de fe y resignación? No, si las lágrimas no son de desesperación. Hay lágrimas de resignación; los creyentes lloran, porque son seres sensibles, pero no desesperan ni dejan de consolarse con motivos de fe; *sus lágrimas son oraciones que gimen*. ¿Qué haremos pues?—Creer que hay otra vida mejor que ésta; que los que mueren bien, viven esa

vida; que los que siguen sus pasos, llegan al mismo sitio y gozan la misma dicha; que pronto, muy pronto, los que vivimos, moriremos, y viviendo bien, moriremos y nos juntaremos con los seres queridos y honrados que nos precedieron en el mismo camino y destino.

Aquí tenéis el resumen de lo único que en trances fatales anima y consuela; lo único que vale para curar penas y enderezar almas por la vía obligada de la muerte a la estación final de la Patria del Rey; allí están las moradas de los que le son fieles soldados. *Sirvamos a Dios* y quede a su cargo darnos *acceso y corona*. Esto escribo para todos vosotros que asistís y lloráis a mi madre, para deciros por escrito lo que os diría en persona. Ya que a diario me dáis parte, no quiero que mi correspondencia os falte.

Animémonos a vivir como buenos y moriremos como madre, sin pena ni inquietudes.

Vuestro affmo. h<sup>o</sup>.

*Andrés Manjón».*

Muere su madre (Doña Sebastiana Manjón y Puente), y el 1.º de marzo de aquel año se enteró Don Andrés de la muerte, al salir del coro del Sacro-Monte para explicar después su clase de Teología Moral.

Volvió a la Iglesia, pidió a Dios por su madre, lloró por ella y después dió su clase, «porque el deber es lo primero»; terminada la clase, rogó a sus alumnos que rogáramos por su madre, aunque suponía que estaría en el cielo, pues era una santa.

Bajó a las Escuelas, hizo el mismo encargo a los niños y Maestros y a continuación se fué a su

Cátedra de la Universidad, explicó la lección según costumbre, y rezó con sus alumnos, quienes se llenaron de pena por la pérdida de la madre y de admiración por la entereza y resignación del hijo.

¿Quién era la madre de Don Andrés?

Afortunadamente él mismo escribió su panegirico, y es tan hermoso que quiero estamparlo en esta biografía para gloria de madre e hijo y consuelo y edificación de quien esto leyere.

Todo lo que sigue es original de Don Andrés:

#### **«La primera Cocinera del Ave-María**

En 25 de febrero del año de gracia de 1898, y a los 74 años de edad, pasó a mejor vida la primera cocinera que tuvo la Escuela del Ave-María en Sargentos. Aunque mujer sin letras, supo vivir y morir tan bien, que la podemos llamar a boca llena Maestra de Maestras y discípula de nuestras Escuelas, y como tal la presentamos en estas líneas para que sirva de consuelo y ejemplo.

Nació esta humilde criatura de familia muy modesta, y habiéndosele muerto el padre antes que le pudiera conocer, contrajo su madre segundo matrimonio, y la pusieron a servir de *cinzaya* o niñera desde muy pequeña; por lo cual no pudo asistir a la escuela.

«Yo, sin embargo, decía ella, daba vueltas, cargada con mi niño, alrededor de la Escuela, y así aprendí la Doctrina Cristiana, que cantaban los niños dentro. Hubiera dado por saber leer la mitad de mi vida. Para que a las niñas de hoy no les pase lo que a mí, que soy un madero con ojos, quiero que se eduquen, que tengan escuela;



yo les dejaré mi casilla y un huertecillo, además de los pocos muebles que tengo, y mientras viva, les guisaré la comida y cuidaré de niñas y Maestras». Y así lo hizo: dejó su pobreza mobiliaria, la casilla y el huerto a la Escuela, y murió de cocinera, puede decirse, del Ave-Maria, sirviendo, mientras pudo, a niñas y Maestra.¶

Esta mujer piadosa, delicada y tierna, era fuerte e incansable en las enfermedades de propios y extraños, en las muertes y desgracias serena, en el peligro valerosa y tranquila, en el trabajo briosa y constante, y en toda su vida, cristiana verdadera de fe y con obras.

¡Cuántas veces arrostró la muerte por caridad, asistiendo en el lecho, conduciendo al camposanto y enterrando por sí misma a los apestados, a quienes nadie quería asistir ni tocar, por haber muerto o enfermado cuantos de ellos cuidaban, incluso el Médico! A nadie, fuera de Dios, tuvo nunca miedo, ni a la muerte siquiera.

Más de cuatro veces estuvo sacramentada y ni de casada ni de viuda, apesar de tener cinco hijos, pidió más vida sino «la que Dios quisiera» Esta confianza ilimitada en Dios le duró toda la vida. «Deseo morir, dijo al caer herida de muerte, para ver lo que Dios me tiene preparado»; y este deseo fué creciendo en los dos meses y medio que duró la última enfermedad. «Deseo morir, repetía, para ver a mi Dios».

En todos los actos de su vida tenía por norma acudir al cielo, pensando y obrando siempre en cristiano. Cuando ya viuda, desapareció un hijo, sin saber donde paraba, salió en su busca, y no hallándole, se dirigió a la Virgen del Pilar idciéndola:

«Madre mía, tenía un hijo y le he perdido, devuélvemelo e iremos juntos a besar tu Pilar bendito». El hijo pareció y madre e hijo fueron a besar las plantas de la *Pilarica* en Zaragoza.

Que era mujer briosa y varonil, no obstante su pequeña estatura y delicada complexión, lo prueban los hechos siguientes. Le tocó en suerte, al casarse, un marido que al poco tiempo enfermó, y durante veinte años que duró el matrimonio, y casi la enfermedad, ella, mujer pequeña, pero fuerte y animosa, se hizo cargo de la labor que tenían, caminando a las faenas del campo sola o delante de los trabajadores, y empuñando la esteva o la hoz cuando era menester.

Diecisiete años cumplía el hijo mayor cuando ella quedó viuda, pero le tenía estudiando, y empuñó con decisión la rejada «para que su hijo no dejara los libros»; «ya que yo sé arar y no leer, que aprenda él a leer y estudiar». Y dicho esto, montando en un rocín, salió de noche, sola, recién enterrado su marido, en invierno, y cruzando diez leguas de mal camino, para decir en persona al hijo estudiante: «Tu padre ha muerto; encomiéndale a Dios y sigue estudiando para que cuando seas Sacerdote, le tengas presente todos los días en la Santa Misa, y a mí con él. Ahora mira al cielo, que desde allí te ve tu padre; sé tan bueno como él». Y llorando un rato con su hijo, pero sin abrazarle, volvió a su casa a cuidar de la demás familia, faltando poco para que muriera envuelta por la tormenta de nieve y ventisca que se levantó en aquellos desiertos y elevados páramos.

¿Por qué, dirá alguno, en este viaje no la acompañó alguna persona? Porque ella no lo

consintió. «Los pobres, decía, no necesitan criados; ocúpese cada cual en sus quehaceres, y no en cumplidos y pasatiempos».

Cuando aquel hijo, hecho hombre (que es Don Andrés), pudo favorecer a su madre, intentó aliviarla del trabajo de labradora, que vistiera con alguna mayor decencia y recibiera para sus gastillos algún dinero; mas ella no lo quiso, diciendo: «¿Para qué quiero yo el dinero, el señorío, ni los pañuelos de seda? Labradora nací, labradora he vivido y labradora quiero morir; con mi tosco sayal y pobre muletón ando yo más a gusto que la reina de España con sus basquiñas de seda y su corona».

Conoció que se acercaba la muerte, y antes de caer en cama, el día de la Purísima Concepción, después de confesar y comulgar, se despidió de la Inmaculada (que un hijo había comprado para ella y estaba en la Iglesia), y vuelta a su chocita, se acostó, mandando se diera su ropa a los pobres, «porque ella ya no la necesitaba y los pobres sí». Y así fué.

Desde entonces no gustaba le hablaran sino de la muerte y de la gloria. ¿Estará en ella? Yo no lo dudo. Un día le preguntó el hijo qué caja quería para el entierro.

—Hijo mío, contestó, eso es vanidad; el mejor ataúd es la tierra.

—¿Y con qué vestido la atudaremos?

—Con el hábito de San Francisco, que desde joven tengo sobre mi cama.

Ya al final de su vida, y cuando no se podía mover, si no la movían, observó el médico en ella una dislocación molestísima, y le preguntó desde cuando la padecía.

—Desde venticinco años, respondió.

Nadie lo sabía.

Por fin se extinguió tranquilamente esta vida, preciosa ante los ojos de Dios, aunque ignorada de los hombres; se la enterró en un sábado, el más risueño de aquel invierno, y desde aquel día todos los sábados voltean alegres las campanillas de Santa María tocando a gloria.

Merece más alabanzas (porque tiene más mérito) quien hace buenas obras que quien escribe sabios libros; y enseña y vale infinitamente más quien sabe obrar bien, que quien sólo sabe hablar y escribir elocuentemente. Por eso y no por fruslería literaria, se pone a la vista la vida de esta pobre labradora y cocinera para que alabemos a Dios, que la puso en nuestro camino y la hizo como fundadora del Ave María, para que la tomemos como guía y modelo en las luchas de la vida y en el camino del cielo, y también para que, al encomendarla en nuestras oraciones, confiemos en que sabrá y podrá recompensárnoslas. Porque si antes era buena, ahora es mejor; si antes era agradecida, ahora lo es más; si antes era desprendida y generosa, ahora participa (y sabrá repartir) de las riquezas y misericordias de todo un Dios.

Rezad por ella un Avemaria y otra por mí.

Diciembre de 1898.

*Andrés Manjón*

He aquí un modelo acabado de madres cristianas y todo un ejemplar de un hijo bueno y de Sacerdote santo. Aquí si que cuadra como anillo al dedo aquel refrán de «tal palo tal astilla» y de «tal madre, tan buen hijo».

## XXV

**Escuelas de la Quinta**

(Año 1900)

**Sueño alegre y Quinta Alegre**

Aquellos paseos vespertinos, mencionados en el párrafo anterior, que Don Andrés y yo dábamos de vez en cuando por los barrios extremos de Granada «para respirar mejor y dilatar más el alma con la contemplación de amplios y hermosos panoramas», continúan dando felices y providenciales resultados prácticos.

Allá al Suroeste, en el sitio más placentero de la poética Granada, en el Camino de Huétor, en el mirador de la Vega, do llaman con propiedad Quinta Alegre, se bendijo solemnemente el 25 de marzo de 1898 una haza, que cedió generosamente Don Manuel Rodríguez Acosta, y en la cual Doña Rosario García, viuda de Gallardo, y sus hijos Don Gustavo y hermanas, han hecho levantar una muy agraciada Iglesia de estilo bizantino y gusto y corte granadinos.

Junto a esa joyita del arte sencillo y cristiano, para contribuir al culto de la Virgen María, para promover la educación y cultura de aquellos barrios, que tanto la necesitan, y para seguir la piadosa y bienhechora tradición granadina de eregir Iglesias junto a las Escuelas y Escuelas junto a los templos, tuvo Don Andrés vivos deseos de hacer una Escuela del Ave-Maria, y sólo faltaba dinero.

Acudió como siempre al Banco inagotable de la Providencia, y ese Banco singular le dió el dinero que se necesitaba, levantándose en poco tiempo un primoroso edificio escolar, bien soleado, mejor ventilado y con todas las condiciones higiénicas que exige la moderna Pedagogía.

Quiero anotar aquí un hecho por el que puede colegirse el tesón y temple de nuestro Fundador.

Durante los años 1899 y siguientes nació en Granada una sociedad obrera titulada «La Obra», patrocinada, dirigida y jaleada por un granadino que buscaba *un fin* y resultaron malísimos y reprobables los medios, porque se apeló a la violencia, se excitó a la sedición, se predicaron ideas subversivas, y el pobre obrero, ciego y materia apta para el motín o la revuelta, se agrupó y organizó en dicha sociedad, porque sí, *porque era moda*, pero sin saber a dónde iba ni por qué caminos le llevarían los *santones* del obrerismo; lo cierto es que en pocos meses «La Obra» era una colmena de obreros y... *todos cotizaban*.

Tomáronla con los pobres e inofensivos curas y frailes, y no había mal, enfermedad o muerte que no se achacara a los curas.

—¿Que se pierden las colonias?...

—Los curas tienen la culpa.

—Que la vida se encarece y hace difícil?...

—Son los frailes los causantes del encarecimiento.

—Que llueve o hay pertinaz sequía?...

—Ellos, ellos son los que impiden la lluvia o hacen que ésta caiga a cántaros.

Y así en lo demás. Lo cierto es que salir a la calle con traje talar era por entonces un verda-

dero peligro, y singularmente por los alrededores de «La Obra».

Don Andrés no tuvo miedo a nadie ni a nada, y en ese año tuvo que entenderse con obreros *rechiflados*, con los jaleadores de la opinión obrera y con el medio ambiente que por doquier se respiraba, al construir las Escuelas de la Quinta.

Iba *diariamente* subido en su borrica por el centro de Granada para visitar sus nuevas Escuelas en construcción; allí oía las numerosas quejas de los obreros (entonces todo eran quejas y protestas, casi como ahora), resolvíalas como podía y sabía, predicábales paternalmente, los convidaba para ganarlos a Dios, y al terminar la tarde, caballero en su borrica, regresaba al Sacro Monte, pasando por «La Obra», a cuyas puertas había siempre gran número de obreros y muchachos *con caras de palo*.

—Que viene Don Andrés; callaos.

Y Don Andrés tranquilamente pasaba por medio de aquellos obreros engañados y mal aconsejados, y no pocas veces conversó con ellos y les hablaba yo no sé de qué modo, que los atraía hacia sí, y le oían con todo respeto.

—Don Andrés no es como los demás Curas, decían.

Y tenían razón, porque se olvidaba de sí mismo para ser de los demás, y eso es de muy pocos.

Terminó sus Escuelas de la Quinta y desde el día 1.º del siglo corriente funcionan en aquel pintoresco Barrio para bien de chicos y grandes.

«Soñaba yo, decía Don Andrés, en unir todos los Barrios de Granada junto al corazón del Ave-María del Monte, y veía en lontananza hermosas Escuelas que educaran a los niños de esos

Barrios y así salvar a esta Capital tan pintoresca como abandonada en materia de educación; pero ¿los sueños sueños son?...; no lo sé; hoy inauguramos una Escuela nueva con el siglo nuevo, y espero que muy en breve surja otra en el Triunfo, que falta hace. Soñemos y levátemos el corazón a Dios».

Organizadas estas Escuelas, sólo faltaba proseguirlas sin descanso y hacer el bien; lo demás ya vendrá; tenía tan gran confianza en la Santísima Virgen, y para él no existían dificultades, «porque las resolvía la Señora», y teniendo en la Quinta a tan buena Directora como la Virgen Morena (o de Monserrat), no había por qué temer. Y así ha sido, el Ave María está allí desde el 1900, y seguirá, Dios mediante, haciendo el bien a aquel hermoso Barrio por los siglos de los siglos.

A los pocos meses *los sueños* de Don Andrés se convirtieron en consoladora realidad en el Triunfo o Parroquia de San Ildefonso, como se verá en el artículo siguiente.

## XXVI

### **Don Andrés funda las Escuelas del Ave-María en el Triunfo**

(Año 1900)

En el popular barrio que llaman del Triunfo no había por entonces Escuela alguna, y eran tantos los niños que carecían de educación y tantas las necesidades materiales y morales que



allí existían, que era urgentísimo poner remedio; Dios permitió que Don Andrés fuera el instrumento de su bondad y arregló las cosas en tal manera que se hizo Escuela y a ella acudieron tantos niños que no se cabía, y hubo necesidad de ampliarla al poco tiempo.

Junto al Convento de PP. Capuchinos existía y existe una hermosa huerta y tres grandes patios con casa grande, aunque vieja y semiabandonada.

Los dueños de esta finca, que son Don José, Doña Mercedes y Doña Concha López Barajas, la ofrecieron a los Salesianos, Capuchinos y Hermanos de San Juan de Dios, y todos encontraron dificultades en aceptarla; por último se acordaron de Don Andrés y le dijeron:

—¿Quiere Vd. aceptar el usufructo de esta nuestra finca para implantar sus Escuelas?...

—¿Hay en aquellos barrios muchos niños abandonados?

—Muchísimos; apena ver tanto abandono.

—Pues yo acepto lo que ninguno quiere y sin condiciones; eduquemos a aquellos barrios y que Dios nos ayude.

Hiciéronse cuatro clases, se organizó el nuevo Colegio del mejor modo posible, y el 21 de abril del año 1900 se inauguró este nuevo grupo del Ave-Maria para gloria de Dios y bien de Granada.

Don Andrés estaba *loco de contento*, porque poco a poco iba estrechando el cerco moral de Granada y no tardaría en llegar el venturoso día de caer rendido a los pies de la Virgen para entregarse a Ella como esclaves.

Quiero que el lector saboree los hermosos con-

ceptos redactados por Don Andrés con motivo de la inauguración de esta Escuela.

«Junto a una columna (la de la Virgen del Pilar) me salvó mi madre; junto a una columna (la del Ave-María) congregué por vez primera a mis niños a cantar las flores a la Virgen, cuando nuestra Iglesia era el firmamento; y al pie de otra columna (la de la Virgen del Triunfo) se agruparon esos niños el 25 de abril, en sábado, día de María, para cantar a la Inmaculada la primera Salve y la primera Avemaría.

El cielo no tenía una nube, el aire se estaba quedo, las flores comenzaban a abrirse y exhalaban silenciosas sus primeros y más deliciosos perfumes, una turba magna de gente no invitada, bullía y ocupaba la explanada y un ejército de niños armados de cruces, banderas y flores, descendía del Sacro-Monte por la Alhacaba, cantando al son de la banda el Santo Rosario.

. . . . .

Avanzando con los deseos del corazón, que son infinitos, y con los vuelos de la imaginación, que son casi infinitos, recordando a mi Patria recluida en una cueva donde se invoca a María (Covadonga); a mi Patria reconquistada en Granada bajo el lema del Ave-María (Pérez del Pulgar); a mi Patria extendida por mares y mundos desconocidos descubiertos el día de María del Pilar, y al Pilar de Zaragoza siendo el núcleo de nuestra nación y la expresión del tesón y fe de nuestra raza, me pregunto yo; ¿si tendrán algo que ver con el porvenir de la raza, la Religión y la patria estas pobres Escuelas de mis pobrísimos niños, nacidas en una cueva donde se in-

vocaba a María; inauguradas en octubre, cuando se honraba a la Virgen del Pilar; congregados alrededor de una columna de mármol sobre la que se levantaba la imagen de la Virgen María, y hoy dilatándose bajo la bendición y mirada de su Dios y su Madre, la Virgen del Pilar o del Triunfo? ¡Qué poco distan el entusiasmo y la locura!.»

Don Andrés no descansaba y a diario visitaba estas Escuelas y las iba organizando hasta que en septiembre del año siguiente (el 1901) se encargó de las mismas Don Pedro Manjón, al ser ordenado de Sacerdote.

¡Hermosa en verdad ha sido la labor que en ellas se ha realizado!; las cuatro clases se tuvieron que convertir en 8, porque los 500 niños que asistían y asisten exigían conveniente separación; se creó en 1902 un Centro de Obreros, que era y es una como prolongación de la Escuela; se organizaron 4 clases nocturnas y una banda de música y poco a poco aquellos barrios han ido recibiendo el jugo y savia de la educación cristiana, gracias a los desvelos y caridad inagotable de Don Andrés.)

Finalmente se transformó el vetusto y medio derruido edificio en hermosos locales (8 clases y amplio salón de actos) como recuerdo del grandioso Congreso Eucarístico celebrado en Madrid en el año 1911, gracias a la caridad de sus bondadosos dueños.

Desde la inauguración de este Colegio hasta el día de hoy han pasado por sus aulas *seis mil cuatrocientos niños, dos mil quinientos adultos y tres mil doscientos obreros*, los cuales han recibido gratis el inmenso beneficio de la educación,

premios, obsequios, carreras y socorros por valor de *muchos miles de duros*, que nuestro Fundador distribuyó generosamente por amor de Dios y del prójimo.

¿Cree el lector que Don Andrés está satisfecho?... Continúa diciendo que hace poco y que Dios le pide mucho más; y más hará, si le dejan, y mucho más hizo porque así lo quiso Dios, como se verá en párrafos sucesivos.

Cuanto más extiende el radio de acción, más se multiplican su celo y actividad; no vive, ni descansa, ni apenas come; parece como que su alimento y sueño son las emociones profundas y los trabajos de su apostólico celo.

## XXVII

### **Escuela de las Vistillas**

(Año 1907)

Corría el año 1905; Don Andrés gozaba, porque hacía mucho bien, y aun gozaba más, al ver que el horizonte del bien se dilataba ante sus ojos.

Poco a poco iba bloqueando a Granada y desde su Cuartel General, que son las Escuelas del Sacro-Monte, daba órdenes (y algunas preciosísimas), observaba los movimientos, fijaba el plan de ataque, y convenientemente asesorado ante al Sagrario, salía de su Cuartel hacia las avanzadas, y ya le vemos en Quinta Alegre,

alegrando a aquellos pequeñuelos, que le saludan con reverencia; ya en el Triunfo, en cuyos amplios y hermosos patios bulle un hormiguero de niños con quienes juega y divierte; ya en medio de sus queridos y montaraces gitanillos, que le saludaban con todo afecto: «Vaya ozte con Dios, Don Andrés, que ez ozté más güeno que los mismos ángeles der sielo».

—Bueno, hombre, sed también buenos vosotros y que Dios os bendiga. ¡Como gozaba!

Aun quedaba un boquete abierto y el campo escolar y espiritual de Granada no estaba suficientemente defendido; faltaba atrincherar el barrio de San Cecilio y no veía el cómo; porque carecía de recursos, de local, de personal, de todo, «pero Dios lo quiere y yo lo siento en mi corazón».

Embebido estaba con este *impertinente* pensamiento, cuando llegó a él el Excmo Señor Conde de Agrela y le dijo: «Observo de cerca y estudio con detenimiento su hermosísima obra del Ave-Maria; comprendo que es obra de Dios y, por serlo, quiero yo cooperar de algún modo a los esfuerzos de Vd., que no son pocos; dígame en qué forma y seguiré en todo sus indicaciones».

— ¡Cuánto me alegro de haber oído a Vd. Señor Conde!; no sé si acertaré a exponerle mis deseos y pensamiento; supla Vd. lo que mi torpeza me impida expresar.

Ya tenemos tres Casas de educación en Granada: el Ave-Maria del Monte, el Triunfo y Quinta Alegre; pero hay *un portillo* que conviene tapar a cal y canto poniendo en él una buena Escuela, y con ella estaría nuestra Granada

completamente bloqueada con campamentos escolares; es el ideal que yo persigo!

—¿Y qué portillo o barrio es ese?

—El de San Cecilio, en donde hay muchos niños y ninguna Escuela.

—Busque Vd., Don Andrés, el sitio y yo me comprometo a edificar una Escuela según el plan y forma que el Ave María necesita.

—Señor Conde, que el cielo le premie tanta bondad; hoy mismo empezaré mis gestiones y espero que la Virgen sea conmigo para buscar local o sitio en donde edificar y en el que haya campo, sol, luz, agua y alegría.

Así fué; Don Andrés exploró el campo y encontró una huerta propiedad de un Señor muy cristiano, y tan hermosa y extensa, que no sería difícil tomar de ella una buena parte para instalar un campamento escolar y construir el edificio para Escuelas Avemarianas.

Dios y la Virgen lo arreglaron todo; dividióse la huerta, cercóse con una tapia y el generoso e ilustre Señor Conde de Agrela levantó un hermoso Colegio en forma de cruz con 4 clases magníficas, casa para el Director y una preciosa Capillita en el centro, ante cuyo altar recibe la Virgen del Rosario las oraciones y devotas súplicas de cientos de niños de aquel populoso barrio.

El día de la Virgen del Rosario del año 1907 se inauguraron y bendijeron por el Excmo. Señor Arzobispo Don José Meseguer y Cesta, y desde entonces hasta el día de hoy y *hasta siempre* el Ave María sentó allí sus reales para luchar con la ignorancia y salvar a la niñez abandonada.

—¡Qué hermosas Escuelas!; todo es allí encantador, la belleza del paisaje, la esbeltez del edificio, la original distribución de las dependencias, la abundancia de sol y agua, el aislamiento del *campamento escolar* y la necesidad imperiosa de educar a un barrio abandonado.

Don Andrés veía realizado su pensamiento y aquello de «los sueños, sueños son», podía convertirse en esta frase: «mis sueños, no son sueños, sino consoladora realidad».

Veásmole, como experto y diligente General, visitar casi a diario sus estratégicas Escuelas, leamos en su rostro la satisfacción que siente al ver su obra y plan completamente terminados, oigamos lo que dice y meditemos todos:

—¿Qué dice Don Andrés?

Dice que *esto aun es poco*, porque Granada es un punto de la Patria y casi nada en el mundo.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Que hay que salvar a la Patria y al mundo luchando hasta morir.

—¿Pero Vd. solo?

—No; Dios y yo y quienes quieran ayudarnos.

Granada sería el horno que había de caldear a muchos corazones e inteligencias, y de Granada recibirían impulso muchos cientos y miles de Sacerdotes y Maestros que irían a España entera y al mundo para predicar el bien con el lábaro santo de la Cruz y el Ave-Maria.

## XXVIII

**Funda el Seminario de Maestros**

Sabía muy bien Don Andrés que la Escuela es según sea el Maestro.

—¿Para qué sirve, decía él, un edificio levantado a todo costo, salones y clases regiamente decoradas, si el inquilino o Maestro que lo ha de habitar de todo tiene menos de Maestro?...

Hacen falta Maestros y, Dios mediante, hemos de intentar su formación. ¿Cómo?

Un Sacerdote piadoso e ilustrado, llamado Don Enrique González Carrillo, que disponía de algunos bienes, y, unidos a su celo, talento y trabajo, deseaba invertirlos en una obra que él, con acierto, juzgaba de suma importancia, necesidad y trascendencia, se presentó un día a Don Andrés, y le dijo:

—¿Me admite Vd. en las Escuelas del Ave-Maria?

—Con mil amores, le contestó.

Desde entonces se instaló en ellas; observó la hermosísima labor de Don Andrés, su incansable celo, su actividad, su caridad inagotable, y poco más tarde, le dijo:

—¿Por qué no pone Vd. un Colegio para hacer Maestros?

—Es mi sueño dorado, mi preocupación constante, pero carezco del hombre que para ello se necesita.

—Si Vd. me considera útil, yo haré lo que sepa y pueda.

Don Andrés vió los cielos abiertos, y le pon-



deró, no obstante, la dificultades y sacrificios de toda clase que la obra exigía; pero Don Enrique a todo contestó animoso y resuelto, y empezó tan hermosa obra, que dirigió durante 6 años, hasta que otra fundación análoga solicitó su celo en la Corte.

Frente a la poética e histórica Alhambra, Darro (por medio, está el Carmen de la Victoria.

Está dicho Carmen mirando al Mediodía sobre la colina que sube al morisco barrio del Albaicín. El sitio es hermosísimo y la independencia y aislamiento completos, porque la finca es un cuadro que forma manzana. Allí una casa principal de nueva planta, jardín amenísimo, huerta espaciosa, plazoletas para jugar, agua corriente, aire puro, sol abundante, un Carmen tal que si un poeta lo soñara, no sería más poético, y si un pedagogo lo ideara, no resultaría más apropiado.

Providencialmente compró este Carmen Don Andrés para establecer en él su hermoso Seminario de Maestros.

Mucho bien hacía él en sus Escuelas, inmensos eran los beneficios que recibía la Patria de su magnánimo corazón, pero a todos excedía esta nueva obra del Seminario.

Decía él a raíz de la fundación: ¿Qué haremos, pues, desde el puesto de Maestros que nos ha tocado en el mundo? *Serlo de verdad.*

Para ello es menester que el Maestro sepa lo que el cargo le pide: Fe, para vivir según ella y caminar sin dudas ni vacilaciones; Esperanza para no desmayar ni decaer en la obra, por larga y penosa que sea; Amor a los hombres, estando dispuesto a sacrificarse por ellos.

Con estas virtudes teologales, más las cuatro cardinales, y demás que de ellas se derivan, intentamos reaccionar en la medida de nuestras fuerzas contra esa vergonzosa y degradante reacción pagana».

He aquí el programa de su Seminario, y programa que realizó hasta el último momento de su vida.

Le parecía poco enseñar en el Sacro Monte, en la Universidad y en las Escuelas, y ahora cae sobre sus espaldas *este obrón*, que es él solo capaz de consumir la vida de muchos hombres.

Durante muchos años explicó Pedagogía con la competencia y seriedad en él habitual, y no sólo explicaba, sino que escribió unos apuntes aclaratorios al programa (inéditos y que yo conservo como oro en paño), que es lo más completo que yo he leído acerca de esta rama del saber humano.

Y más tarde escribió un prontuario de Gramática Castellana, explicándola también algunos años, «porque era Asignatura que dominaba y la enseñaba sin grandes sacrificios».

Y sabiendo por experiencia que la práctica es la que hace al Maestro, todos los domingos, después de Misa, reunía a los *cien alumnos* del Seminario y ante ellos practicaba y los hacía practicar con tal originalidad y paciencia, con tal maestría y conocimiento de la Escuela, que era entonces el gran Pedagogo al par que el padre amante de sus queridos Maestros.

—No tengo recursos para hacerme Maestro, le decían muchos.

—Vete o vayan a nuestro Internado, preséntese al Director, y procuraremos ayudarle.

¡A cuántos ayudó y a cuántos sacó de la miseria con su Internado de Maestros!

Construyó una preciosa Capilla en el Seminario de Maestros consagrándola a la Virgen del Pilar; organizó una Biblioteca Pedagógica para uso de los alumnos; creó premios a la virtud y al trabajo, y siempre fué el consejero, el *arregla pleitos* de la Casa, el pararrayo de la Institución y el paño de lágrimas de Profesores y alumnos.

Parecía que tenía el don de la ubicuidad; pues veíasele en las Escuelas, en el Internado, en sus obligaciones de Canónigo y Profesor, y a todas partes iba *para hacer*, no para mirar o perder el tiempo.

Son ya centenares los Maestros que han salido de su Seminario, y murió contento de esta obra, a la que encargó *nominatim* que oyeran sus alumnos una Misa diaria por su alma.

«Mis Maestros, mis Maestros, decía él, son las pupilas de mis ojos; ellos serán la esperanza de las Escuelas.»

## XXIX

### El arte de hacer Maestros

Mucho trabajó Don Andrés en las Escuelas, pero con los Maestros *se excedió*, porque muchas veces se olvidaba de sí mismo, y aun estando enfermo, sacaba fuerzas de flaqueza y allá iba a enseñar a sus Maestros, a «desbistar inteligencias» (esta era su frase), a formar hombres cabales y educadores completos.

Reunía a todos los de un curso, y cual si fue-

ran niños, personalizaba la Historia y a cada uno le hacía referir un hecho, sacando consecuencias, haciendo discurrir y poniendo en sus inteligencias y corazones palabras de aliento y de consuelo.

—Sudamos cuando Don Andrés nos pregunta, decían ellos; pero aprendemos.

—«¿Sudáis, verdad?; mirad, el Maestro católico es como el *reverbero* de la fe y la ciencia, luces hermanas nacidas de un mismo foco, como hijas del Verbo, Jesucristo, que es el resplandor del Padre y el iluminador de los dos grandes factores de la vida, la fuerza y el amor».

Y así a unos reprendía con la autoridad de Maestro, a otros corregía y castigaba *oportuna-mente* sin la dureza del inflexible *Dómine* de aldea y a todos enseñaba nuevos procedimientos para matar la rutina y hacer hombres reflexivos.

Ya los forma en grupos para fomentar y estimular el trabajo, ya les habla para que a continuación redacten lo que les dijo; aquí obliga a oracionar, allí a hacer forma de letra española, en un caso se equivoca *voluntariamente*, a ver si pasa el disparate; en otro pregunta con doble sentido a ver si discurren, y siempre aparece el pensamiento moral, que es el fin de la educación.

Un día se entusiasmó, después de dar una lección ante una imagen de la Virgen del Pilar, y al terminarla, todo emocionado dijo: «Hagamos apóstoles, que se necesitan, y como los hagamos, ellos repetirán el milagro de tornar cristiano al mundo pagano».

Maestros y Educadores todos, creced ante vuestra misión, que es apostólica; preparaos con

la ciencia de la salvación, que es la verdadera sabiduría, y formaos en humanidad y cristianidad, que sois los llamados a ser formadores de hombres cristianos.

Que Dios nos dé la gracia de saber haer educadores tales cuales los soñamos y habremos logrado tener hombres, familias y pueblos tales cuales los necesitamos».

Nunca gozaba tanto como cuando *exportaba* a un Maestro a una Escuela, sea o no del Ave María; le aconsejaba y animaba, preveníale e indicaba los peligros, y le obligaba a comunicarse con él con frecuencia para poder apreciar de cerca su piedad, competencia y laboriosidad.

—¿Qué haré yo, decía, para hacer buenos Maestros? ¿Bastará mi Seminario? ¿Acertaré a darles espíritu avemariano?...

Pensando un día ante el Santísimo sobre este interesantísimo tema, volvió a su mesa de trabajo dispuesto a redactar un libro, que fuera como el *Vademecum* del buen Maestro y el guía y orientador del joven aspirante a educador español y cristiano.

Puso manos a la obra, y al poco tiempo dió a la imprenta su celeberrimo libro «El Maestro mirando hacia dentro», en el que se detallan las virtudes del buen Maestro, tomando como base las teologales y cardinales.

Es un libro de oro, necesario a todo Maestro y tan útil y provechoso, que no han tenido inconveniente algunos sabios en llamarle «El Kempis del Maestro».

Gozó mucho Don Andrés, cuando terminó este hermoso libro y lo puso ante el Sagrario para que el Maestro de los Maestros, que es Jesucris-

to, le bendijera e hiciera su lectura mucho bien al Magisterio.

No se contentaba con practicar y enseñar a sus Maestros, esto le parecía poco; aspiraba a congregar a todos los que sienten vocación a la Escuela o enseñanza, y lo consiguió con su libro, que ha traspasado las fronteras, y se ha leído, comentado y alabado por muchos miles de Maestros y Sacerdotes.

Decía un Maestro, en carta a Don Andrés: «Cada día que pasa, me siento un tanto mejorado, y trabajo con más afición y gusto; porque a diario leo su libro y rumio y medito sus sabias enseñanzas. ¡Ojalá que antes hubiera caído en mis manos!»

El Emmo. Cardenal Guisasola recomendó en el Senado este áureo libro del «Maestro mirando hacia dentro», *que es lo mejor que ha escrito nuestro venerable Fundador.*

Nos repetía muchas veces durante su enfermedad: «Educad a los jóvenes, que en ellos se cifra la esperanza de la Patria; haced buenos Maestros, que en ellos se funda la Sociedad y predicadles piedad, laboriosidad y competencia, que son las tres principales virtudes del buen Educador».

Vivió para sus Maestros, y aun muriendo, en ellos pensaba. ¡Cuánto los quería!

## XXX

**Propagación de las  
Escuelas del Ave María**

Veía Don Andrés los frutos de la Escuela cristiana, española y avemarian; poco a poco había cercado a Granada de campamentos escolares, y pareciéndole obra pequeña lo hecho en fuerza de tantos y tan grandes sacrificios, quería contagiar a España de su entusiasmo y al mundo entero, si fuera posible, porque «sin Escuela católica no hay familia, y sin familia no hay sociedad».

Sus célebres hojas del Ave María fueron como el gancho o cable para mover voluntades y corazones; se leían y saboreaban en el Norte y en el Sur, en Oriente y en Occidente y todos a una se decían: «Don Andrés tiene razón, eduquemos como él educa e impongámonos algún pequeño sacrificio en bien de la Patria, hoy en peligro por culpa de todos».

Y así vemos en esta Provincia de Granada a Don Isidoro Pérez de Herrasti creando en el Padul unas hermosas Escuelas del Ave María para educar de balde a los niños de ese pueblo señorial. Y en Brácana hace lo mismo el Excelentísimo Señor Conde del Prado y familia.

Y en Romilla la Excma. Condesa de Casa Valencia.

Y en Zujaira el Excmo. Señor Conde de Calatrava.

Y en Málaga las funda con gran entusiasmo el Sacerdote Don Diego López, quien vive para

la Escuela y la dedica cuanto él sabe y puede, y hasta su salud, que es endeble, y su pobreza, que no es pequeña.

Y en Torre del Mar (de la misma Provincia) Don Luis Alvarado, Administrador de la Casa Larios, las organiza con éxito creciente con gran consuelo de aquellos laboriosos vecinos.

### En Sevilla

Se fundaron en el Barrio de San Roque con diversos grados, gracias a la inagotable caridad de la Condesa de Casa Galindo, señora anciana y la más modesta y limosnera de Sevilla.

### En Huelva

Las fundaron con gran entusiasmo y éxito consolador el hoy celosísimo Señor Obispo de Málaga, Don Manuel González y el incansable pedagogo Don Manuel Siurot; a esas Escuelas se debe la restauración moral de Huelva, después de vencer un sin número de dificultades, gracias a la constancia y a la paciencia de esos dos hombres extraordinarios, a quienes Dios premiará con una gloria muy grande, muy grande.

### En Almería

En un barrio extremo y pobre de esta Capital, que llaman el Quemadero, había un enjambre de pequeños sin educación y *en el arroyo*. Almas enamoradas de Dios y de los pobres acudieron a Don Andrés; y muy en breve surgieron dos Escuelas de niños y niñas, que viven de limosna



y trabajan en silencio para civilizar a aquellos pobres, abandonados de todo elemento de cultura.

Pocos años después se crearon otras Escuelas en esta misma Provincia y recientemente una en Garrucha y 2 en Pechina.

### **Dos Hermanas**

El Excmo. Señor Don Luis Ibarra es uno de los admiradores más entusiastas de Don Andrés; le escribió varias veces y, al fin, se movió a levantar y costear unas Escuelas del Ave-Maria en Dos Hermanas, pueblo pintoresco y próximo a Sevilla.

Nada falta en estas Escuelas y tan bien ha sabido el Director y Sacerdote Avemariano Don Amancio Renes, dirigirlas y fomentarlas, que hoy son ejemplar y modelo de Escuelas.

### **Montellano**

También de la Provincia de Sevilla, quiso gustar y tocar las enseñanzas del Ave-María, y allá fueron dos Maestros, quienes acertaron a trabajar como buenos y a luchar sin descanso por Dios y por la Patria.

En Andalucía, pues, prendió y arraigó la buena semilla y Don Andrés se entusiasmó con la hermosa tierra de *María Santísima*, pues encontró en todas partes corazones generosos, y voluntad firme, y bolsillos siempre abiertos para desterrar la incultura y combatir el analfabetismo e *indiferentismo* religioso, que es la peor de las plagas y el mal del siglo.

### En Córdoba

Se organizaron las Escuelas del Ave María con mucho entusiasmo; muy pronto se dejaron sentir en la población los saludables efectos de la enseñanza y educación avemarianas, y hoy son una garantía de orden y un remedio eficacísimo para desterrar la ignorancia entre las clases desacomodadas.

*En Cabra.*—Las fundó con éxito Don Antonio Vargas, empezando a lo pobre y terminando con un hermoso edificio, incapaz hoy para educar a tanto niño como a ellas acude.

*En Pedro Abad.*—Merced al buen deseo y recurso de personas influyentes de esta localidad, dirigidas por el Párroco, se fundaron las Escuelas del Ave María, y no se contentan con educar a los niños, sino que acuden por de noche muchos jóvenes a instruirse y a educarse.

### En Orihuela y Murcia

Se crean otras, protegidas, alentadas e inspeccionadas por los PP. de la Compañía de Jesús y con Maestros formados en las de Granada.

### En Alicante

Aparecen dos graduadas para contrarrestar la influencia protestante, que allí hace campaña intensa con gran pena de los buenos.

### En Valencia

Don Miguel Fenollera, Sacerdote dotado de talento y cultura, don de gentes y don de piedad, visitó las Escuelas del Ave-María de Granada, habló detenidamente con nuestro Don Andrés, leyó sus escritos, se asimiló el pensamiento y, hombre de acción y celo, le ha desarrollado en varias Escuelas y formas que le acreditan como pedagogo y como misionero.

Siendo él teniente encargado de una Iglesia, que es ayuda de Parroquia (San Miguel) en ella y sus dependencias abrió una escuela graduada, que fué el principio de todas sus empresas.

Más adelante las funda en *Benimámet*, junto a unas cuevas pobladas de muchos pobres y en las que ha cosechado muchos y sazonados frutos.

### En Badajoz

En *los Santos*, pueblo importante de esta Provincia, se ha propuesto su ilustrado Párroco, Don Ezequiel Fernández (que fué alumno de Don Andrés) hacer de la Escuela la palanca de todas sus obras católicas, benéficas y sociales, pidiendo al efecto Maestros a las Escuelas de Granada, y ha conseguido regenerar a un pueblo con una constancia y tesón admirables.

En *Don Benito* las organiza el humilde y abnegado sacerdote Don Manuel Parejo, que visita a Don Andrés y queda tan entusiasmado que prometió solemnemente a su Virgen de Guadalupe trabajar por el «Ave-María» hasta morir, promesa que viene cumpliendo sin interrupción

desde hace varios años, haciendo mucho bien y mereciendo para el cielo.

### **En Ciudad Real**

*Puertollano.*—Esta importante población manchega estaba minada por el socialismo; eran muchos los niños que no recibían otra educación que la del escándalo y la del vicio; y, movidos a compasión algunos señores de este pueblo, acordaron constituir una sociedad para crear lo antes posible las Escuelas del Ave Maria según la mente de Don Andrés; construyeron un nermoso edificio escolar para niños y niñas y allá fué el laborioso y abnegado Sacerdote Avemariano Don Feliciano Torca, a quien se debe la organización técnica de la Escuela, que ha hecho y está haciendo un bien inmenso a aquellos simpáticos mancheguitos.

*La Solana.*—Es otro pueblo importante de la misma Provincia en el que existe una fundación escolar avemariana debida a la bondad y entusiasmo del Señor Irastorza, hoy dignísimo Obispo de Orihuela; es Escuela graduada y casi puede decirse que es la más importante fundación que Don Andrés hizo el año antes de su ida al cielo.

Si todos los pueblos de la campiña manchega siguieran el ejemplo de Puertollano y la Solana, en pocos años sería la Mancha la Región más culta de nuestra querida Patria.

### **En Madrid**

Hay en la Corte varias Escuelas y centros

donde el Ave María influye por medio de sus Maestros, siquiera por aquello que pasa por axiomático, de que «la Escuela la hace el Maestro».

Los PP. Jesuitas pidieron dos Maestros para la Escuela de Artes e Industrias.

En Chamartín de la Rosa hay una Escuela para niños pobres con Profesor Avemariano.

Sobre la ribera del Manzanares, junto a la Casa de Campo, frente por frente del Palacio Real, en la Carretera de Extremadura, hay una Escuela del Ave María fundada, dirigida, costeada y promovida con todo empeño y entusiasmo por Doña Antonia Medrano.

Como el sitio se presta, la gente abunda, la necesidad clama, las Maestras trabajan, Doña Antonia ni duerme ni descansa y recursos no han de faltarle, es obra asegurada y hará un bien inmenso a Madrid, además de ser un hermoso ejemplo de abnegación y caridad cristiana.

En la Calle de San Vicente números 72 y 74 se han levantado un hermoso edificio escolar del Ave-María, y a él acuden más de 300 niños pobres; tiene amplios e higiénicos locales, hermosa Capilla, agua abundante y sol y campo, apesar de estar situado entre manzanas rodeadas de casas.

*En Bellas Vistas.*—Allá, al N. de la coronada Villa, en el sitio más alto e higiénico, en la Dehesa de la Villa, a donde llaman *Bellas Vistas*, se levanta un muy artístico y suntuoso edificio, con espacioso templo, siete clases, amplios pórticos, extensa y cercada huerta, en la cual hay

jardín, huerto de cultivo, campo de juegos, gráficos y otras dependencias. No se puede pedir más en cuanto a sitio y local.

El pensamiento de estas Escuelas es tomar a los niños de párvulos y continuar su educación por el mayor tiempo posible, hasta formar familias y generaciones sanas, aptas y cristianas. Fundó éstas Doña Mónica Vitórica, y son las mejores, en cuanto a local, de toda España.

*En el Puente de Toledo* existen otras Escuelas Avemarianas de mucha importancia y que hacen un bien inmenso a aquel populoso y abandonado Barrio.

*En Alcalá de Henares.*—Hay en esta Ciudad, como saben todos, una Colegiata con hermoso templo levantado sobre la tumba de los dos niños mártires San Justo y San Pastor. El Cabildo acordó erigir una Escuela del Ave-Maria.

El Señor Abad de dicha Colegiata se entrevistó con Don Andrés y entre ambos se convino la creación de la Escuela, que funcionó y funciona admirablemente, cosechándose ya los frutos de una generación educada.

*En los Cigarrales*, hermosa finca próxima a la imperial Toledo, creó otra Escuela el Excelentísimo Señor Duque de Bailén para bien de aquellos humildes y laboriosos campesinos.

### **Burgos**

Además de la Escuela del Ave Maria de Sargentos, que por su importancia y otras razones mereció párrafo aparte, existe una muy hermo-

sa en *Arija*, costeada por la Fábrica de vidrio y cristal que allí existe y regentada por Maestros del Ave-María; los numerosos obreros de la Fábrica tienen asegurado el pan y la educación de sus hijos, que no es poco asegurar.

### En Asturias

Asturias es la provincia en la cual hay más Escuelas del Ave-María, habiendo contribuido a su difusión, entre otras causas, la propaganda que con sus impresos hizo de ellas Don José Comas, hoy Magistral de Covadonga.

Mencionaremos algunas.

*Oviedo*.—Cuatro hay organizadas en la hermosa Capital asturiana en sitios y barrios diferentes; asisten a ellas más de 400 niños, y muchos más irían a la Escuela, si hubiera campo, aire, sol y agua, imposible de encontrar en los sitios céntricos.

*Gijón*.—Con los golfillos del muelle se organizó en los claustros de la Parroquia de San Pedro una Escuela gratuita, que llegó a tener más de 300 niños; está dirigida por los Jesuitas y ésta es la mejor garantía de la Escuela.

*Natahoyo*, que es un barrio extremo y pobre de Gijón, tiene una Escuela del Ave-María con 200 niños, dirigida espiritualmente por un Padre de la Compañía y pedagógicamente por un Maestro Ave Mariano.

La Escuela de niños hizo surgir otra de niñas y las dos son una esperanza de resurrección pa-

ra aquel barrio enteramente abandonado y minado por la impiedad y el socialismo.

*Colloto.*—Un rico asturiano, que debe su fortuna a su laboriosidad y talento industrial, Don Jo é (Pepín) Rodríguez, tenía una hija y se le murió; volvió los ojos a su pueblo y se encontró con muchos niños pobres, a quienes él adoptó por hijos.

Fundó una Escuela del Ave María sobre una colina en sitio sano, pintoresco, con agua abundante y sol hermoso, cuando Dios quiere.

Don Andrés visitó estas Escuelas el 1.º de julio de 1913, reunió a los niños, oyéronle también los grandes y les dijo: «Pequeñitos, Don Pepín tenía una hija, se le murió y desde entonces os adoptó por hijos; edificó y dotó esta hermosa escuela para que en ella aprendáis a ser hombres ilustrados y buenos cristianos, de esos que saben orar y pedir a Dios por vivos y difuntos, y no se avergüenzan de ser cristianos honrados y prácticos».

*Trubia* (pueblo).—El Cura Párroco Don José María Alvarez Ron quería mejorar su Parroquia por medio de los niños (y pensó bien); funda, pues, su Escuela Avemariana, recibe protección y ayuda de sus feligreses y el bien que ha hecho ha sido muy grande, hasta el punto que los obreros de la Fábrica de cañones (que son radicales en su mayoría) se han movido a crear junto a la barriada obrera una Escuela del Ave María.

*Trubia* (fábrica).—Empezó esta Escuela con 40 niños y ha sido menester ampliarla para admitir hasta 70. El trabajo que aquí se ha pres-



tado y hay que seguir prestando es muy grande, porque el campo está sembrado de dificultades y la necesidad es muy grande y urgente.

*Cayés.*—Don José Tartiere, espíritu industrial español de pura cepa y muy amante de Don Andrés y su obra, creó las Escuelas Avemarianas (Grupo de Santa Bárbara) el 18 de enero de 1906.

Es un hermoso edificio escolar en el que nada falta; tiene una preciosa Capilla de estilo gótico, cuya primera piedra bendijo Don Andrés y en la que se da culto con gran contento de aquellos sencillos asturianos, y eso que *al principio* todos lo miraban con recelo.

A estas Escuelas van los niños y niñas de día, mozuelos y mozuelas de noche, la gente sería a las conferencias de los jueves y todos a las fiestas y actos del culto que la Escuela organiza.

Sólo Dios sabe el bien hecho por esta Escuela del Ave María.

*Laviana.*—Doña Asunción de la Torre, entusiasta del Ave María y fervorosa cristiana, quería también cooperar al bien de sus asturianiños y fundó una Escuela, que Don Andrés visitó y de la que dijo «que estaba en muy buen estado».

*Tiraña.*—Es una parroquia enclavada entre pueblos mineros y metida en un valle profundo de la cuenca carbonífera de Laviana.

El Párroco Don Aureliano Montes Naval veía que el único medio de atraer al templo a sus feligreses era la Escuela, y después de vencer muchas y grandes dificultades, consiguió de

nuestro venerable Fundador un buen Maestro y allí está haciendo campaña en pro de la Religión y la Patria.

*En Sotón y Salas* funcionan otras dos Escuelas del Ave María dirigidas por Maestros ave-marianos, que hacen lo que pueden y consiguen no pequeño fruto.

*En Forcinas.*—Es muy simpática esta fundación. El fundador, que ya murió y era un asturiano de pura sangre y con mucha gracia (Don Manuel García) decía: «Nunca tal vi; gasto y gasto en la Escuela y en mi capital no veo merma».

Este buenísimo caballero y su señora Doña Fe, modelo de señoras cristianas, construyeron un edificio de nueva planta para Escuela del Ave-María, y tan a gusto están la Fundadora, Maestros, niños y pueblo, que no tienen otra cosa que ver que la Escuela.

*Rezneda de Candoma* es una aldea perdida en la montaña, no lejos de Aviés y Pravia; allí fué enviado un humilde Maestro del Ave-María, el cual desempeña funciones de educador, catequista, coadjutor y aun agricultor; está más contento que si fuera Catedrático de la Universidad Central.

*Boó* tiene una Escuela del Ave María costeada por la Sociedad Hullera Española; también aquí Don Andrés bendijo la primera piedra del futuro edificio escuela y auguró para el pueblo días de bienestar y dicha porque los niños educados educarían a los grandes.

*La Riera* tiene dos Escuelas, una de niños y otra de niñas con casa, jardín y huerta o campo de experimentación.

Los fundadores son dos americanos, hijos del pueblo, Don Eufrasio Toyos y Don José Caride, y nada han omitido para hacer una Escuela modelo, en la que nada falta, gracias a su caridad.

*En Avilés.*—El año 1909 la Asociación Avileña de Caridad fundó las Escuelas del Ave María, movida por el ejemplo de la de Cayés; no se contenta con enseñar y educar de balde a niños pobres, sino que da de comer a todos los alumnos fiados en la caridad de los buenos que nunca puede faltar y sobre todo con la bondad de Dios, que es tesorero inagotable.

*Arnao.*—La Real Compañía Asturiana había construido en 1912 un edificio escolar para niños y niñas, encomendando al Ave-Maria la organización de la Escuela; gracias a Dios, se hace en ellas mucho bien, y puede asegurarse que son las más acreditadas de toda la Región Asturiana.

*Romillín.*—Este fué el primer pueblo asturiano en el que se fundó una Escuela del Ave-Maria; por ser la primera, la tenía Don Andrés especial afecto y a ella consagró muchos ratos perdidos para animar, entusiasmar y fomentar la enseñanza avemariana.

### Santander

*Udias* es un coto minero, cerca de Cabezón de la Sal; allí en pleno campo y en medio de un

valle pintoresco compuesto de cinco pueblos, se construyó una Escuela del Ave María, que dirigió y dirige con acierto Don Bernadino Torras, Sacerdote y Maestro por vocación.

*En Torrelavega* organizó un Colegio Don Germán de Argumosa y con él trabajan dos Maestros del Ave María con entusiasmo y gran fruto.

*En Laredo* acaban de fundarse y, poco antes de morir nuestro santo Fundador, enviamos dos Maestros, que han sabido ganarse las simpatías del pueblo y entusiasmar a aquellos simpáticos montañeses.

### **Bilbao**

El inteligente y bondadoso Director de la Santa Casa de la Misericordia Don Antonio de Lecube quería organizar las enseñanzas con arreglo al plan del Ave-María y después de vencer no pequeños obstáculos, lo ha conseguido, valiéndose de nuestros Maestros y de los sabios consejos de Don Andrés.

No solamente tiene en esta Casa cuatro Maestros del Ave-María, sino que aspira a organizar talleres para que los niños acogidos tengan, además de la cultura religiosa, el porvenir económico asegurado por medio del oficio y el taller. Dios bendice y derrama a manos llenas los tesoros de su misericordia sobre aquella Santa Casa tan acertadamente dirigida.

En el mismo Bilbao las operarias avemarianas de Don Miguel Fenollera tienen otra Casa de educación, inspirada en el Ave María; tratándose de Religiosas tan competentes y llenas

de amor al niño y al necesitado, cuanto de ellas y de su obra se diga, es poco.

### **Pamplona**

Don Marcelo Celayeta es un Párroco (de San Lorenzo) de cuerpo entero; hombre de fe, talento, entereza, prestigio, previsión, actividad e influencia; todo cuanto es y vale lo ha puesto a disposición del Ave María, y ha fundado en el numeroso y pobre Barrio de la Rochapea unas hermosas Escuelas con Capilla filial de la Parroquia para educar a tanto niño abandonado como existe en dicho Barrio.

El Municipio de Pamplona le ayuda, los Maestros formados en Granada cooperan y hacen lo que pueden y Don Marcelo trabaja como un Apóstol, porque «sabe muy bien que la Escuela es la vida de la Parroquia».

### **Coruña**

Existen las llamadas Escuelas populares con Maestros del Ave María; nuestro venerable Fundador orientó a los patronos, inyectó de entusiasmo a los Maestros, y entre todos han sabido hacer una obra redentora, cuyos frutos toca y palpa el pueblo coruñés.

### **Albacete**

*Peñas de San Pedro.*—Varios vecinos influentes de este pueblo pidieron desde hace muchos años Maestros avemarianos y hasta el día de hoy siguen haciendo el bien, contando con la

estimación general de padres e hijos, porque ven cuán grande es el bien que han recibido y están recibiendo.

### **Salamanca**

*Villavieja* es un pueblo de labradores y canteros, donde hay un Médico enamorado del Ave-María, persona culta, escritor y pedagogo; a este hombre bueno, Don Dionisio García, se debe la creación en dicho pueblo de la Escuela del Ave María, habiendo educado ya a cientos y miles de villavijenses con gran contento de Dios y de los hombres.

### **Por no hacerme pesado**

en referir otro sinnúmero de fundaciones en Barcelona y Gerona, en Zaragoza y en Huesca, Orense y León, Palencia y Valladolid, Toledo y Cuenca, Méjico y Buenos Aires, pongo punto final a esta relación de Escuelas Avemarianas, copiando estas hermosas palabras de Don Andrés: «gozo más cuando un Maestro o Maestra, oficial o libre, o cualquiera otra persona aficionada a la enseñanza, nos dice: «Yo soy de Ustedes, pienso como Vds., mándeme instrucciones y libros para seguir su método», que cuando piden Maestros, que no siempre se pueden enviar. Es tan fácil convertir una Escuela cualquiera en otra del Ave María, que sé de muchas que lo son en el fondo, y aun en la forma, aunque no lleven nuestro nombre. Lo esencial son las esencias y éstas se reducen a educar enseñando en humano, racional y cristiano y, a ser posible, en el campo».

**Figúrese el lector**

el trabajo abrumador que tendría sobre sí nuestro santo Padre y Fundador para dirigir, aconsejar, ordenar, corregir, proveer y atender a tanto y tan complejo asunto como es éste de la enseñanza.

Visitó casi todas esas Escuelas y otras muchas que hemos omitido, y a todas iba comunicando su espíritu y entusiasmo, y en todas decía estas palabras: «Los niños pobres cantando Avemarías, he aquí nuestra riqueza y tesoro. La materia la gobierna y manda el espíritu, la tierra la gobierna el cielo y en las obras de los hombres jamás debe descontarse a Dios ni su Providencia.

XXXI

**Congreso Católico de Burges**

(Año 1899)

A raíz de la pérdida de las Colonias, último despojo de nuestra soberanía, se repetía por labios de todos la palabra *regeneración* y se buscaban nuevas orientaciones para restañar las heridas, restaurar nuestras costumbres, levantar el decaído espíritu nacional y hacer Patria a la antigua usanza, ya que por incuria y abandono todo se había perdido, incluso el honor y millares de víctimas inocentes.

Don Andrés, que fué siempre gran patriota, escribió valientemente, indicó remedios y animó a los pusilánimes para que todos se unieran,

ya que todos querían el engrandecimiento de la Patria, decaída y maltrecha por culpa de todos.

La Iglesia, Maestra de la verdad y remedio de todos los males, convocó un Congreso Nacional en Burgos, Capital de Castilla la Vieja, esperando que los católicos acudieran a aquella magna Asamblea y con sus virtudes y gran saber pusieran el dedo en la llaga y evitaran la gangrena que amenazaba dar al traste con nuestra pobre sociedad.

Don Andrés no podía faltar a ese Congreso; era español, castellano, burgalés, gran conocedor de nuestros males nacionales y de sus remedios, y sobre todo el hombre providencial que hablaba, escribía y *hacía* el programa salvador de la Nación, que no es otro que la Escuela cristiana y española, medio admirable de sembrar ideas sanas y formar corazones e inteligencias tal como Dios los quiere y la Patria los necesita.

Le encargaron la redacción de este interesantísimo tema: «Modo de conseguir que se funde y tenga gran circulación un diario católico sin determinado color político» (Tema 3.º de la sección 2.ª), y tales cosas dijo y escribió sobre la prensa, que muy pronto se ganó la admiración de aquella docta Asamblea, oyéndole como a sabio y aceptando en todo sus oportunas consideraciones y remedios.

De buen grado publicaría aquí este hermoso trabajo de nuestro Don Andrés sobre la prensa pero lo omito en obsequio a la brevedad; y porque alguna vez se editarán todos sus trabajos inéditos; sin embargo, porque animará a muchos y hará algún bien, quiero copiar el párrafo siguiente: «Si el Sacerdocio se persuadiera de



que este medio de propaganda está en manos del hombre enemigo, y que nunca será el campo que cultiva limpio de zizaña, mientras aquél no empuñe y maneje con aire y brío la sembradora de la prensa, a nadie, por alto, grave y sesudo que fuera, le parecería indigno escribir, imprimir, propagar y circular el periódico católico, que podría ser (sin decirlo) un Catecismo en acción, una plática de moral constante, una apología de la Iglesia de Dios y sus miembros más distinguidos, una voz de pastor que da el alerta contra toda clase de alimañas, un auxilio eficaz y poderoso en la educación de las almas para el suelo y para el cielo».

Este trabajo de Don Andrés fué calurosamente aplaudido y los Prelados le recibieron paternalmente, ofreciéndose a él para todo, singularmente en la árdua tarea de salvar la Escuela española por medio de la educación cristiana.

En este mismo Congreso *le obligaron* los Prelados a ser ponente del Tema 1.º de la sección 4.ª sobre «Reformas en el Código Penal que deben pedir insistentemente los católicos».

Alegó según costumbre *su incompetencia* para dirigir los debates que hubieren de suscitarse, y como le dijera el que más tarde fué Cardenal Arzobispo de Valladolid, Señor Cos: «Don Andrés, ¿no es Vd. Abogado y Catedrático de futuros Abogados?»

—Si, Abogado de secano y Catedrático sin merecerlo; y a un hombre así, lo mejor es dejarlo estar».

Fué ponente de ese Tema, examinó con todo detenimiento los proyectos de Código del Señor Bugallal en 1880; de Alonso Martínez en 1884;

del Señor Silvela del mismo año; de la Comisión del Congreso informando el de este Señor en 18 de abril de 1885; y sobre todo los luminosos trabajos que presentaron el Señor Decano de Derecho de la Universidad de Valladolid, Don Juan Francisco Membrilla; del Abogado distinguido Don Julián Poy y Villarejo; del Maestro de teólogos y canonistas, P. Pablo Villada, de la Compañía de Jesús; del Señor Marqués de Vadillo; y del Arcipreste Don Antonio Verde y León, de quienes hizo admirables resúmenes y comentarios sabrosos, añadiendo a ellos un hermosísimo trabajo hecho por él mismo, sobre las «Reformas que deben introducirse en el Código Penal», trabajo inédito, y del que hablaron los sabios congresistas con gran aplauso y admiración.

Dijéronle algunos: «¿Y Vd. es el Abogado de secano?..»

—«Hecho el bien y sembradas las ideas, solo resta esconderse en un rincón para huir de ruidos vanos y aplausos necios, y así evitar la hinchazón tan natural al hombre».

Y así fué, volvió a Granada a proseguir sus tareas y a seguir haciendo Patria mediante la Escuela cristiana y española.

## XXXII

### **Congreso Católico de Santiago**

Uno de los mayores triunfos que nuestro Don Andrés obtuvo en su vida de apostolado fué cuando en 1907 asistió al Congreso Católico de Santiago de Compostela.

Se debatían en este Congreso temas importantísimos de Pedagogía, Religión y Patria, y entre otros, éste: «Derecho de los padres en la educación de sus hijos».

Asistieron a aquella magna asamblea casi todos los Obispos españoles y algunos extranjeros, gran número de Catedráticos y hombres de prestigio en la virtud y el saber.

Don Andrés fué el encargado de desarrollar el interesante tema, a que antes hice referencia, y a Santiago fué, no con la pretensión de pronunciar su discurso, sino sólo para presentarlo a la ponencia encargada de los asuntos de enseñanza, oír opiniones, aprender de Maestros sabios y cristianos y defender la verdad, por lo que siempre luchó hasta el morir.

Huía del ruido y se escondía para no ser visto, pero, obligado por sus numerosos amigos y admiradores, tuvo que subir a la tribuna y pronunciar su discurso, que overon con gran respeto y admiración todos los Prelados y un concurso innumerable de personas, que llenaban por completo el amplio y hermoso templo de San Martín.

Don Andrés se excedió a sí mismo, según frase del Cardenal Guisasola, y el sabio P. Cámara, Obispo de Salamanca, dijo que «el discurso de Don Andrés Manjón debiera gravarse *ad perpetuam rei memoriam* en las columnas del templo de San Martín».

Todos los Prelados le abrazaron y felicitaron con gran confusión suya, y deseando huir sin que le vieran, marchó aquella misma tarde a Burgos en un tren de mercancías y en coche de 3.<sup>a</sup> clase. En su pueblo descansó unos cuantos

días, si descanso puede llamarse a despachar por sí su numerosa correspondencia y redactar como él sabía hacerlo sus célebres «Hojas del Ave-Maria».

«¡Qué bien se está aquí, me decía, lejos del mundanal ruido y sin peligro de aplausos o *bo-tafumeiros!*»

El discurso fué comentado, aplaudido y saboreado por todos los buenos; pero muchos de la cáscara amarga, y entre otros el Excmo. Señor Ministro de Instrucción, no pudieron sufrir en silencio tantas verdades dichas con tanta valentía, cayeron sobre Don Andrés varios chaparrones de impropiedades, que él recogió y guardó sin protesta cuando afectaban a su persona, y de los que se defendió con gran maestría y no menor ocurrencia por cartas, hojas y libros, cuando se ofendía al dogma o a la verdad.

El Señor Ministro presidió en la Universidad de Salamanca la apertura del nuevo curso académico, y allí pronunció un discurso queriendo contestar y rebatir el de nuestro Don Andrés, viniendo todo ello a realzar más y más su persona y a dar mayor publicidad y resonancia a las ideas sanas emitidas en este Congreso Católico de Santiago.

Don Andrés leyó el discurso del Ministro y le escribió una carta tan valiente y tan hermosa, de conceptos tan sabios y profundos, que bien merecería los honores de la publicidad para solaz y consuelo de los buenos; pero no lo hacemos por respeto al ex-ministro, que aun vive.

El discurso «Derechos de los padres en la educación de sus hijos» se propagó muy en breve por España y el extranjero; hiciéronse varias

ediciones, una de ellas de 30.000 ejemplares, los Prelados recomendaron su lectura, y algunos, como el Cardenal Guisasola y el P. Cámara, se convirtieron en propagadores del discurso, viniendo de toda España frases de entusiastas felicitaciones para Don Andrés, a las que él contestaba: «en vez de alabanzas que envanecen, ayúdenme a sostener esta Escuela del Ave-Maria».

En todo buscaba a Dios, y hablando o escribiendo, corrigiendo o animando, sólo deseaba ir al terreno de los hechos, «porque hablar es cosa fácil, hacer lo que se dice es más difícil, y vencer dificultades aun lo es mucho más».

### XXXIII

## Congreso Catequístico de Valladolid

(Año 1913)

Don Andrés ha sido sin duda alguna uno de los mayores catequistas de estos últimos tiempos, y así lo han reconocido pública y particularmente casi todos los Prelados españoles.

Es Maestro y sabe enseñar; es ejemplar Sacerdote y sabe educar; y enseña y educa tomando en sus manos el Catecismo y haciendo converger a él todas las Asignaturas.

Y por esto escribió él en el año 1906: «Nacidas nuestras Escuelas en una cueva del Camino del Sacro-Monte; cobijadas los días festivos, primero en las Santas Cuevas de los Mártires de dicho Monte, y después en su Iglesia Colegiata,

donde a veces no cabían ni podían dar el Catecismo sin perturbar el culto, fueron trasladadas en marzo de 1896 a la Capilla que se les construyó, no sólo para oír Misa, sino especialmente para dar la Doctrina; han sido, pues, y son desde su nacimiento nuestras Escuelas una Institución Catequística.

Para el Catecismo se fundaron, con el Catecismo viven y al Catecismo están ordenadas todas sus enseñanzas».

Catequista por vocación, estudio y acción, no es de extrañar que, convocado un Congreso Catequístico Nacional en Valladolid, fuera a él invitado para tomar parte activa y enseñar a los congresistas el arte difícil de enseñar Teología y Catecismo a niños y a adultos que lo ignoran.

A pesar de sus trabajos y años (que eran muchos y muy gastados), aceptó la invitación, y, acompañado de Don Segundo Arce Manjón y del Canónigo Señor Medina Olmos, fué a Valladolid durante el verano del año 1913, hospedándose en la casa del Señor Deán de aquella Catedral, Don Idefonso López, paisano y amigo suyo.

Fueron para él días muy gratos los que allí pasó, porque recordó los no menos gratos de su vida de estudiante, en cuya Universidad estudió Derecho y se licenció y doctoró, y en cuya capital castellana pasó apuros económicos y algunas aventuras, según vimos oportunamente.

Pero sufrió mucho, «porque le honraron en demasia» Obispos, Sacerdotes y seglares. Obligáronle a dar varias conferencias en la hermosa Iglesia de San Felipe, y allá fué, encontrándose con un público selectísimo de Obispos, Catedráticos, Magistrados, y un grupo de niños,

que habían de ser objeto y sujetos de su conferencia.

En la crónica del Congreso se dice de Don Andrés: «Cuantos oyeron a esta gloria de la Iglesia y de Castilla, hacían esfuerzos para que no se les viera *llorar por fuerza, y por fuera y a la fuerza* lloraban, apesar de todos sus esfuerzos».

El exordio de sus conferencias fué decir que era pobre de nacimiento, y no menos pobre de corazón y entendimiento.

Recordó a su madre (de quien aprendió teórica y prácticamente el Catecismo) y tan al vivo dibujó la bondad y grandeza de alma de la Señora Sebastiana, de la primera cocinera del Ave María, que no hubo congresista *sin pañuelos* en la mano, ni manos ni pañuelos que no enjugaran lágrimas.

Empezó la lección o lecciones que versaron acerca de la Cruz, y tales cosas dijo e hizo que robó «todas las inteligencias y corazones de los Congresistas».

No siendo posible transcribir aquí toda su conferencia, nos contentaremos con hacer el esquema de la misma. Preguntó:

¿La Cruz es la insignia del cristiano?...

¿La Cruz es un símbolo de la fe cristiana?...

¿La Cruz es resumen de la moral cristiana?...

¿La Cruz es simbolo del sacrificio?...

¿La Cruz es símbolo de la verdad y libertad?...

¿La Cruz es simbolo del espíritu social?...

¿La Cruz es simbolo del honor?...

¿Por qué la Cruz campea sobre las coronas?...

¿Por qué los pueblos cristianos ponen la Cruz en sus banderas?...

¿La Cruz es un libro?... *¿La Cruz es un libro?...*

¿Jesucristo con la Cruz ha enseñado y atraído al mundo?...

Si la Cruz todo lo atrae hacia Jesucristo, ¿será justo que los niños sean instruidos y educados en la Cruz?...

Y para los mayores, ¿qué será la Cruz?...

Dió tal colorido y encanto a estas conferencias, fué tal el interés que despertó en todos su figura venerable, su humildad profunda y sus sabias enseñanzas, que al terminar, todos los Prelados le abrazaron, y el público le aclamó como santo y como sabio.

Aquí fué donde una Señora, un tantico indiscreta, le dijo *a boca de jarro*: «Don Andrés, usted es un Santo, un San José de Calasanz, un San Juan de Dios».

—Señora, no peque ni mienta; Vd. no me conoce; ¡si mi corazón fuera de cristal!...

—No miento, Señor Manjón, digo la verdad; le ruego con todo interés que me dé un recuerdo, un algo que sea suyo para guardarlo como oro en paño.

—Don Andrés sacó de su cartera una litografía en la que él aparecía subido en su borrica y recorriendo las Escuelas. Abí tiene Vd. a un jinete original; acéptelo, si le place.

—¡Cuánto se lo agradezco!; póngame su firma o lo que Vd. quiera.

—Y Don Andrés escribió: «A tal Santo, tal peana».

En este mismo Congreso presentó un hermosísimo trabajo, «el más completo de todos», según expresión del Cardenal Cos, acerca del Catecismo como enseñanza céntrica.



Ni se puede decir más ni tan bien dicho en pocas palabras.

Lo cierto es que en ese Congreso se habló mucho y bien, pero Don Andrés realzó tanto el Catecismo y dió tal expresión y encanto a sus lecciones, que fué una de las figuras más notables de esta interesante Asamblea Catequística. Cuéntase que regresando a Madrid, entraron en el departamento donde viajaba Don Andrés, dos caballeros de porte distinguido, y uno de ellos, dirigiéndose a nuestro Catequista, le dijo: Padre, ¿ha oído Vd. en Valladolid al P. Manjón?

— Sí, le he oído.

— ¿Y qué juicio le ha merecido?

— Vamos, puede pasar; ha cumplido.

— ¿Cómo, es que a Vd. no le ha gustado?; si ha sido un prodigio de sencillez, claridad, elocuencia y santidad.

— ¡Phs!

— Mira, interrumpió el otro viajero, es un Cura de pueblo; dejémosle en paz.

Un amigo *del Cura de pueblo* deshizo el equívoco, y aquellos caballeros, avergozados, reconocieron de nuevo que el P. Manjón era lo que ellos suponían un sabio y un santo.

Y ahora la pregunta de otras veces: ¿cuándo trabajaba Don Andrés, si el tiempo era escaso y su Canongía, Cátedra y Escuelas lo absorbían todo?

A todas horas, cuando podía cuando le dejaban, restando sueño, fuerzas y vida.

Y apesar de tanto trabajar, solía repetir con frecuencia: «¡Qué poco hacemos, Dios mío, y cuánto hay que hacer!»

## XXXIV

**Obra literaria de Don Andrés**

Grandes han sido como hemos visto, los trabajos realizados por Don Andrés en la Cátedra y singularmente en la Escuela, pues no sólo educó a los pobres niños de Granada, sino que extendió su radio de acción por España entera y aun traspasó las fronteras, reconociéndosele en todas partes como un Apóstol y un hombre extraordinario.

Mas no quería morirse sin dejar escrito y bien redactado su pensamiento, y por esto trabajó con tanto afán en escribir sus libros, que son su mejor obra, la que más bien ha hecho a la Patria y la que perpetuará sus Escuelas, porque en esos libros está la médula del Credo Ave-mariano y el pensamiento del Fundador admirablemente expuesto por él mismo.

Cualquier libro de Don Andrés vale un tesoro no tiene precio, todo Maestro y Sacerdote debiera tenerlos en su biblioteca, leerlos bien, meditarlos mejor y saborear y gustar sus enseñanzas; no hay en ellos prosa o literatura barata, sino ideas concretas, pensamientos sublimes y procedimientos educativos de gran valor pedagógico.

Las Escuelas del Ave-María tienen, desde su origen, orientación fija y determinada. Saben de donde vienen, adonde van y por qué camino. Para expresar estas ideas, escribió su Fundador los libros siguientes:

### **Ideal o Credo**

*El pensamiento de las Escuelas del Ave-Maria.* — Dos tomos, que dicen lo que *quieren ser* y *no quieren ser* estas Escuelas. Quieren ser higienistas, moralistas, creyentes, patriotas, laboriosas, honradas, inteligentes, humanas y cristianas. No quieren ser parciales, ni mutiladas, ni demagógicas, ni specialistas; no un temor, sino una esperanza; progresistas, no rutinarias, ni decadentes, ni gitanas o agitanadas ni liberalistas.

*Hojas Circunstanciales.* — Continúan el pensamiento anterior, desarrollando tres asuntos principalmente: el de la Visita Regia en 1904; el de buena y mala prensa; y el del Liberalismo, sistema político-religioso que todo lo tergiversa y compromete: religión, libertad, orden, justicia, derecho, familia, sociedad, estado y hasta el buen sentido de la razón y moral. Es la antítesis del credo pedagógico avemariano.

*Hojas Coeducadoras.* — Síntesis profunda y trasparente de orientación cristiana, teológico-moral y ético social.

## II

### **Procedimientos**

*Hojas Catequístico Pedagógicas.* — Son 5 libros. Presentan la Escuela en acción, teniendo por base y centro la Doctrina Cristiana y engarzando con ella todas las asignaturas (Gramática, Aritmética, Geometría, Historia, Urbanidad,

Higiene, etc.). Es obra magna de erudición escolar y procedimientos avemarianos.

*Los modos de enseñar en el Ave-Maria.*— En este libro se desarrollan temas completos y se apuntan infinidad de modos para enseñar las diversas asignaturas del programa, y singularmente la Historia y Geografía.

### III

#### **Teórico-Prácticos**

**Para Maestros:**

*El Maestro mirando hacia adentro.*— De éste escribió Don Rufino Blanco: «No sólo será el primero de su género en España, sino que ocupará el primer puesto de su especie en la literatura universal». Y el P. Ruiz Amado: «Nocturna versate manu, versate diurna. Revolvedlo día y noche, y más que revolverlo, medítadlo».

*El Maestro ideal.*— Extracto del anterior.

*El Maestro mirando hacia fuera.*— Su puesta la formación interior del Maestro con los libros anteriores, se le invita con éste a que se asome vea y observe lo de fuera, tomando aquello que por verdadero, útil y bueno le conviene y desechando lo opuesto; pero en forma de tesis y antítesis, para que se vea claramente lo que es verdad y es error en pedagogía. 4 tomos.

**Para Maestros y Párrocos:**

*Hojas Evangélico Pedagógicas.*— Son luminosas consecuencias pedagógicas derivadas del Evangelio, dirigidas principalmente a los Maestros, y de gran interés para los Párrocos, que

tal vez no pueden dedicarse a estudios pedagógicos.

Para Catequistas y Profesores de Religión:

*El Catequista.*—Explicación amplia y pedagógica de las cuatro partes del Catecismo.

Para los padres de familia:

*Hojas Paterno-Escolares.*—Vademecum inseparable de todo progenitor que anhela educar rectamente a sus hijos.

Para educadores y educandos:

*Visitas al Santísimo Sacramento.*—Verdadero Kempis de la Eucaristía, escrito con miras pedagógicas para cultos e ignorantes, y bendecido y eficazmente recomendado por el Nuncio de Su S. y los Obispos españoles. ¡411 Visitas diferentes a Jesús y María!

#### IV

#### Otros libros y folletos del Padre Manjón

*Hojas Históricas y Cronológicas del Ave-Maria.*

*Breve Resumen de Gramática.*

*Breve Resumen de Ortografía.*

*Breve Resumen de Historia Patria.*

*La independencia de la Iglesia frente al Cesarismo.*

*Condiciones de una buena educación pedagógica.*

*Derechos de los padres en la educación de sus hijos.*

*La acción social del clero en nuestros días.*

*Cosas de Antaño.*—Memorias de un estudiante de aldea.

*Ley, Instrucción y Reglamento de las Escuelas del Ave María.*

*Educación es completar hombres.*

*El Catecismo asignatura céntrica.*

*Instituciones de Derecho Eclesiástico*, anteriores al nuevo Código.

*Instituciones de Derecho Público Eclesiástico* del C. Tarquini, traducido por el P. Manjón.

*Algunos cánticos para la Escuela, sin música.*

*Las Escuelas Láicas.*

### **Obras inéditas**

Escribió para su uso particular unos *Casus conscientie*, que él llama «Programa de Teología Moral»; programa interesantísimo, útil a todo seminarista y muy aprovechable al Sacerdote novel, pues puede servirle de guía en muchas ocasiones de la vida.

Acaso el Cabildo del Sacro Monte intente la publicación de ese originalísimo Programa, en el que Don Andrés demuestra sus profundos conocimientos de teólogo y consumado moralista.

### **Pedagogía**

Explicó durante varios años esta Asignatura en el Internado de Maestros y, con arreglo al programa que se exigía en la Normal de Maestros, redactó unos hermosísimos apuntes, que yo conservo cuidadosamente, porque son un tratado completo de Pedagogía, si bien con el modesto título de Resumen Aclaratorio de Carderera.

### **Su diario**

El día en que podamos hacer una biografía

completa de nuestro Fundador, rebuscaremos todos los rincones por donde anduvo, los papeles que escribió y cuanto de interesante podamos encontrar.

Un verdadero arsenal para el biógrafo puede ser el diario que él escribió para su uso particular desde que fundó las Escuelas; concisión, gracejo, claridad e interés son las cualidades de su diario, que son varios tomos, algunos de los cuales se han publicado *en parte* en el «Magisterio Avemariano».

### **Y sobre todo las cartas**

Fué lo mejor que escribió. ¡Ojalá que pudiéramos coleccionar muchas para hacer un ramillete y con él un inmenso bien a nuestros lectores!

En todas ellas aparece el hombre prudente, celoso, caritativo, sabio, fervoroso, humilde y generoso.

Hay algunas que son un verdadero monumento literario.

### **¿Y cuándo hizo todo esto?**

Cuando pudo, no perdiendo el tiempo y empleando hasta el minuto.

No durmiendo a penas, consagrándose de lleno a servir de Dios, y sacando fuerzas de flaqueza.

El hecho es que escribió mucho y bien, que ha ganado para Dios muchas almas con sus libros, y que estos libros son la mejor herencia que él ha dejado a sus Escuelas.

Enfermo como estaba, tomaba en sus manos la pluma o el lápiz, y escribía cartas, ordenaba el envío de libros, comentaba y aclaraba su testamento y decía «que tenía mucha pena, porque restaba mucho por hacer».

Todo le parecía poco.



## SEGUNDA PARTE

## I

**La Gran Cruz de Alfonso XII**

Vista la obra externa que Don Andrés ha realizado, penetremos en su interior, esbozando ligeramente sus virtudes.

*Aquel loco* Canónigo y Catedrático seguía trabajando calladitamente y su *locura* creciendo y contagiando a muchos.

Leíanse sus hojas admirables y las comentaban (algunos las censuraban), el nombre de Manjón se pronunciaba con respeto, los gobernantes se fijaron en su hermosa obra, y el Rey, informado por sus Ministros, seguía muy de cerca la labor social y bienhechora del P. Manjón, (como se le llamaba por todos).

Con motivo de la mayor edad de Don Alfonso XIII creóse la Orden de caballeros de Alfonso XII y el primer caballero que fué nombrado para ostentar en su pecho la encomienda de la gran Cruz fué Don Andrés.

¡Gran caballero a quien siempre montó en burra y no siempre con suerte! (se cayó 4 veces).

¡Una gran Cruz a quien tenía tantas que sufrir! ¡Y honores a quien siempre huyó de ellos!

Enteróse Granada de la distinción honrosa concedida a su Padre Manjón, y se abrió una suscripción para costearle las insignias.

Reuniéronse más de *mil duros*, y cuando la comisión colectora se entrevistó con el nuevo Caballero, tuvo lugar el diálogo siguiente:

—Don Andrés, le damos nuestra más cordial enhorabuena por la merecida concesión hecha a Vd. de una Gran Cruz; ya era hora que se le hiciera justicia.

—¡Bueno está! ¡si el mundo se arreglara con lucir condecoraciones, las aceptaría con gusto; pero por desgracia eso no sirve para nada!

—Granada ha querido regalar a Vd. las insignias, y a eso venimos, a ofrecérselas; acepte estas *5 000 pesetas*, que los granadinos todos han aportado, y con ellas puede satisfacer los derechos de dicha Gran Cruz.

—Me alegro mucho, porque mis niños no tienen clases suficientes, y con esas pesetas se pueden medio construir, y verán como convertidas en nuevos locales, que se llenarán de niños pobres, honran más a Granada y darán más gloria a Dios que colocando en mi pecho una placa con colorines más o menos elegantes.

—Es que Granada las ha dado para la Gran Cruz.

—No se apuren, y si les place, podemos tener nuevos locales y cruz no pequeña (que no faltará); pues me regala el cielo casi a diario con alguna grande y muchísimas pequeñas.

Al día siguiente se empezó la obra, faltó dinero para terminar las nuevas clases y Dios se encargó de traer corazones y mover bolsillos que suplieran la falta.

Vino el Rey Don Alfonso XIII a Granada oficialmente y mostró grandes deseos de visitar las Escuelas del Ave-María.

Aunque de prisa, las vió, y las vió lleno de satisfacción, quedando agradablemente sorprendido por el sitio, alumnos (que eran más de mil), ejercicios y por haber visto a Don Andrés «que es uno de los hombres que más me han impresionado» (con haber visto tantos).

—Don Andrés, dijo el Rey, tengo entendido que Vd. es caballero de la Gran Cruz de Alfonso XII.

—Así es, Señor, y todo debido a su bondad, que no acierto a estimar en lo que vale a causa de mi torpeza y ruin corazón.

—Pocos merecerán esa honrosa distinción tanto como Vd., Señor Manjón. Y... ¿cómo no usa Vd. las insignias?..

—Señor, porque se las han comido los niños.

—¿Cómo es eso?

—Deseando yo (y creyéndolo firmemente) hacer bien a mi Patria, acepté el importe de una recaudación y lo gasté en construir un nuevo pabellón escolar, que es ese que S. M. está viendo.

Le concedieron otras muchas condecoraciones, cargos honoríficos, nombramientos de Academias varias, incluso de la Lengua, y siempre tomaba a risa esto que él llamaba «equivocaciones de los hombres».

Cuando le hicieron académico correspondiente de la Lengua, exclamó: «¡Bonita se va a poner la Lengua con este pobre deslenguado!»

«Seamos *excelentes* cristianos, *excelentes* Maestros, *más excelentes* Sacerdotes, *excelentes* espa-

ñoles y sobre todo *excelentes* cumplidores del deber; todo lo demás es «vanitas vanitatum et omnia vanitas.»

Don Andrés no acertaba *a ser grande* con los Grandes, pero siempre lo fué ante Dios y la Patria.

Cuando le concedieron la Gran Cruz, repitió millares de veces aquellas palabras de San Agustín: «¿Magnus esse vis? A minimo incipe».

Y así lo hizo, siempre tendió a humillarse y a humillar «porque la humildad es la verdad».

Este es el Excelentísimo Señor Don Andrés Manjón.

## II

### **Don Andrés considerado como Sacerdote**

La primera cualidad del Sacerdote es la vocación. *Ladrón por dos veces* llama Jesucristo al que entra en su Iglesia por la puerta falsa.

Don Andrés subió al sublime estado sacerdotal con un llamamiento divino, labrado en el fuego de la contradicción; pues si es cierto que en el año 1868 se desvió del Sacerdocio por circunstancias especiales, a todas horas oía interiormente esta voz secreta: «*Tu eris Sacerdos in æternum secundum ordinem Melchisedech*»: Tú serás Sacerdote según el orden de Melquisedec.

En Valladolid estudia Leyes; pero su estudio predilecto eran las Leyes Eclesiásticas o el Derecho Canónico, «que era lo más hermoso de la Carrera».

«Sacerdotes eran sus mejores amigos, y con Saderdotes sabios se aconsejaba en los momentos más difíciles de su vida.

En Madrid no se deja influir del «mundanal ruido», sino al contrario, se ejercita en obras de celo, como vimos en otro lugar, y sueña en el suspirado día de subir al Altar y ser Ministro de Jesucristo.

—Don Andrés, su bigote crece y sus aficiones eclesiásticas decrecen, le decía un amigo suyo.

—Nada de eso; llegará un día en que este bigote sea rasurado y en mi cabeza se abra la tonsura sacerdotal.

—¿Y la episcopal?

—Jamás, eso jamás, Dios me libre de semejante cargo; Sacerdote si seré; ¡no es pequeña dignidad!

Intentaron en Granada sus buenos amigos buscarle futura esposa, y lo consiguieron, pero en balde, porque él no quería el matrimonio: «Mi esposa, decía, será de más elevado rango».

Y al fin se ordenó. Bastaran sus cartas anteriores a su ordenación para ver en ellas un alma enamorada de su Dios, un corazón todo fuego y una voluntad firme y decidida en servir a la Iglesia.

La vocación divina engendra el celo por la gloria de Dios, el amor al prójimo y el espíritu de sacrificio.

El pudo decir mejor que nadie aquellas palabras del Espíritu Santo: «*Zelus domus tuæ comedit me*»; su celo era incansable. Veámosle muy de mañana orando fervorosamente ante el Sagrario, en el coro del Sacro Monte cantando a Dios las divinas alabanzas, en su clase de Teo-

logía Moral comunicando el espíritu sacerdotal a sus alumnos; en el Camino y Cuevas de los gitanos corrigiendo, enseñando y predicando con su palabra y con el ejemplo; en sus Escuelas comunicando fuego con sus lecciones, tan llenas de sabias y santas enseñanzas; en las visitas que hacía, edificantes por su conversación y consejos espirituales; y en todas partes donde iba ejercía su celo y espíritu sacerdotal.

—«Sembramos ideas y prediquemos con la palabra y con el ejemplo, pues somos sembradores y predicadores de la verdad; un perro que no ladra, ¿para qué se quiere?; un Sacerdote que no predica o enseña, ¿para qué sirve? *Labia Sacerdotis custodient scientiam.*

¿Y su amor al prójimo? No había necesidad que él no socorriera; sus manos estaban rotas en fuerza de socorrer al pobre y necesitado.

Escribió en cierta ocasión: «Las Matemáticas de Dios son difíciles de comprender; he aquí sus teoremas: «El que más da, más tiene», «Viaja y camina sin sandalias y sin bolsa, y no pienses en qué has de comer, beber o vestir» —¿Quieres ser rico?—Da mucho.—¿Deseas gozar y ser feliz? Acuérdate del pobre y socórrelo en sus necesidades».

¡Qué bien entendió Don Andrés estas Matemáticas!; que hablen los pobres de Granada; que los miles de niños vestidos por su caridad, digan y pronuncien el nombre de su bienhechor; que muchos *señoritos* de hoy se acuerden de *su ayer* y recuerden al Padre y Sacerdote santo que les dió *señorío*, educación y carrera; que se levanten no pocos Sacerdotes y Religiosos y refieran los principios de su carrera y vocación, y todos nos

dirían con voz unánime: «Lo que somos, a Don Andrés se lo debemos; que Dios se lo premie».

—Don Andrés, le decían algunos amigos, ese sombrero, esa sotana verde, ese manteo semi-agujereado, le hace aparecer a Vd. un pobre Cura de aldea.

—Andamos mal de recursos, amigos míos, y los pobres son muchos, y el hambre no tiene espera y no hay tiempo, ni gusto, ni deseos de pensar en perifollos; aun podemos pasar con esta pobre indumentaria.

—Don Andrés, decíale un día el Capellán de la Escuela, voy a poner la burra para que vaya a la Universidad.

—No; hoy iré andando.

—Que se va a cansar.

—Paciencia, pero no hay más remedio.

Es que tenía rotos los pantalones y no tenía otros, porque los había dado a un pobre.

Todo lo daba, y por dar, dió su vida por las Escuelas, porque murió *trabajando* por ellas.

Y si su vocación, celo y caridad eran tan grandes, ¿qué decir del espíritu de sacrificio?

Su vida fué una continua mortificación; cama pobre, aunque limpia; habitación de estudiante, sin más muebles que dos o tres sillas, una mesa y muchos libros; su comida, según dijimos anteriormente, tan frugal y pobre como la de un humilde labriego; su mortificación interior era tan grande, que se abstraía de todo y sólo pensaba en Dios y en sus obras; dormía poco, trabajaba sin descanso y desafiaba las inclemencias del tiempo sin quejarse; aceptaba de buen grado los muchos disgustos que a diario recibía, «pues son los regalillos de Dios»; y se le veía siempre son-

riente y resignado; «*Quia diligentibus Deum, omnia cooperantur in bonum*».

Quejábase ante él este pobre Maestro de un disgusto que recibió de un alumno a quien se le protegió y trató hasta con mimo, y Don Andrés escribió: «Mira, no hagas caso, eso es lo que da el corazón humano; trabajemos por Dios y dejemos a los hombres; El siempre paga bien; éstos raras veces y siempre con tacañería. *Sursum corda*».

Era un Sacerdote santo y un Sacerdote sabio, aunque él dijera que era *un pobre pecador y un ignorante* o pobre de inteligencia.

### III

## Don Andrés, Misionero

El Canónigo del Sacro-Monte está obligado por las Constituciones de la Casa a misionar durante un mes en los pueblos de la Diócesis; Don Andrés, fiel cumplidor de su deber, dió cuatro misiones en las que demostró su celo apostólico por la salvación de las almas, y cuatro misiones que fueron otros tantos triunfos de la virtud sobre el pecado, de la verdad sobre el error.

Basta ver al misionero P. Manjón para vencer a las almas; la bondad de su rostro, el modo de exponer las verdades eternas, el Catecismo enseñado por él de manera tan ocurrente y original, el verle rodeado a todas horas de niños, a los que atraía hacia sí para con ellos ganar a los grandes, todo esto era parte para asegurar



el éxito de la Misión, que fué provechosa y fecunda donde quiera que la dió.

### El año 1888

misionó con Don José Salvador Barrera (más tarde Obispo de Madrid y Arzobispo de Valencia, y con el Capellán Don Gaspar García Valdecasas los pueblos de Capileira, Pampaneira, Trevélez, Bubión y otros, consiguiendo confesar a todos sus habitantes y dejar en ellos un imperecedero recuerdo.

### El año 1894

acompañado del Canónigo Don Francisco Medina y del Capellán Don Adolfo Sánchez Ortega (hoy Magistral de Jaén) predicó con gran fruto en Deifontes, Güevejar, Pulianas, Pulianillas, Jún y Calicasas, siendo el incansable misionero que predica, enseña, confiesa, canta y reza para así ganar muchas almas.

En Güevejar reunió a la gente joven y enseñó a los mozos a jugar a la barra, «que es juego más higiénico que la baraja» para arrancarlos de la taberna, adonde iban con más afición que las moscas a la miel.

Aun se acuerdan esos mozos y esos pueblos del «mejor misionero que ellos han conocido».

### El año 1908

da otra Misión con Don Antonio Montes y el Capellán Don Alfonso Izquierdo en Asquerosa, Zujáira y Escoznar, pueblos envenenados por el

*protestantismo* y alejados por completo de Dios y de su Iglesia.

Consiguió mucho fruto, aunque no tanto como él hubiera deseado, porque no es fácil dar vida a cuerpos y almas medio muertos por el veneno de la mala prensa y la predicación endémica de *los émulos de Lutero*.

Lo mejor de esta Misión fué la creación de dos Escuelas del Ave-María, una en Aquerosa y otra en Zujáira, las cuales han hecho y siguen haciendo mucho bien.

Los niños por lo menos oyen Misa y aprenden la Doctrina, y algunos grandes, contagiados por los pequeños, van poco a poco volviendo a las prácticas de la vida cristiana.

### El año 1912

recorrió con Don Manuel Medina y el Capellán Don José Maldonado los pueblos de Vélez Benaudalla, Pinos del Rey, Mondújar, Talará y Chite trabajando como un joven y dando a todos ejemplo de actividad, fervor y celo.

Yo he visitado recientemente a Vélez Benaudalla y todos recordaban a Don Andrés como se recuerda a un Santo.

Mire Vd., me decían, un día reunió a todos los niños del pueblo y les dijo e hizo con ellos tales cosas, que poco a poco se congregó todo el pueblo en la plaza y tuvo que predicar desde un balcón, y a continuación fueron todos a la Iglesia no quedando uno sólo *por confesar*.

Don Andrés arrastraba con su palabra y sobre todo con el ejemplo.

## Y toda su vida

fué una misión no interrumpida, porque misionó durante 37 años al Camino del Sacro Monte; una misión fueron y son sus Escuelas, misión de muchos oyentes sus hermosos e interesantes escritos, y misión de consoladores y abundantes frutos su vida de abnegación, humildad y sacrificio.

Hablando poco antes de morir a unos ordenandos, alumnos suyos, les dijo: «¡oh, si yo os pudiera comunicar ahora el verdadero espíritu sacerdotal!; no seáis ganapanes con sotana, sino ganasacrificios y ganaalmas; sacrificios para vosotros y almas para Dios.

Yo me ordené tarde, a los 40 años, y he podido *trabajar poco*; vosotros, que sois jóvenes, aprovechad el tiempo y suplid lo que los viejos no pudimos hacer. ¡Dichoso el Sacerdote que sabe y quiere trabajar!».

Todo le parecía poco, y eso que su lengua no cesó de predicar la verdad, ni su pluma estuvo ociosa para dar gloria a Dios, a la Iglesia y a la Patria.

Aprendamos, aprendamos.

## IV

### Don Andrés, predicador

Si por predicar se entiende pronunciar discursos grandilocuentes con párrafos atildados, frases escogidas o pensamientos elegantemente redactados, Don Andrés no fué nunca predicador.

Si predicar es repetir el sermón que un orador de fama pronunció aquí o allá ante un público selecto e instruido, tampoco Don Andrés fué predicador.

Si predicar es decir palabras que salen de la boca envueltas con el ropaje que determina la oratoria mundana, pero no del corazón, según manda la Iglesia, Don Andrés jamás fué predicador.

Le acompañé yo a oír un sermón predicado en Madrid por un célebre orador ante los Reyes, el Gobierno y un público numeroso y distinguido; el predicador se olvidó que era Sacerdote y hablaba y gesticulaba como un parlamentario, rebuscando frases para arrancar el aplauso o adulando a sus oyentes para con quistar amistad o simpatía.

—Si yo fuera Obispo, decía Don Andrés, quitaba las licencias a ese bendito Padre. ¡Qué pena!; eso no es predicar, sino perder el tiempo.

—Medita diariamente, aconsejaba a un Sacerdote, medita y predicarás bien.

Don Andrés no fué predicador de púlpito, sino *platicador* cual ninguno. ¡Qué pláticas tan hermosas! ¡Cómo caían en el alma de sus oyentes aquellas ideas que salían de su alma enamorada y cuán gran fruto producían!

Y singularmente cuando predicaba a sus Maestros y niños, se excedía a sí mismo, diciendo cosas tan sencillas, pero tan bien dichas, que robaba el corazón.

Todos los domingos explicaba el Evangelio, leía con voz pausada en el Misal lo que él llamaba «la lección de Jesucristo», comentaba con brevedad (para no cansar) esa hermosa lección

evangélica, dialogaba ocurrentemente con Profesores y discípulos, y por último sacaba consecuencias prácticas, que hacía repetir y copiar para mejor grabarlas en el corazón e inteligencia de sus oyentes.

¡Cuántos predicadores de gran fama fueron a oírle como *si fueran doctinos*, y a cuántos hizo llorar y pensar con sus pláticas o sermones populares.

Recuerdo que fui con él a una Ciudad Castellana el año 1919; visitamos un Convento de Religiosas franciscanas, y una de ellas estaba achacosa por su edad avanzada y las muchas enfermedades con que Dios la visitó.

Por tratarse de Don Andrés, bajaron al receptor todas las Religiosas, incluso la enferma y anciana, y le rogaron que les predicara, por si no le veían más.

Y Don Andrés les predicó y dijo: «Hablaré a la enferma y a las sanas, pero no sé lo que saldá «quia egenus et pauper sum ego».

Miren, venerables Religiosas, Dios todo lo hace bien: nacemos como los topos, ni vemos, ni oímos, ni podemos movernos, nada, no somos nada; al entrar en el mundo, el Señor nos da vista, oído, pies y manos, inteligencia y corazón para que aprendamos a ver y oír sin peligros, a movernos y a trabajar sin dificultades y a pensar en su gloria y en su justicia para amarle y servirle sin cesar.

Pasa la vida y viene la vejez para entrar muy en breve en la eternidad, y Dios, Bondad Suma y Sabiduría Infinita, nos quita la vista y el oído, el movimiento y todos los sentidos; para que, olvidándonos del mundo, y recluyéndonos en el

interior de nuestra conciencia, nos preparamos para emprender el gran viaje y entrar en aquel mundo desconocido que llaman eternidad.

Nosotros, pues, vijos sin vista ni oído para ver y oír lo que nos rodea, suspiremos por el más allá y veamos y oigamos a Dios que nos dice: «Tempus prope est; jam hiems transiit». Poco nos queda en este destierro; pronto iremos a la patria. Que así sea, hijas mías, y que recíprocamente nos ayudemos para vivir y morir bien».

Aun recuerdan aquellas observantes Religiosas esta tierna plática de nuestro Don Andrés y nunca se me olvidarán a mí aquellas palabras que él pronunció entonces por dos o tres veces: «Poco nos queda, poco nos queda; con esto hasta la eternidad». Y así fué.

Donde quiera que hablaba, conseguía ganar el corazón y se abrían siempre las fuentes de las lágrimas, porque eran palabras de un hombre sabio y santo.

En el Seminario de San Telmo (Sevilla) pronunció una plática tan hermosa a los seminaristas en el año 1913, que aun se acuerdan de «aquel anciano venerable de plateada cabeza y de corazón y alma grandes que amaba y hacía amar, que sentía y hacía sentir y que poseía el resorte misterioso de ganar almas por la persuasión y corazones por el amor».

¡Có no gozó en aquel día y en aquella mañana el Emmo. Cardenal Almaraz y con él sus queridos seminaristas oyendo a Don Andrés!

Todos los sábados por la noche platica un Canónigo del Sacro Monte a los alumnos que allí se educan; todos aquellos Capitulares son hom-

bres de saber y de virtud, pero «no sé qué tenían las pláticas de Don Andrés que las oíamos con tal gusto, y era tanto el interés que sentíamos con sus frases, que parecía poco y se nos figuraba que el reloj se adelantaba, porque era una media hora muy corta».

Don Andrés estuvo *predicando* siempre; para cada niño tenía un consejo o una advertencia; a cada Maestro una idea o un pensamiento; a cada estudiante su rópico o una palabra de aliento.

Era el predicador evangélico, popular; su púlpito era la calle, la plaza, la clase, la Iglesia, el jardín, *hasta la burra* que le llevaba, rodeada de niños, y desde la que predicaba preguntando, regalando estampitas, avellanas o caramelos *a quien las ganara*, y en todo tiempo y lugar estaba dispuesto a gastar saliva y garganta para hacer el bien.

Decía: «¿No véis al comerciante imponerse largos viajes y sufrir molestias sin cuento para expender su mercancía? ¿Qué no hace el estudiante para obtener un aprobadillo? ¿Qué el periodista para formar lo que él llama *la opinión*? ¿Qué el amigo del dinero para obtener con él una pingüe renta o ganancia?..

Pues si el mundo en general nos da muestras de celo para conseguir un fin más o menos plausible. ¿qué hacemos nosotros que no nos volvemos *locos* predicando al mundo virtudes con la lengua y con el ejemplo? ¿dónde está nuestra vocación? ¿dónde nuestro celo? ¿dónde aquél «*argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina,*» de Jesucristo?

El predicaba así, el sermón siempre surtía

efectos saludables, y era su voluntad que los Maestros del Ave-Maria fueran también predicadores; y para ellos escribió sus «Hojas Evangélicas», o el Evangelio aplicado a la Escuela. Dedicó un ejemplar de este libro al Maestro que esto escribe y de su puño y letra escribió: «Tender un puente entre la Iglesia y la Escuela, el Cura y el Maestro, es el pensamiento de este librito, que ampliaréis los que me sucedáis. *Deo volente*»; es decir que nos encargó a los Maestros la *predicación* en calidad de coadjutores del Sacerdote.

Y murió *predicando*, como verá el lector, cuando hablemos de su enfermedad y muerte.

## V

### Don Andrés, Maestro

¡Era un Maestro!; conocía al niño muy bien, y cuando reunía a su alrededor a un grupo de 30 ó 40, los iba examinando uno a uno, y leía en sus frentes lo que había dentro de sus tiernos corazones: «pequeñín, decía una vez, tú tienes mirada sospechosa; ¿qué has hecho?»...

— Yo, nada, yo no he hecho nada.

— Pues, ¿por qué miras así?...

— Es que me engañó el vecino, pero yo no tengo culpa.

Aparecieron la culpa y el culpable, y Don Andrés le dijo al oído no se qué palabras, que el niño se cubrió con el rubor de la vergüenza y poco a poco fué mejorándose hasta ser un hombre de bien.



Don Andrés era enemigo del *rutinarismo*, quería el desarrollo de las facultades del educando por medio de ejercicios de reflexión y huía del verbalismo oratorio para valerse del diálogo, que él empleaba de un modo que pocos le igualarían.

El 30 de noviembre del año 1911 le obsequiaron los Profesores y niños del Ave Maria del Triunfo con un modesto regalillo pedagógico, como testimonio de agradecimiento y admiración hacia él, de quien tantos beneficios habían recibido. El director de este Colegio ensayó con los niños lo que habían de decir a Don Andrés, al entregarle el obsequio, y el saludo o presentación sería éste:

—Ave Maria, da Vd. su permiso?

—¡Adelante!

—¿Cómo sigue Vd., Don Andrés.

—Bien, ¿y vosotros?

—Nosotros bien, gracias a Dios, ¿y su familia?

—Mi abuela se ha muerto.

Suponiendo los niños que Don Andrés les diría está bien, ellos deberían decir: «Nos alegramos, gracias a Dios»; pero al contestar Don Andrés «mi abuela se ha muerto», ellos inocentemente contestaron a una: «Nos alegramos, gracias a Dios».

La ocurrencia del Maestro y la inocencia de los discípulos provocó una carcajada general, de la que se valió Don Andrés para dar esta lección a sus Maestros.

«La rutina atrofia las facultades del educando, y Dios, que es la Sabiduría increada, para algo nos dió el entendimiento; el rutinario apren-

de palabras, pero no ideas; lo primero es hacer que el niño discurra, lo segundo retener con la memoria lo que el entendimiento asimiló y lo último es hacer bajar al corazón las ideas que la cabeza recibió y retuvo. ¡Fuera la rutina en nuestras Escuelas!»

¡Qué apuros solían pasar Maestros y discípulos con las preguntas de Don Andrés! De todo se aprovechaba para educar y formar caracteres.

Tomaba una flor en sus manos, presentábala a los niños, y enseguida el discurso: «¿Qué sastre vistió esta flor? ¿Qué pintor dibujó sus colores tan bien combinados? ¿Quién depositó en sus pétalos el suavísimo y delicado aroma que exhala esta florecilla?»

¿Vamos a ver quién saca una consecuencia aplicada al hombre valiéndose de la flor que yo tengo en mis manos?; será premiado el que mejor discurra.

Todos sacaban consecuencias y todos discurrían y no pocas veces ponían en verdadero aprieto aquellos diminutos moralistas al más valiente, porque decían cosas admirables.

El resumen lo hacía Don Andrés distribuyendo estampitas a los que más jugo sacaban de la hermosa florecilla.

Si Dios viste con tanto primor a esta flor, ¿qué no hará con nosotros?

—Don Andrés, ¿y por qué a mí no me da el Señor un traje nuevo?

—Porque esta florecilla a su modo sirve a Dios, y tú, perillán, tal vez no le sirvas.

Si Dios cuida de todas sus criaturas, ¿nos abandonará a nosotros, ¿que somos sus hijos?...

—Pues mi papa dice que Dios no nos quiere, porque muchos días no comemos.

—Tu papa seguramente que ofende a Dios, y Dios pide que busquemos su reino y su justicia, y todo lo demás... se nos dará por añadidura.

Muy bien, hijos míos; sirvamos a Dios de *verdad* y nada nos faltará; escribid ahora en la pizarra:

«Quién a Dios tiene  
Nada le falta,  
Sólo Dios basta.»

Distribuyó una primorosa estampa del Corazón de Jesús y todavía quiso remachar el clavo, preguntando: «¿Qué hace el que tiene frío?..

—Calentarse.

—¿Y quién tendrá más calor, el que está junto a la lumbre o el que se aleja de ella?

—El que está junto a la lumbre.

—Y el que pudiendo calentarse, no lo hace y muere aterido de frío, ¿qué diriais de él?

—Pues que era tonto o estaba loco.

—Bien; ¿véis esta estampita del Sagrado Corazón? Así como el fuego material calienta y da vida al cuerpo, este Corazón de Jesús es un horno que abrasa y consume a las almas; el que se acerca a El, tiene vida; el que huye o se aleja de ese horno de fuego celestial, perece y muere para siempre.

¿Qué haréis vosotros?

—Querer mucho al Corazón de Jesús.

—Sí, quererle mucho para que El os quiera con amor infinito. Ea, idos con Dios.

Este es Don Andrés como Maestro; y como se valia del ejemplo u objeto sensible para llevar al niño a Dios, eso mismo hacía en todas las

Asignaturas; enseñaba a discurrir huyendo de la rutina y ganaba el corazón del niño y de los grandes por medio de preguntas ingeniosas que sólo a él se le ocurrían.

¡A cuántos Obispos y personajes vi yo llorar y hacer *pucheros* como niños, oyendo a nuestro venerable y venerado Maestro!

## VI

### Don Andrés. Catedrático

Tenía vocación de Catedrático, vocación manifestada desde sus primeros años, cuando en medio de sus compañeros, los enseñaba a declamar, a redactar discursos llenos de gracejo, a perorar en público para ganar aplausos, y a exponer las ideas de modo ameno y con la mayor elegancia posible.

El era el *indiscutible Catedrático*, el jefe de aquella clase original, que entonces hizo reír y más tarde dió en qué pensar, porque tanto el *Jefe* como los subordinados tenían ocurrencias y pensamientos propios de personas cultas y de talento.

Apenas termina su carrera de Abogado en Valladolid, establece una Academia preparatoria bajo su dirección inmediata, y allí enseñó, según vimos en otro lugar, durante un curso completo.

Ya en Madrid, no busca el empleillo para vivir con él, sino un Colegio para enseñar o explicar Asignaturas de 2.<sup>a</sup> enseñanza, y aun mejor, si fueran de estudios superiores.

Explica (y *se revienta* explicando) en la Universidad de Salamanca varias Asignaturas como Catedrático suplente; y al fin ingresa, previa oposición, en el Profesorado Universitario, no guiado por el interés, sino *llamado* por un llamamiento interior, o *por vocación*.

¿Y cómo desempeñó su Cátedra?

No era el Catedrático de voz ahuecada o con humos de sabio a la moderna; era el Maestro *bien preparado*, el conocedor de sus alumnos, y el guía o *pedagogo*, que iba llevando como de la mano al joven e inexperto estudiante de 20 años.

Huía del discurso de *altos vuelos*, tan en moda en nuestras Universidades, y con encantadora sencillez explicaba *sabiamente* las más difíciles cuestiones del Derecho.

Hacía leer a los alumnos para que aprendieran a atender y a entender; obligábalos a repetir lo leído, a comentar y ampliar las ideas y en tal forma que el estudiante *asimilaba* la lección y salía de clase *sabiendo*.

Exigia al día siguiente lo aprendido en el anterior y, enemigo de la palabrería hueca e insustancial, obligaba al alumno a decir las cosas *con pocas y precisas* palabras.

Un alumno suyo, que hablaba muy bien y era listo, fué preguntado un día, y *no sabía* la lección; creyó engañar a nuestro Catedrático, y *soltó* un grandilocuente discurso, que él oyó *pacientemente*.

—¿Ha terminado Vd., Señor...

—Sí, señor, ya he terminado.

—Vale Vd. para Diputado o Ministro.

—¿Y por qué?

181

VOLUMEN 9.º

—Porque habla mucho y no dice nada.

Pasaron algunos años, y aquel elocuente estudiante de Derecho llegó a Diputado y a Ministro, y *duda él mismo* si será el Ministro o Diputado concebido por su venerado Maestro Don Andrés.

Era un Catedrático ecuaníme, como ahora dicen, o justo en todos sus actos; trabajaba mucho durante el curso para pedir mucho en los exámenes; medía las fuerzas y dones de sus alumnos para recompensarlos según sus merecimientos; era inexorable con el holgazán, exigente con todos, considerado con los medianos, ocurrente y satírico con los negligentes, y a los listos les pedía mucho, «porque al que mucho se le dió, mucho se le ha de pedir».

Recto en todos sus actos, no admitía influencias o presiones de nadie; cuando un compañero intentó recomendarle un alumno imprevisto, se ofendió grandemente, «porque era impropio de buenos compañeros fomentar la holganza académico-oficial».

¿Y una borla más que importa?

—Pero un melón más si importa.

El alumno fué suspenso, y aprobado, cuando supo y estudió la Asignatura.

La Asignatura de Derecho Canónico *era un hueso* (frase estudiantil) en la Universidad de Granada, y el aprobarla, equivalía a saberla.

Si de seglar *nunca faltaba* a clase, tampoco de Sacerdote o Canónigo.

—Don Andrés, solían decirle por teléfono, no baje hoy a clase, porque llueve a cántaro; y puede Vd. enfermar.

—Llueva o nieve, haga frío o calor, bajaré a

clase, *porque es mi obligación*; que no se vayan los alumnos, si no quieren pasarlo mal.

A las 3 en punto de la tarde se veía a nuestro Don Andrés entrar en su clase seguido de sus alumnos, admirado de sus compañeros, respetado por todos, y así durante *40 años*.

—Don Andrés, Vd. es de hierro, le decían.

—Yo soy un pobre Catedrático a quien dan mucho por no hacer *casi nada*.

—¿Cómo, casi nada?

—¿A una hora y media de trabajo llaman Vds. trabajo?; tan poco trabajo exige *por lo menos en nosotros* una constancia muy grande; faltar a clase sin necesidad es un *pecado mortal*, Señores Catedráticos.

Yo noto, añadía él, dos huelgas endémicas en nuestra Patria: una de estudiantes, cuyo lema es: «que no haya Escuela»; y otra de Maestros, cuyo lema es: «que no haya clase». Así andamos.

Y siendo Catedrático exigente, veían en él a todo un Maestro de cuerpo entero, sabio sin alarde, elocuente sin quererlo, sencillo por naturaleza, serio y alegre a un mismo tiempo y misericordioso y justo con sus alumnos. Terminaba el curso *queriéndose* de veras Maestro y discípulos, y un querer que duraba lo que la vida.

¡Cuántos alumnos suyos hicieron largos viajes sólo por tener la satisfacción de «besar la mano y saludar al ejemplar Catedrático»!

Jamás se dió tono de encopetado Doctor y Catedrático Universitario; de seglar parecía un empleadillo de modesto sueldo y de Sacerdote una humilde Cura de aldea. Y no por eso dejó ser

Claustral prestigioso y sabio de mundial fama.

Decía él que «los humos no dan ciencia, sino necia y estúpida pedantería; el verdadero sabio se distingue por su modestia y humildad».

Esté es nuestro venerable Catedrático.

Aprendamos e imitémosle.

## VII

### **Don Andrés, patriota**

Don Andrés tenía tan grande amor a la Patria, que para Dios y para España dió su talento, su corazón, su bolsillo y su vida. En sus Escuelas aparecen las ideas de Religión y Patria en todas partes: en los libros que sirven de texto, en los cánticos y explicaciones, en los mapas o gráficos murales, en los variadísimos ejercicios pedagógicos, en todo; el Ave-Maria es la Escuela patriota por excelencia.

¡Cómo sufría Don Andrés, cuando su Patria era humillada, preterida o mal gobernaba!

¡Qué quejas tan amargas salieron de sus labios hacia aquellos que por su talento o posición social se olvidaron de la Patria por satisfacer su necia vanidad!

—Niños, amad mucho a España, decía, amadla mucho, pues en ella nacisteis, ella os dió lengua, religión, Escuela cristiana y pan de cuerpo y alma; en ella vivís y en ella probablemente moriréis.

—¿Y qué es España?

Oid y meditar las palabras de Don Andrés: «Contempladla en los siglos XV, XVI y XVIII, y



con relación a Europa y los destinos del mundo. Si a Europa, la pensadora Europa, diéramos la forma humana, España sería la cabeza.

Si consideramos a Europa como el centro de la Religión Cristiana, España, la Nación Católica por antonomasia, será el pueblo teólogo, a la vez misionero y guerrero, que defiende con sus sabios y soldados el Cristianismo contra la barbarie del Norte y del Sur, y bautiza y convierte en cristianos cuantos países descubre y conquista.

Si a Europa se le mira como la depositaria de los destinos del mundo, la generosidad con que España ha dado su sangre y dinero por la Religión, Patria, Cultura y Humanidad, prueban que es la Nación del heroísmo y de los ideales más nobles y levantados que puede acariciar el corazón humano.

Si a Europa se la considera como guerrera; al ser invadida por los bárbaros del Sur, halla en España un pueblo de guerreros cristianos, que por ocho siglos la defienden contra el mahometismo; y cuando es amenazada por la anarquía y barbarie protestante del Norte, es defendida y salvada por los soldados de Carlos.

¿Qué pueblo ni raza habrá en la Historia a quien más deban Europa y el mundo?...

### España

Miradla hoy, y ved la diferencia que hay entre la España de los Reyes Católicos, Carlos I y Felipe II, Colón, Pizarro y Cortés, y la de los hombres de estos menguados últimos siglos, singularmente del siglo XIX ..

Puesto que nuestra posición en el mapa no ha

Variado, ¿por qué no somos hoy como antes éramos, en la Geografía política?

Puesto que los pueblos son según las ideas y hombres que los rigen, ¿cuáles son las ideas y los hombres que hoy nos rigen, comparados con los de aquellos siglos llamados *nuestros* por la Historia?

¿Qué diremos de los *hombres cumbres* que han regido a España en los últimos tiempos?...

¡Desgraciados los pueblos cristianos donde los que rigen se consideran obligados a ser o mostrarse hipócritas paganos o semipaganos, o lo que es igual, a prescindir de Dios y su Cristo para gobernar.

No merecen sino el desprecio y la tumba los pueblos y Estados que olvidan su historia religiosa para hacerse renegados o parecerlo.

¿Qué remedio habrá para volver hombres y pueblos, naciones y gobiernos a sus normas y cauces naturales?

Parodiando el dicho de Napoleón, de que para la guerra se necesitan tres cosas: dinero, dinero y dinero; diré que para hacer la guerra al ateísmo del Estado y la desmoralización y degeneración sociales, se necesitan otras tres: Religión, Religión y Religión. Lo demás vendrá como por añadidura».

Bastarán estas hermosísimas palabras de Don Andrés para conocer y admirar a un gran patriota; pero no sólo lo demostró con palabras sino con hechos.

Se hace Patria trabajando, y en esto pocos lo igualaron; no perdía un minuto: «Falta tiempo, repetía muchas veces, porque se pierde mucho tiempo».

Se hace Patria cumpliendo fielmente con el deber, y él tan bien lo cumplió, que era considerado como modelo y ejemplar Sacerdote o Catedrático.

Se hace Patria pregonando sus glorias a los cuatro vientos y huyendo como de la peste de ese afán de extranjerizarlo todo, lengua, costumbres, trajes y modas.

Que todo sea español, decía, todo, Escuela, lengua, usos, modas, *cocina*, etc.; todo a la española, nada a lo francés, inglés, ruso o alemán. «Señoras, dijo hablando en un célebre Congreso, hay que hacer español y cristiano *hasta los moños*, y dejarse de trapos o figurines parisinos para implantar la clásica mantilla y la indumentaria española, que tan elegante y cristiana es; aprendamos a *tener seso* los de uno y otro sexo».

Se hace Patria enseñando a chicos y grandes lo que fuimos para compararnos con lo que somos; y así, al apreciar el contraste, nos avergoncemos y rectifiquemos bien la puntería. Rara era la lección que él daba en que no apareciera ese contraste.

—¿Qué queréis, una España grande a lo Carlos V, o una España sin vida ni prestigio?

—Una España grande.

—¿Qué queréis, un Ejército invencible como el que luchó en Otumba, Granada o Pavía, o un Ejército desmoralizado, corrompido y envidiado?

—Un Ejército invencible.

—¿Qué os agrada más, una Patria en cuyos dominios no se ponía el sol; o una España encerrada en su cascarón y rodeada de enemigos por el Norte y por el Sur.

—Una Patria con inmensos dominios.

—¿Una Patria de Santos y de sabios, o una España de corrompidos y de ignorantes?...

Y así proseguía sus preguntas y lecciones para fomentar el espíritu de Patria, y meter (valga la frase) en el corazón del niño el amor a España, a esta España digna de mejor suerte.

Y a esto se ordenó el batallón escolar, y los hermosos libros que redactó, y los cánticos patrióticos que los niños entonaban. Ardía en su pecho la llama del patriotismo.

¡Pobre Patria mía! exclamaba con frecuencia, ¿qué harán de ti los oligarcas en cuyas manos te encuentras?

## VIII

### **Don Andrés, periodista**

Si la indole de estos «Apuntes» no exigiera brevedad, reproduciría aquí todo lo mucho bueno que Don Andrés ha escrito en los periódicos, no para exhibirse como consumado periodista, sino como un Apóstol de la pluma, con la que ganó muchas almas e hizo un bien inmenso a la Patria.

Desde muy joven se valió del periódico para fomentar la cultura y promover las buenas ideas.

Allá por los años 1874 y siguientes escribió en «Los Lunes del Imparcial», artículos magníficos sobre *el esperanto*, a ver si con la pluma

podía ganar honradamente el pan de cada día».

Por el primer artículo le dieron la, según él, pingüe retribución de 25 pesetas, y se alentó y animó a seguir escribiendo, «ya que parecía un negocio», y redactó un segundo artículo por el que recibió 15 pesetas; bajó en algo su entusiasmo, pero aun se sintió animado y apareció su tercer artículo, el cual fué discutido *científicamente*, entablando una discusión periodística, de la que salió triunfante, pero sin obtener otra ganancia que disgustos y trabajos. «No es la prensa, hoy por hoy, *la panera* que me haya de alimentar, pero reconozco que es una palanca de primer orden».

Ya en Granada, colaboró en «La Independencia de América» bajo el pseudónimo de *Canta claro* contra las Escuelas láicas, cuando durante los años 1908 y 1909 estaba en boga la enseñanza o escuela ferrerista; los artículos de *Canta claro* levantaron ampollas y muchos *sabihondos*, que defendían la escuela láica frente a la tradicional o católica, leían a *Canta claro* con un tantico de miedo y admiración, porque discurría tan bien, estaba tan bien *documentado* y tan a perfección escribía, que a una se preguntaron: «¿quién será este *Canta claro*?»

«No se atrevían a impugnar sus célebres artículos e intentaron cogerle *los dedos* judicialmente, *porque era atrevido en demasia y atacaba sin compasión*.

No lo consiguieron, y *el ilustre periodista*, para hacer aun mayor bien, coleccionó sus artículos y publicó el precioso librito titulado «Las Escuelas Láicas», el cual se agotó enseguida,

apesar de haberse hecho una numerosísima edición.

Pedíanle de muchas partes algún artículo para honrar las páginas de periódicos o Revistas Católicas, y aunque no siempre pudo servir a todos, con frecuencia enviaba cuartillas magníficamente redactadas al «Universo» a «Gaceta del Sur», a «Ora et Labora», a la «Revista de Educación Hispano Americana», y a otros.

Estaba plenamente convencido de la importancia de un periódico y del inmenso bien que este puede hacer, si los que lo redactan son hombres de bien.

Obra en mi poder un precioso original suyo inédito acerca del periódico y periodistas, y porque es un trabajo de luminosas enseñanzas, quiero reproducirle en parte en estos «Apuntes biográficos».

Habla Don Andrés: «Como en lo físico dice el pueblo somos los que comemos, así en lo intelectual y moral puede decirse: pensamos según lo que leemos.

Y como casi lo único que hoy se lee es la prensa periódica, dicho está que es el primer poder intelectual, y por lo mismo moral, social, y aun religioso fuera de la Iglesia de cuantos hoy conocemos.

*El papel diario* es un maestro que da cátedra todos los días, y no se fatiga ni cansa.

*Es el predicador* de variados recursos, que hace converger hacia un fin las noticias, el saber y el ingenio suyo y del orbe entero, que él estracta, sintetiza, colorea y orienta hacia lo que le conviene.

*Es el panadero*, que todos los días trae su bo-

No hueco y reciente, donde él nutre el relleno más de su gusto, para que se lo coma el público hambriento, público que, en su mayor parte, no repara si lo que va dentro es carne de perdiz o jumento, con tal que se lo recubran un poco.

*Es la cocinera o cocinero* que sabe buscar el apetito del parroquiano, y, mediante una perri-lla, le da té con leche, o almidón y achicorias; pero tan hecho está el público a él, que si no se lo dieran, no aceptaría guiso alguno de aquella cocina.

*Es el cosario u ordinario correo y mandadero* que lleva y trae los recados y chismes de una gran comunidad, y nos ponen al tanto de lo que pasa en el mundo, por poco dinero y sin gran trabajo.

*Es el agente y procurador* de cuantos aprovechados y hábiles, concedores de los hombres de su tiempo, saben y quieren utilizarle para hacer atmósfera y prosperar sus planes o destruir los ajenos.

*Es el médico*, que en dosis homeopáticas intenta curar o matar (se dan casos) al enfermo.

*Es el boticario*, que tiene remedio para todo, y para cada veneno receta una triaca.

*Es el chico listo*, que para todo halla respuesta.

*Es el tu autem*, que todo lo falla y resuelve.

*Es el elefante*, que sobre sí lleva encastillado al público que lo lee, y a quien da de comer y beber (y a veces que sudar) con su trompa dúctil y larga, suave y terrible, pudiendo matar y sanar, lleva el castillo con aplomo y fortaleza, o volcarlo con furia revolucionaria y cebarse en él.

*Es la catalineta o titirimundi*, en la que, por cinco céntimos, se ve cuanto hay que ver.

¿Y lo que saben hacer tantos hijos de Belial, no lo sabrá hacer ni un solo hijo de la luz?

Si el Sacerdote se persuadiera de que este medio de propaganda está en manos del hombre enemigo, y que nunca verá el campo que cultiva limpio de cizaña, mientras aquél no empuñe y maneje con aire y brio la sembradera de la prensa, a nadie, por alto, grave y sesudo que fuera, le parecería indigno escribir, imprimir, propagar y circular el periódico católico, que podría ser (sin decirlo) un catecismo en acción, una plática de moral constante, una apología de la Iglesia de Dios y sus miembros más distinguidos, una voz de pastor que dé el alerta contra toda clase de alimañas, un auxiliar eficaz y poderoso en la educación de las almas para el suelo y para el cielo.

Para hacernos respetar, organicémosnos y tengamos opinión, prensa, educación, unión y acción con los Obispos y el Papa; lo que ellos digan, eso haremos, lo que ellos hagan, eso defenderemos.

Esto dijo y escribió Don Andrés en un Congreso celebrado en Burgos el año 1899, y porque estaba plenamente convencido de la importancia de la prensa, emborrónó muchas cuartillas, hizo el bien desde las columnas del periódico y fué Maestro de periodistas, pues enseñó a muchos a redactar y a pensar para bien de innumerables lectores.

Y si, como ya hemos visto, enseñando a Maestros y a niños no buscaba el aplauso ni rebuscaba frases *efectistas*, sino que llamaba al pan,



pan, y alvino, vino, ese mismo procedimiento empleó en sus libros y en el periódico, y eso le dió renombre y fama de periodista insigne, *sin quererlo ni aun pensarlo*; ¿qué le importaba a él la fama?

Aquel célebre *Canta claro* dijo lo que quiso y en todas las ocasiones fué claro y diáfano en el exponer, valiente, al propugnar el error, constante y decidido en defender la verdad y nunca cobarde ni vacilante; jamás conoció al desaliento ni el temor, porque trabajó por Dios y para Dios.

Pluma que así escribe e inteligencia que tal discurre triunfarán en toda la línea y Dios y los hombres coronarán su frente con la corona de la inmortalidad; a esta clase perteneció Don Andrés Manjón y así fué considerado como periodista.

## IX

### **Don Andrés, escritor**

Don Andrés leyó mucho en su vida, y fué uno de los pocos hombres que saben leer, porque escogió buenos libros, leyó despacio, asimiló la lectura, y, contento su corazón naturalmente bondadoso, sabía y quería comunicar a los demás las ideas que con tanto trabajo había almacenado en su clarísima inteligencia.

—«Un catedrático o un Sacerdote puede ser oído de muy pocos (4 o 5.000 personas a lo más) pero las lenguas mojadas en tinta, que llaman prensa, hablarán a larga distancia y serán oí-

das de cientos de miles de criaturas; hay púes, que escribir para ganar almas, no hay más remedio.

¿Para qué queremos las luces que se esconden bajo el celemin?»

Y escribió mucho y bien, y habló a muchos con su lengua, pero con la pluma fué tanto lo que escribió y dijo, que no es fácil reducir a número los lectores que saborean sus escritos.

Apenas cumplió 18 años, redactó una preciosa novela de costumbres castellanas titulada «Raimundo y Ramona», ocurrente, graciosa, cristiana e histórica, la cual no pudo editar por falta de recursos. *Y se ha perdido el original con gran pena de sus admiradores.*

Terminada su carrera e ingresado en el Profesorado Universitario, escribió su obra magistral de Derecho Canónico, alabada de los sabios y encomiada y recomendada por la Iglesia; es un verdadero documento científico y literario.

Puso en ella sus cinco sentidos y fué en su tiempo *la última palabra* en esta difícil y abstrusa rama del saber humano. Muy pronto la fama de Manjón como escritor traspasó las fronteras, y su obra de Derecho se aceptó como texto en nuestras Universidades españolas y en algunas de la América latina.

Pero cuando demostró sus aptitudes de escritor y propogandista católico fué a raíz de la fundación de sus célebres Escuelas; parecíale poco el trabajo intenso y personalísimo que hacía en ellas enseñando como humilde Maestro de niños y ardía en su pecho el deseo de comunicar al mundo su pensamiento educativo, y puso manos a la obra escribiendo su nunca bas-



tante alabado. «El Pensamiento del Ave-María», en el que explica de modo muy original el principio de sus Escuelas, los males que afligen a la Patria en materia de educación, los remedios de esos males y los frutos que él obtuvo con su trabajo personal.

En esta obra aparece el escritor sencillo y elegante; el varón santo que sabe apreciar el mal y aplicar al enfermo la medicina saludable; el patriota que siente pena e indignación, al ver a la Patria Española sin Escuela, sin educación cristiana y al borde del abismo; y el Maestro que estudió al niño y el magno problema de la Escuela, a los que dedicó toda su actividad y en quienes gastó intereses, inteligencia y vida.

Si en «El Pensamiento» expuso sabiamente los males que afligen a la raza y los remedios que debieran emplearse, más tarde escribió «Las Hojas Catequísticas y Pedagógicas», que son 5 tomos llenos de sabias enseñanzas y en las que aparece la especialidad de su autor como Maestro, que no es otra que enseñar todas las Asignaturas tomando como base y centro de las mismas el Catecismo, que es *el libro de la educación*. Aquí derramó todo su espíritu de Maestro y en esta obra se compendia de modo admirable el credo avemariano, ese credo que a él le preocupó durante toda su vida.

—Don Andrés, le decían algunos, ¿practican sus Maestros tan bien como Vd?

—Y él sinceramente contestaba: «Unos lo hacen mejor que yo, otros se acercan y los más no llegan, pero los pobres hacen lo que pueden».

El quería Maestros ejemplares formados en el temor y amor de Dios, y a este pensamiento

responde su precioso e interesante libro «El Maestro mirando hacia dentro», en el que se habla de las virtudes del buen Maestro y de los defectos que ha de evitar en su noble profesión.

Es el vademecum del Maestro y debe ser su diario libro de lectura y *de meditación*; si todos los que se dedican a la enseñanza rumiaran bien sus páginas, en *poco tiempo* sería la Escuela española ejemplar y modelo de Escuelas y el taller o fábrica mejor montado para formar inteligencias y corazones, según Dios y la Patria piden.

— «¡Pobres Maestros, decía Don Andrés, aun siendo buenos, cuánto han de sufrir y cuántas amarguras han de devorar en el cumplimiento del deber! Yo intentaré darles consejos saludables y exponerles en forma de antítesis el pro y el contra, lo agradable y lo enojoso, el bien y el mal de la enseñanza, para que ellos, escarmentando en cabeza ajena, sean Maestros cabales, completos y la honra de la Iglesia y de la Patria; escribí para ellos el «Maestro mirando de dentro a fuera», a fin de que el calor adquirido y retenido por la meditación, no se pierda y produzca sus efectos.

Escribió este interesante libro en cuatro tomos, y al terminarle, encontró la muerte, pudiendo decir con el Apóstol: «*cursum consummavi*».

Estos dos libros: «El Maestro mirando hacia dentro» y «El Maestro mirando hacia fuera» no deben faltar en ninguna biblioteca pedagógica, porque en ellos están la médula y el jugo de la verdadera Pedagogía; *el secreto* de enseñar y educar con fruto; *el blanco* al que el Maestro ha de apuntar en toda ocasión, lugar o tiempo; y

la receta milagrosa que ha de curar las enfermedades morales y aun materiales de la Escuela.

Un Canónigo de vasta ilustración y borracho de libros, no conocía el mejor despetardor eucarístico que se ha escrito, y del que es autor nuestro Don Andrés, titulado «Visitas al Santísimo»; me pidió un ejemplar, le examinó por encima, y ahora es «su mejor alimento», porque diariamente lee sus páginas llenas de fervor y sabiduría. Me dijo a los pocos días:

«Esta obra de mi admirado amigo y compañero Don Andrés Manjón no es hija del estudio, sino de la oración que por mañana y noche hace ante el Sagrario del Sacro-Monte, y si Santo Tomás no sabía escribir sino después de la contemplación, Don Andrés es un discípulo aventajado de tan gran Santo, notándose en sus «Visitas» que son explosiones de amor y fervor eucarístico redactadas por una mano y cabeza que saben sentir las exquisiteces del Amor de los Amores».

Las «Visitas al Santísimo» de Don Andrés han sido bautizadas por un sabio Prelado con el título de «Kempis de la Eucaristía», y están tan bien hechas y tan completamente reunidas las sublimes enseñanzas del augustísimo Sacramento, que no se puede decir más, ni mejor.

Cuando el señor Barrera, obispo de Madrid, ofreció un ejemplar de las Visitas a S. S. Pío el Papa de la Eucaristía. esta diaria visita al Santísimo orando con

## ¿Y su célebre Catecismo?

«El Maestro, decía él, debe ser catequista por vocación; ha de educar al niño y al grande, y como el mejor educador es el Catecismo, ha de saberlo, explicarlo y *practicarlo*. El Maestro no es teólogo, pero está obligado a saber los rudimentos de la fe y a explicarlos con amenidad, claridad y con relativa competencia. Hagamos un libro que explique el Catecismo y sea como el *consultor* del catequista y el resumen acabado de la Teología.

Apareció su «Catequista», recorrió las Escuelas y Colegios de la Patria, y de él dijeron «que de bien hecho que estaba, estaba mal hecho». Y un Cardenal español escribió: «Es el Catecismo de Don Andrés Manjón, y con esto, está dicho todo».

¿Pero cómo hay que enseñar, le preguntaban muchos?

—Queriendo enseñar.

—Yo quiero, y no sé, me hago un lío, le contestaban.

Al poco tiempo apareció su práctico y utilísimo libro «Modos de enseñar»; en él encontrará el Maestro procedimientos ingeniosos, enseñanzas provechosas, métodos originales e ideas nuevas.

Conjuntamente con estos libros redactó magníficos discursos que llamaron poderosamente la atención de diversos Congresos o Asambleas de propaganda, que eran dirigidos a hacer pensar

Y escribió todo esto, sin abandonar sus múltiples y gravísimas ocupaciones.

¿Cuándo y cómo? ¿De dónde sacaba fuerzas? ¿de qué tiempo disponía para el estudio? Yo no lo sé.

¿Le ayudarían?... Los hombres no, Dios sí. No perdiendo el tiempo y sacrificando sueño y vida es como puede explicarse tanta y tan provechosa labor.

Y nosotros ¿qué hacemos?..

## X

### **Virtudes de Don Andrés**

Don Andrés, como todos los hombres extraordinarios, no se contentó con extirpar vicios y limpiar el alma de toda mancha, sino que se esforzó como gigante para levantar el hermoso edificio de la perfección por medio de las virtudes cristianas. ¿Cuáles fueron en él las principales?

La que él cultivó con más diligencia, a juicio mío, fué la

#### **Humildad**

Escribió acerca de esta hermosa virtud en sus «Hojas Evangélicas»: «Sin la humildad, no hay justicia ni virtud cristiana; pero ha de ser una humildad sentida, persuadida, práctica, fundada en la verdad aplicada a los juicios y a las obras, por lo cual se dice que la humildad es la verdad y que el orgullo es la vanidad y mentira, que son

humildes las almas sinceras y grandes, y son soberbios los espíritus pequeños y falsificados».

El sintió la humildad y llegó a persuadirse de que era un *Don Nadie* (esta era su expresión predilecta).

«No somos nada, decía, ni sabemos nada, ni representamos nada; y si algo somos, a Dios se lo debemos».

Huía del mundo «porque no quería hacer el papel de figurón».

Nombráronle Decano de la Facultad de Derecho y renunció «porque no merecía presidir a sus compañeros, ya que era el más torpe y el de menor representación social».

Intentaron hacerle Abad del Sacro Monte, y tuvo que amenazar con renunciar la Canongía para que le dejaran en paz, y a mi me decía: «Mira que hacer Abad al hijo de la tía Sebastiana?... ¿Estarán locos?...»

Propónenle para Abreviador de la Nunciatura en Madrid y le ofrecen una Cátedra en la Universidad Central y su respuesta es ésta: «Que otros con mayores merecimientos que los míos ocupen esas vacantes; yo entre mis niños me encuentro como el pez en el agua; dejen en paz a este pobre pecador».

Pronuncia su célebre discurso en Santiago acerca de los «derechos de los padres en la educación de sus hijos», abrázanle y vitoréanle los Señores Obispos y él se avergüenza en tal forma, que apenas puede hablar; le ofrecen un banquete que reusa, pero insistiendo el sapientísimo P. Cámara, Obispo de Salamanca para que aceptara ese modesto homenaje del Episcopado, le contesta: «agradezco tan inmerecida honra y



distinción, pero prefiero que me tachen de *grosero* antes que sentarme entre los Maestros de la Iglesia, que son los Obispos, yo que soy un *cualquier cosa*; que pidan por mí, ya que buena falta me hace».

Y en un departamento de 3.<sup>a</sup> clase marchó a Burgos a descansar y a reparar fuerzas perdidas.

Le acompañé yo en cierta ocasión, y al pasar por Madrid, tenía necesidad de ver al Señor Ministro de Instrucción Pública; fuimos al Ministerio y no pudo satisfacer sus deseos, porque el Señor estaba ausente. En una tarjeta en blanco escribió: «Le saluda respetuosamente su afectísimo Andrés Manjón, Maestro de Escuela».

Al regreso del viaje, en la Calle del Carmen, Fonda de los Leones de Oro, el Excmo. Sr. Don César Silió visitaba en una humilde habitación al Maestro de Escuela, Don Andrés Manjón.

—Y me decía después de la visita: ¿Tú has visto qué confusión y vergüenza para mí?; pagan con excesiva fineza mi ineducación y rudeza; somos de corteza basta y no sabemos nada. Bendito sea Dios.

Le hacen *Excmo. Sr.* concediéndole una Gran Cruz, y ya vimos en otro lugar en qué vinieron a parar las pesetas que le dieron para costear las insignias.

Hallábase en posesión de muchas condecoraciones, y cuando recibía alguna, exclamaba: «Bueno, enterado y a otra cosa». ¡Buen caso hacía él de estas vanidades o glorias o grandezas humanas!

Tenía al mundo y sus vanidades bajo los pies y nunca pasó por su mente nada que oliera a

vanidad. «Esto es, decía, vicio de riños, de almas chicas, de espíritus apocados, de corazones y talentos pequeños, que no conocen su propia pequeñez y la toman por grandeza; no saben lo que es virtud y no ven lo que les falta para llegar a ella; no alcanzan lo que es ciencia, y así se tienen por sabios, porque ignoran lo que es sabiduría. Y así en todo: son miopes para ver lo que les falta, y tienen ojos de abultamiento para lo poco que tienen.

Y además de *topos* son injustos, porque se atribuyen lo que no es suyo, y roban a Dios el honor y tributo que por todo le son debidos».

Siempre se le veía en el último lugar; yo no le ví jamás en lugares o sitios de relumbrón, y muchas veces no asistía a reuniones y actos públicos por temor a ser honrado; «no puede uno ir a parte alguna, porque es un compromiso; que quieras qué no, te ponen en candelero; ¡vamos, hombre!». Y prefería quedarse en su pobre habitación, a oír o ver cosas interesantes.

Así es como se explica el bien que en vida hizo, y la gloria que Dios permitió en su muerte y entierro, como más adelante veremos, «*Quia qui se humiliat, exaltabitur*».

Para que el lector pueda apreciar mejor la profunda humildad de Don Andrés, quiero reproducir aquí dos cartas suyas: la una, despidiéndose de sus compañeros de Universidad, al ser jubilado en su Cátedra, por haber cumplido la edad reglamentaria; y la otra, escrita al Señor Alcalde de Granada para rogarle desistieran de levantarle una estatua, que el Municipio granadino proyectó a título de admiración y agradecimiento a su hijo adoptivo.

Son dos documentos literarios, hechos por Don Andrés, y con esto se dice todo; elegancia en el decir, conciso en la expresión, modelo de literatura epistolar, y sobre todo es la humildad más profunda lo que se ve en ellas, al llamarse *nada*, *pecador*, etc., etc.

«Escuelas del Ave-Maria-4 IX-1918.

Sr. D. Eusebio Sánchez Reina y demás compañeros y amigos de la Facultad de Derecho de la Universidad de Granada.

Recibí su muy sentida y bien escrita comunicación y despedida, que agradezco en el alma, y tanto más cuanto menos lo merezco.

A todos saludo, de todos me despido, de ninguno he recibido sino atenciones, respetos y cariños, y para todos conservo gratos recuerdos y agradecimiento sin término.

Aunque ya no comparta con Vds. las tareas escolares, me es grato pensar y ver cómo compartimos afectos y recuerdos de compañerismo y amistad, que en mi durarán lo que la vida. ¡Qué menos!

Nada soy, nada valgo, nada puedo, de nada soy digno, nada merezco; así que cuando llegan a mí sus elogios y bellos calificativos y extraordinarios acuerdos, admiro hasta dónde es capaz de llegar la bondad y caridad de mis hermanos de Profesorado; pues con olvidar mi nulidad y perdonar mis faltas, hubieran hecho demasiado.

Que Dios se lo pague, y en El es suyo afectísimo amigo y h. c., que se despide de los Doctores para vivir entre niños.

Andrés Manjón».

¡Sr. D. Eduardo Navarro Senderos. ¡Ave. María!

Muy Sr. mío, respetable Alcalde y querido amigo: Recibí cuarenta bonos de pan que ayer alegraron a cuarenta familias pobres de estos andurriales. Dios se lo pague.

Recibí noticias halagadoras de lo que a usted oyeron los canónigos comisionados para la fiesta de San Cecilio, cuando a esa Casa de todos fueron, y por ello le doy las gracias. Y paso al tercero.

Recibí ayer la «Gaceta del Sur», y con ella el chapetón de discursos estatuarios alrededor de una propuesta de usted para homenajear a A. M. elevándole una estatua, y después de darle a Vd. y a sus dignos compañeros expresivas gracias, me permito decirle que dejen eso para cuando yo muera (si antes no lo he hechado a perder y no ha cambiado la opinión); pero *hoy no conviene*. Concretémonos a erigir un monumento al niño en forma de Escuela y dejemos a un lado los homenajes, que siempre tienen algo de personal y vano, peligroso para el que lo recibe y dañoso para lo que representa y lleva entre manos. Nadie, mientras vive está exento de caer en culpa, ni de caer en desagrado, por su culpa o sin ella, ni de que le saquen a plaza las culpas y defectos de sus obras (que nada hay perfecto), y una estatua a un mortal y pecador y vivo, es un contrasentido; si es mortal, no le pega a nada que huela a inmortalidad; si es pecador, no le conviene ser tentado de vanidad, y estando vivo, ¿por qué se le ha de matar, a impulsos de émulos, *socialmente?*

Dejadle vivir, mientras Dios quiera, y con él

su obra, que sin monumento vive, y con él, tal vez se despeñaría o decaería, al pensar el público y los especializados mil cosas que suelen perdonarse a los muertos y no a los vivos.

Nada, pues, de Reyes, Gobiernos, Corporaciones, Municipios ni pueblos; quede todo eso archivado en el arca del 31 de enero, y que el Alcalde actual y Municipio, como los anteriores, no olviden a fin de mes a estas sus Escuelas.

Sea esto todo el monumento que agradecerá siempre su affmo. amigo y h. en J. C.

*Andrés Manjón».*

Corría parejas con su profunda humildad su generosidad o

### **Caridad**

Tenia un corazón de carne muy grande (hipertrofia) y en relación con él estaba el corazón moral; no supo lo que era el odio; no sabía más que amar, y amar en grado sumo.

Enamorado de su Dios, según antes hemos demostrado, era todo para El y los pobres.

No concebía a un Maestro sin amor o caridad, y por esto escribió: «Para educar, lo primero es amar, por lo cual el mandamiento de amor de Dios y del prójimo debe ser el primer precepto y la primera máxima de educación humana y cristiana. Quien no ame a Dios, que no se meta a educar; quien no ame a los niños, que no se haga Maestro; quien no ame la profesión, que no se encargue de ninguna Escuela; pues para educar se necesita amar a Dios y al prójimo».

El sabía muy bien aquella máxima de San Agustín: «Ama y haz lo que quieras».

Amó mucho e hizo mucho, y porque amó, supo sacrificarse y vencer muchas dificultades hasta triunfar como triunfan todos los buenos.

Quiero educar a la niñez abandonada, y ¿no tengo dinero?.. Dios lo dará.

Podía vivir a lo príncipe y me esperan días de tribulación y angustia, si me dedico a la difícil tarea de socorrer material y moralmente al necesitado, ¿y qué?..; la caridad es paciente y todo lo sufre.

Me llamarán loco y amigo del aura popular y afanoso de buscar renombre y fama...

Digan lo que quieran; Dios me pide generosidad y El me ayudará.

¿Y si empiezo y a la primera contradicción me canso y vence el desaliento? Empezaré y El que me dice: «Empieza», espero me diga: «sigue y termina; Yo estaré contigo».

Vivió pobre, porque su caridad le obligaba a darlo todo.

Anduvo apurado muchas veces, porque lo que él ganaba era poco para atender a tantas necesidades.

—Don Andrés, que mis niños no tienen hoy que comer.

—Pues a la cocina, y que coman de la olla grande; Dios sobre todo.

—Don Andrés, que mi estudiante no puede comprar los libros ni abonar las matrículas.

—Porque es bueno, yo le ayudaré, pero todo lo perderá, si pierde la virtud, ¿lo oye?

Don Andrés, que mi marido no trabaja y no tenemos *naica* que echarnos a la boca.

— ¡Válgame Dios! reciba esta pequeña limosna y procuraré recomendar a su esposo para que gane el jornal, pero que no sea... ¿me entiende Vd?

Compró más de 30 cuevas para que vivan en ellas casi de balde o de balde *las gitanicas* o *gitanicos* que viven como cristianos, además de darles algún socorro en comestibles en ciertos días del año.

No es pues de extrañar que estas pobres familias agradecidas exclamaran el día del entierro: «¡Qué lastimica de Don Andrés, se nos ha muerto nuestro padre! ya habrá encontrado en el cielo lo mucho bueno que por nosotros hizo en la tierra».

No podía vivir sin dar algo; sus bolsillos eran a modo de un almacén en pequeño: estampitas, avellanas, nueces, caramelos o almendrillas para los niños; bonos de pan o de la Cocina Económica para los pobres; perrillas, pesetas o duros para los de más rango (o de mayor vergüenza); tarjetas para recomendaciones o presentaciones.

El objeto, medio y fin era *dar algo*, ejercer la caridad, *amar con obras*.

Y por dar, dió su misma vida, porque murió escribiendo y dando consejos y sabias disposiciones, después de haber dado su última peseta por los pobres.

Ya en cama, ordenaba y decía: «Entregad esta cantidad a la familia X., pues murió el esposo y se llevó la llave de la despensa.

Y tal otra para X, como recompensa a sus servicios y trabajos.

Y esto para que en el día de mi entierro tengan pan todos los niños y pobres del camino.

Y tanto para que digáis Misas por mi ¡obre y pecadora alma.

Y...

—Es que ya no hay que dar, deciale el Tesorero.

—Busca y rebusca por ahí, a ver si queda algo.

¡Qué alma y qué corazón tan hermoso!

El que ama y es humilde confía ciegamente en la Providencia y está tan entregado en las manos de Dios, que no acierta a moverse sin El.

Y de aquí su

### Esperanza

Jamás desconfió; vile muchas veces apurado, pero aseguída asomaba a sus labios aquella significativa sonrisa, símbolo de la esperanza y con ella la expresión suya: «Dios sobre todo».

Cada día que pasaba, aparecía más complicada la máquina de sus Escuelas.

—¿Quién llevará el timón de sus Escuelas el día en que Vd. falte?

—«La Providencia, señores, la Providencia».

—¿Y no es mejor que abarque menos y apriete más? ¿y así será más fácil suplirle, cuando se vaya al cielo?

—«Dios no ha muerto ni morirá, no ha abdicado ni abdicará su soberanía en cielos y tierra; sigamos con El hasta donde nos quiera llevar y desconfiemos de nosotros».

—Sí, ¿pero y el mañana?

—«¡Mañana!...; yo descanso tranquilo y confiado en los brazos de la sabiduría, omnipotencia y misericordia de Dios, y nada temo, por



nada desespero, pues sus planes se han de cumplir y en todo sucederá lo que Dios quiere, por nada me turbaré, suceda lo que sucediere, y vi viré tranquilo confiando en su amorosa Providencia».

Así discurría Don Andrés.

¿Es necesario gastar *cinco o seis mil duros* en construir una Capilla y salón de actos?

—Empecemos a trabajar.

—¿Y el dinero?

—Dale con el dinero; ya vendrá, hombre, ya vendrá; de eso se encargarán los niños, y ya sabéis que Dios nunca desoye la oración de sus criaturas inocentes.

—Comen diariamente *100 niños*, y todos tienen gran apetito; ya no tenemos arroz, patatas ni trigo.

—A comprar lo que haga falta.

—Es que también falta el dinero.

—Ya vendrá; esperemos el correo y ya verán como en él vienen el arroz, las patatas y todo lo que se necesite. ¿No saben Vds. que Dios no es ni ciego ni sordo?

Y llegó dinero y todo sobró.

¿De dónde salían las 50 o 60.000 pesetas que él gastaba en su Escuelas?

De Dios, en quien ciegamente confiaba.

Amargábanle la vida algunos amigos diciéndole que su obra moriría con él, pero no sabían que la esperanza de Don Andrés era tan firme y consoladora, que nunca dudó de la bondad y misericordia de Dios, y a El encomendó sus Escuelas, pues suyas son, no de los hombres.

Hombre e Institución que así piensan, no pueden perecer.

La caridad, dice el Apóstol, es paciente, la humildad es hermana del sufrimiento y la esperanza acepta como bueno todo lo que Dios mande, sea próspero o adverso, y por esto, conocidas la inagotable caridad, humildad profunda y la ciega esperanza de Don Andrés, no será difícil admirar su

### **Espíritu de sacrificio**

Durante su juventud se abrazó con el trabajo, y abrazado siguió a él hasta el último momento de su vida; las Escuelas del Ave María eran hijas de su vocación y celo, pero que no hay rosa sin espinas ni obra buena sin sacrificios.

«Raro es el día en que no sorbo alguna jícara de chocolate amargo, y son muchas más las penas que las alegrías.»

Ya es el Maestro que no acierta o no quiere enseñar ni educar según las normas que él le diera.

Ya es el padre o padres ingratos y desagradecidos que censuran las Escuelas, porque son cristianas y porque cometieron *el gran pecado* de enseñar y educar de balde a sus hijos.

Ya es el precoz periodista que truena contra el Ave María, que es «Colegio medio eval (!!!) o del siglo XIII».

Ya es quien pomposamente se llama Maestro de la *Alta Pedagogía*, y trata despectivamente su hermosa obra, porque es la antítesis de la Escuela laica o sin Dios ni Patria.

Ya es... pero ¿a qué seguir?

El devoraba en silencio esas amarguras y esa crítica mordaz, diciendo a lo más: «bueno es

mezclar lo dulce con lo amargo; aceptemos esas censuras y hagamos con ellas un ramillete para ofrendarle a Dios por nuestros pecados».

Muchos se ofrecieron a él para cooperar a su grandiosa obra, pero muy pocos le siguieron; empezar no es difícil; terminar lo comenzado, es de muy pocos y se necesita el buril del sacrificio. A estos perteneció Don Andrés; empezó, siguió y terminó al pie del trabajo entremezclado con el sacrificio.

¡Cuántas veces, estando enfermo, atendió a sus Escuelas y practicó ante Maestros y niños para dar ejemplo!

—No trabaje Vd. más, le decíamos, que va a enfermar.

—No; hay que trabajar; *ya queda poco.*

Y le veíamos sonriente, expansivo a veces y conforme siempre con los trabajos y con sus consecuencias, que aceptaba como venidos de Dios.

«¿Qué mérito tiene, decía, acompañar a Jesucristo hasta Getsemani?; hay que seguir con Él hasta el Calvario, y a esto se llama sacrificio».

Sacrificarse por el pobre, enseñar y educar al pobre, recibir la moneda de la ingratitud de ese pobre; y esto un año y otro año hasta el fin de la vida, esa fué la continua ocupación de nuestro Don Andrés, y como el crisol en el que se purificó su alma.

### La prudencia

es la directriz y norma de las acciones humanas; o el norte de la vida; si a todo hombre es nece-

saria, lo es mucho más para el Sacerdote y para el Maestro.

Don Andrés fué prudente en grado sumo y reunió en sí todas las condiciones de la prudencia.

«La prudencia del Maestro, escribió, consiste en *pensar* bien el bien que se ha de hacer y decir; en *juzar* si se ha de hacer y como y cuando, y en *ejecutar* lo bien pensado y resuelto con decisión, habilidad y circunspección.

Piensa bien lo que has de hacer, juzga bien lo que has de decir y haz bien lo bien pensado y juzgado, y no olvides estas palabras del Gran Maestro: «Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas».

A su gran prudencia se debe la extensión y conservación de las Escuelas. Era hombre de reflexión, tenía eso que llaman clarividencia u *ojo clínico* en todas las cuestiones, y sin embargo, nada hacía, sino después de haberlo meditado, rumiado y consultado..

A él acudíamos todos para pedirle consejo y dirección, y no sé qué secreto poseía, que su sola mirada bastaba para poner remedio en todas las cuestiones.

Sabía hablar, cuando era menester, y callar, cuando era necesario; aquel «tempus tacendi et tempus loquendi» de la Santa Escritura lo tenía siempre presente delante de sus ojos.

—Don Andrés, ¿qué le parece a Vd. mi opinión, le dijo en cierta ocasión un compañero?

—Pues me parece muy mal.

Un tantico ofendido el compañero le contestó: «pues a mí me parece muy bien».

—«Lo cual no quita, amigo mío, para que a

mi me siga pareciendo mal». Y no habló más.

Fué un pensador; si dijéramos que en él el entendimiento dominaba al corazón (con ser éste tan grande) tal vez no mentiríamos.

Era naturalmente impulsivo como San Francisco de Sales (de quien era gran admirador), de carácter duro como buen castellano viejo, y sin embargo acertó a educar su carácter en tal forma, que era un niño por su candor y un ángel por su dulzura.

«¡Pícaro lengua, decía, que no puedes decir lo que quieres! sujétate, pluma, que escribes con mano de Sacerdote.»

¡Qué cosas hubiera dicho y qué pensamientos hubieran salido de su cabeza, si la prudencia no estuviera ante él como vigía de todos sus actos!

Lenguas viperinas dijeron no pocas veces que Don Andrés estaba enriqueciéndose con los niños.

¿Qué dice Vd. de esos desgraciados? ¿quiere que les hagamos callar convenientemente?

—No, seamos prudentes y callemos, y si de rechazo podemos hacerles algún bien, hagámo-sele: «vince a bono malum».

Tan bien llegó a usar de la prudencia, que muchas veces llegó a confundirse con la tontería, pues se dejaba engañar. Una vez presencié yo uno de esos engaños voluntarios, y no pudiendo contenerme, increpé duramente a aquel truhán.

—Y él me dijo: «cállate; para eso somos curas, para dejarnos engañar».

La prudencia guió todos sus actos y en ella se desenvolvió durante toda su vida.

Pensaba muy bien todas sus cosas, y después

de pensarlas, las hacía con la tenacidad y constancia del hombre convencido. Ya podían decirle que era una temeridad tal empresa, que caminaba al fracaso, que era un trabajo impropio, etc., etc.; oía, callaba y trabajaba; pulsó sus fuerzas, midió las dificultades, púsose en las manos de Dios y a trabajar.

Y trabajó hasta el fin llevando en sus manos la luminosa antorcha de la prudencia, que es, como dijimos antes, el norte de la vida.

## XI

### Su última enfermedad

Como Dios suele regalar a los suyos, a los que bien le sirven, con consuelos anticipados de los que en el cielo han de gozar en grado sumo, a Don Andrés, que pasó su vida haciendo el bien, no podían faltarle esos consuelos y gracias antes de su preciosa muerte; y porque servirán sin duda de edificación a nuestros lectores, queremos referir aquí con todo detalle su enfermedad y santa muerte. que a él le sirvió de purgatorio en vida y los que tuvimos la dicha de asistirle de lección hermosísima que jamás se olvidará *Exultavit ut gigas ad currendam viam*; se levantó como gigante para trabajar en la viña del Señor, y como gigante se dispuso a recibir el terrible peso de una larga y penosa enfermedad y el no menos terrible paso de la muerte temporal a vida inmortal y eterna.

Su naturaleza de hierro estaba minada por un trabajo excesivo, grande desde que empezó a

estudiar, grandísimo, al terminar sus Carreras, abrumador, cuando en el 1888 nacieron sus célebres Escuelas y se dedicó de lleno a la vida de apostolado.

Imposible parece que tantas ocupaciones y preocupaciones le permitieran llegar a la casi edad de 77 años. Y llegó cargado de merecimientos pudiendo decirse de él que «sus días fueron llenos».

El día de San Andrés del año anterior cumplió los 76 años; sentó a su mesa a todos los Maestros del Ave-María y a algunos amigos y compañeros suyos; pasamos todos una tarde feliz en todos sentidos, y nada hacía sospechar la proximidad de tristes acontecimientos.

Al terminar la comida, habló Don Andrés y dijo: «estoy contento porque me veo rodeado de jóvenes entusiastas y amigos de las Escuelas; éstas nada perderán con mi ausencia; al contrario, yo, viejo y achacoso, *soy un estorbo*; dejadme, pues, que me vaya; tengo no obstante alguna penilla, porque la separación de personas que bien se quieren, siempre es triste, pero Dios lo quiere así».

Algunos se fijaron en el tono que dió a estas sentidas palabras, y no faltó quien dijera: «Me preocupa hondamente Don Andrés».

Se olvidó de sí mismo, gozaba viendo gozar y comer a los niños, atendió cortésmente a sus numerosas amistades que acudieron a saludarle y a despedirse, y así pasó el día en un ajetreo continuo.

Yo le dije, al despedirme: Cuidese mucho y no trabaje más.

El me contestó: «Ya queda poco».

Subió al Sacro Monte y, según costumbre de toda su vida de apostolado, escribió en el diario estas palabras: «Ya queda poco y urge dar fin a las cosillas que traigo entre manos, «quia tempus prope est»; estos dos *sietes* (sus 77 años) serán probablemente los azadones que cavén mi sepultura».

—No sea Vd. pesimista, le decíamos, que sobre sus augurios y temores está Dios, y a El toca disponer de la vida cuando y como quiera.

—«Ciertamente, de Dios somos y a El hemos de ir, y yo muy pronto, muy pronto... y estoy conforme en irme, pues sé que con mi ida mejorará todo.»

Si tuvo o no inspiración o claro conocimiento de su fin, no me atreveré yo a decirlo, pero sí puedo afirmar que de día en día aumentaba su indiferencia hacia las cosas del mundo y estaba como embebido y espiritualizado pensando en las del cielo.

Apenas bajaba a Granada, hablaba poco y, aunque mostraba interés por todo lo que afectara a las Escuelas, se veía en él honda preocupación y una muestra evidente de agotamiento físico.

Esto no obstante, escribía un libro muy interesante y se pasaba los días y a veces las noches emborronando cuartillas, coleccionando citas y pensamientos, ordenando cuidadosamente las materias y prestando un trabajo excesivo, impropio de su edad y capaz de agotar y destruir las energías del hombre más sano y robusto, cuanto más las suyas, que desde muy joven estaban desgastándose en múltiples y gravísimos asuntos.



— Está Vd. matándose, Don Andrés, le decían algunos Canónigos y amigos suyos; eso que está Vd. haciendo es un suicidio lento, porque ni come, ni descansa, ni duerme, ni se mueve, y tememos que tras la tormenta de sus trabajos, venga otra más terrible de decaimiento físico, intelectual, moral y... acaso la muerte; esta es la verdad.

Así lo comprendo yo, y por esto me apresuro a terminar *este trabajillo*, porque el fin se acerca y en este sentido escribo y aprieto al editor, no sea que se quede inédito; déjenme, pues, acabar, y que en todo se cumpla la voluntad de Dios.

Al fin terminó su trabajo, que se titula «El Maestro mirando de dentro a fuera», y como todos los suyos, bien redactado, admirablemente distribuido, seriamente meditado y tan de actualidad en el campo de la Pedagogía, que es la última palabra y como el santo y seña del Maestro o Educador cristiano.

El día en que acabó de redactar su nuevo libro gozó mucho, como goza el que llega felizmente al término de su carrera, y escribiendo a un Maestro íntimo y familiar suyo, le dijo: «Laus Deo; he terminado mi último parto literario; probablemente no le veré editado, y he encargado a Don Rufino Blanco que se entienda contigo para corregir pruebas y solucionar las dificultades que se presenten; trabajemos por Dios y por la Patria, y no olvidemos que no habrá gloria ni recompensa en ultratumba, si aquí nos contentamos con hacer la *nanica nana*.

Quédate con Dios.

Tuyo en El

A. M.

Y Aquella temida tormenta anunciada por sus amigos y compañeros, llegó, y llegó terrible, amenazadora, empezando nuestro venerable y venerado Maestro a perder el apetito, y con él el consiguiente decaimiento físico, que se iba acentuando por momentos; pero, firme como una roca y valiente como buen soldado de Cristo, jamás perdió la entereza de alma y la resignada conformidad con la voluntad de Dios: «Est» se va, decía; aquel estómago de hierro, que siempre tuve, protesta y se cansa; preparémonos, pues, para el gran viaje, y preparaos vosotros a recoger la herencia de trabajos, ingraticudes, luchas y dificultades que os dejó en las Escuelas, Escuelas que no son mías, sino de Dios; por El y para El trabajad sin descanso, que ya descansaréis en el cielo».

—No se preocupe de otra cosa que de ponerse bueno; eche a un lado todos los asuntos que pesan sobre Vd., y Dios proveerá.

—Si, Dios proveerá; pero sabed que estoy obligado a mirar por las Escuelas antes que por mí, porque yo me voy y ellas seguirán con vosotros para hacer mucho bien a la Patria y dar gloria a Dios y a su Iglesia; si yo me voy, ¿qué se pierde!

El pensamiento de su próxima partida era la continua meditación de todos los días, su pesadilla, y pesadilla que sentía, más que por sí mismo, por las Escuelas y... «porque no podía trabajar habiendo tanto que hacer».

A pesar de su enfermedad y de la pérdida progresiva de fuerzas físicas, bajaba a las Escuelas diariamente y trabajaba en ellas *sin poder*, animando a los Profesores, enseñando a los niños

como él sabía hacerlo, inspeccionándolo todo y despachando de su puño y letra la correspondencia.

Don Victor Escribano, Decano de esta Facultad de Medicina, gran amigo del enfermo y de su obra, y como él, burgalés y Catedrático, estaba preocupado, porque veía fraguarse en el estómago de Don Andrés un algo grave, y tal vez la causa de próxima y terrible muerte; ocultó prudentemente la enfermedad y aconsejó lleváramos al enfermo al Balneario de Lanjarón, a ver si allí encontraba, con el descanso y variación de aguas, el apetito que alguna otra vez recobró, según él mismo escribió lacónica y graciosamente a Don Victor el año anterior desde dicho Balneario: «Llegué, bebí y sané».

Y a Lanjarón marchó acompañado del Médico el día 10 de Mayo, anterior, sin sospechar nadie que a los dos meses subiría al cielo y se separaría para siempre de nosotros.

Desgraciadamente no se encontró el remedio; sino que, al contrario aumentó la inapetencia y la pérdida de fuerzas con gran desencanto y desaliento del paciente y sus acompañantes.

Durante los 8 días que permaneció en Lanjarón sólo se dedicaba a saborear, meditar y a veces comentar el aureo libro de San Francisco de Sales «Práctica del Amor de Dios», y cuando él y yo íbamos al Balneario me decía: «Fijate en este grau Santo; era escritor fecundo, predicador incansable, martillo de los herejes, Obispo sabio, y valiente defensor de los derechos de Dios y de su Iglesia; ¿qué somos nosotros si con él nos comparamos?»

Diariamente celebraba la Santa Misa en el

Colegio fundado, dirigido y sostenido por Sor Matilde Carrillo, edificando a quienes la oían por su fervor y figura venerable.

¡Si parece un San Vicente en el altar! decían aquellas humildes Religiosas.

Los niños acudían a él, como en todas partes, atraídos como por un imán misterioso para besarle la mano y pedirle una estampita.

El los recibía con entrañable afecto y distribuía las estampas, no sin antes inculcarles amor a la virtud y horror al pecado. «Pequeñitos, los que *nos vamos* sabemos que la mejor riqueza es amar a Dios en vida; amadle mucho vosotros y sed mejores que yo».

Visto que en Lanjarón no estaba el remedio, volvió el enfermo a Granada convencido de la gravedad del mal y dispuesto a prepararlo todo para el gran viaje a la eternidad. «In domum Domini ibimus».

Al entrar en sus pintorescas Escuelas, y al verse rodeado de niños, gozó mucho y lloró de emoción, repitiendo (para animarlos): «Estoy mejor, estoy mejor».

Pero no, estaba peor y el mal avanzaba por momentos; lo cual no quitaba para enterarse de los más insignificantes detalles del estado de su obra; quería morir trabajando y no olvidaba aquel ingenioso pensamiento de San Alfonso María de Ligorio: «No vale para Apóstol quien se preocupa mucho de su salud o enfermedad».

El día 19 de mayo subió al Sacro Monte a recluirse en su modesta celda de Canónigo para preparar bien todas sus cosas, así espirituales como las materiales, pues estaba plenamente convencido de que su fin era próximo.

Aun bajó los días 20 y 21 a las Escuelas, pero con mucha dificultad, y el 21, antes de subir al Monte, se despidió de algunos, diciéndoles que probablemente no le verían más y que pidieran por él.

«Veíase en un callejón muy oscuro, largo y lleno de obstáculos, y en ese callejón estaba como ciego sin lazarillo; ¿quién llegará al fin? «Por esto hablaba poco y sólo pensaba en su alma, ya que la enfermedad no tenía remedio humano (era un tumor canceroso en el estómago).

Por prescripción facultativa hubo de guardar cama, y desde ella observaba, animaba, ordenaba, aconsejaba y ejercía las virtudes de la paciencia y resignación con la constancia y valentía de los Santos.

Fué siempre Maestro, y tenía el gran talento de saberse aprovechar de las circunstancias para enseñar con fruto; su cama, pues, había de ser durante mes y medio la Cátedra, desde la que explicara una de las lecciones más hermosas de su vida; un enfermo próximo a la muerte, y enfermo como Don Andrés, es cuido con más respeto y atención, que estando en buena salud.

Oigamos, pues.

### La última lección de Don Andrés

El día 26 de mayo último se agravó notablemente en su enfermedad y, viéndose morir, se incorporó en la cama y dijo con voz apagada, pero firme a dos Sacerdotes y Maestros que le asistían: «Sed mejores que yo y trabajad mucho en bien de los niños pobres y la juventud; ahora veo yo lo poco que he hecho».

—¿Y le parece poco lo hecho durante toda su vida?

—Poco, casi nada, y si me voy con pena a la otra vida, es por lo mucho que queda por hacer; hacedlo vosotros y Dios os lo pagará, porque el mundo no sabe apreciar los trabajos y sacrificios que supone una Escuela como la nuestra; Dios sí lo sabe y lo recompensa con creces.

—No se preocupe ahora de estas cosas y anime, que aun ha de vivir muchos años.

—No, serán pocos días y lo siento, porque no he hecho penitencia.

—¿Y es poca penitencia el nublado de disgustos, privaciones, preocupaciones, luchas y dificultades que salieron a su paso en su larga carrera de Fundador y Maestro.

—Todo eso lo sobrellevaba con gusto y lo que vosotros llamáis trabajo, era hijo de mis aficiones naturales a enseñar y a educar; pero ¿sobrenaturalicé siempre mis acciones?.. no, Dios mío, yo no he hecho penitencia y he pecado: «Peccavi, Domine, et malum coram te feci».

—Nos hizo llorar, y añadió: «Tengo miedo».

—¿A quién?

—A mis pecados, a la muerte y... al juicio:

«Opera enim illorum sequuntur illos; me habéis acompañado en muchos viajes, pero en este, que ha días empecé, iré solo, completamente solo.

—Descanse y tenga mucha confianza, pues esa es la característica de los santos.

—Idos a trabajar, ahora que sois jóvenes y tenéis salud y entusiasmo, y dejad a los viejos que nos vayamos.

**Su testamento**

¿Y qué será de las Escuelas el día en que falte Don Andrés?

Esta pregunta se repitió muchas veces por amigos y enemigos, y él previsor y confiado, como antes hemos visto, no podía irse a mejor vida sin fijar bien las bases de su Institución Avemariana.

El año 1918 redactó el «Reglamento Ley e Instrucción por el que se regirán las Escuelas, Reglamento lleno de sabiduría y prudencia, y en donde está el modo de ser y obrar de Maestros y discípulos.

En ese mismo año hizo lo que podemos llamar su *testamento económico*, testamento que es un verdadero documento literario, tierno como de padre amante de sus hijos, completo y acabado sin que en él haya lagunas, y tan bien hecho, que merecerá publicarse para ejemplo de todos, cuando se redacte una «biografía completa».

Tenia grandes deseos de introducir algunas modificaciones en este testamento, y ordenó que lo antes posible se redactara su última voluntad.

—Es mi deseo ser enterrado en las Escuelas; la mayor parte de mi vida la pasé entre niños, y con ellos quiero conmorar, después de muerto; enterradme en el suelo para que me pisen y el epitafio o inscripción que grabéis en mi tumba sean estas dos letras: A. M. y nada más; lo mismo pueden decir Ave-María que Andrés Manjón».

—Quiero y os lo encargo con verdadero interés que todos los sábados del año se diga una Misa por mi alma en la Iglesia de mi pueblo, y que toquen los campanillos.

—¿Por qué quiere Vd. que toquen los campanillos?

—Tiene su historia y te la contaré: «Mi madre como tu sabes, era una santa, y cuando murió, supuse *con fundamento* que subió a la gloria; que toquen, pues, a gloria con los campanillos, ya que en el cielo hay una Santa más».

Yo no soy santo, ni mucho menos, como mi madre, al contrario, tengo mucho de que arrepentirme; pero que toquen a gloria los campanillos, por si ella puede llevar al cielo a este hijo suyo, que tan *poco bueno* hizo en el mundo.

—No permitáis en mi entierro esa vanidad de trapos, flores, músicas y luces, que para nada sirven, y haced que en todo aparezcan la pobreza y la humildad cristianas.

Si la Universidad de la que fui Catedrático, os entregara alguna cantidad para músicas y vanidades, aceptadla, pero gastad hasta la última peseta en comida o trajes para los niños, y que pidan por mí, a ver si ellos y mi santa madre me llevan al cielo.

—Yo no hago falta en las Escuelas y sin mí vivirán mejor; son de Dios, no más, son populares, para educar a pobres, y esto las hace tan simpáticas, que todos las protegerán; son cristianas y españolas: Jesucristo y España las mirarán con amor y nada les faltará: *Sursum corda*.

—Nuestras Escuelas, por ser para pobres, tienen que desenvolverse en la pobreza; procurad que no falte lo necesario, pero huid del refinamiento; la sencillez encanta, lo afectado se hace antipático; aire, sol, agua, flores, campo, alegría, limpieza y orden, he ahí nuestro secreto; ya lo sabéis.



—¿Sabéis cuál es el mejor modo de ganar a los grandes?.. ganando antes a los pequeños, a los niños, con el afecto y educándolos en el santo temor de Dios. Por duro que sea el corazón de un padre, se modelará y ablandará como la cera, enseñando y educando al hijo con amor y caridad.

—Las Escuelas nacieron alabando a la Virgen las alabanzas no cesaron durante los 36 años que llevan de vida, y así habéis de seguir *siempre, siempre, siempre* para que la Señora sea el manto protector de la Institución, ¿lo oís?

—Lo que os encargo con singular empeño es que trabajéis por Dios y por los pobres; no os dejéis influir por el aura popular, por buscar el aplauso de los hombres, que pasa y para nada sirve, sino que todo, todo lo que hagáis, digáis o escribáis sea para dar gloria a Dios, hacer el bien y merecer premio; lo contrario sería perder el tiempo. ¡Dios mío, Dios mío, si yo lo hubiera hecho siempre así, cuán otro sería ahora!

Dejadme descansar un poco y proseguiremos, cuando haya fuerzas.

• • • • •  
 • • • • •  
 ¡Qué hermosas lecciones! ¡dichosos nosotros los Maestros avemarianos, si acertamos a poner en práctica estos sabios consejos o encargos que nuestro venerable Fundador nos dió, cuando estaba al borde del sepulcro!

### Sus dos pensamientos

Toda la vida la pasó Don Andrés haciendo Religión y Patria y su último aliento quería que

fuera como el ósculo o abrazo último que él diera a esos dos amores para quienes vivió y por los que diera mil vidas, si posible fuera.

—Ni el Ave-Maria, ni Escuela alguna, que sepa lo que es educar, puede prescindir de la Religión y la Patria.

Escribió nuestro enfermo: «¿Qué formador y guía de hombres prescindirá de la ciencia que enseña al hombre a seguir el camino trazado por la Providencia, que es el viaje de la circulación que todos hemos de hacer, viaje que, empezando en Dios Creador y pasando por Dios santificador, termina en Dios glorificador?»

Sin la Religión no sabríamos ni de donde venimos, ni a donde vamos, ni por donde debemos ir, o cual es el destino de esta vida.

Cuentan de un Maestro que leyó este epitafio: «Aquí yace un necio que no supo para qué se le había dado la vida; pues pasó por el mundo sin saber de donde venía, a donde iba ni por donde debía ir».

Y a continuación se dijo: «¿Qué nombre merecería yo sí, por prescindir de la Religión, hiciera de la Escuela fábrica de tales necios?»

Esto escribió y repitió muchas veces nuestro venerable Fundador a Maestros y niños, a Catedráticos y a estudiantes, a gobernantes y a gobernados, cuando estaba lleno de vida, y ahora, que está al dintel de la eternidad, bullen sin cesar en su corazón y entendimiento estos mismos pensamientos, como verá el lector por lo que sigue:

—Mirad, deseo que en el Ave-Maria todo gire alrededor de la Religión; y ya enseñéis Gramática, Historia, Aritmética, Lectura, Escritura,

etc., procurad que en esas enseñanzas aparezca una idea moral que eduque y mejore el corazón del niño. ¿Qué conseguimos con enseñar ideas y atiborrar inteligencias, si abandonamos lo mejor del educando, que es su corazón? Enseñemos, pero *eduquemos*, y eduquemos teniendo por norte, guía y Maestro al Gran Maestro, que es Jesucristo.

—Y no seáis meros teorizantes o habladores, sino practicad la Religión y haced que los niños os imiten; no olvidéis aquello de «*non auditores tantum, sed factores*».

—Y por medio de la Religión haced Patria.

¡Qué pena tan grande da contemplar el cuadro triste, horrible y desconsolador que se ofrece a nuestra vista de nuestra pobre España; parece como que todos hacen lo que pueden por acabar con ella.

Todo está en crisis, autoridad, enseñanza, ejército, disciplina, todo, todo... ¡yo no sé como vivimos!

Os digo en verdad que no tengo pena por irme y no miento si os dijera que compadezco grandemente a los que os quedáis por acá. Trabajad mucho por hacer Patria, recordad a los niños lo que fuimos, comparad las glorias pasadas con lo poco que hoy somos y significamos y prevenidlos para el porvenir. ¡Pobre Patria mía!

—Ya sé que el mal es grande y el remedio debe ser colectivo; pero a nosotros sólo nos toca aportar nuestro modesto óbolo de trabajos y de lucha, y allá se las avengan con Dios y con su conciencia los que se cruzan de brazos; hay que morir trabajando; ¡dichosos los que podéis merecer cielo, haciendo Religión y Patria!

—En todos mis escritos se ven ampliados y discutidos estos dos pensamientos, y es mi voluntad que vosotros prosigáis la labor empezada e infiltréis con la palabra y con la pluma en el corazón del niño las ideas de Religión y Patria, a ver si conseguís *hacer algo más que yo, que bien veis cuán poco es.*

—Todo contribuye a trabajar en este sentido; la osadía de los antipatriotas, la cobardía de los que se llaman buenos, la flojera e inactividad de la masa nacional, el desconcierto y a veces impreparación del elemento directivo, etc., etcétera, ¡qué vergüenza, Dios mío! ¡qué vergüenza! ¿qué dirán de nosotros? ¿qué será de la Patria, siguiendo por este derrotero? Pues a trabajar y a trabajar por Dios y por España.

—Los patrioteros o malos españoles han envenenado el corazón e inteligencia de los grandes, y ahora tienen el satánico proyecto de corromper al niño, y para conseguirlo, ponen en juego los recursos de la política, del dinero, de la influencia, de la prensa, del cine, de la moda y escriben y peroran y mienten y sobornan y luchan sin cesar sin pararse en sacrificios ni dificultades. ¿Qué hacer? ¿Cruzarnos de brazos? ¿Llorar? No, no y no; por Dios os lo digo, trabajad cuanto podáis (lo repito una y mil veces) y cuidad cariñosamente del niño para que no se pierda y haciéndole buen cristiano, tal cual la Iglesia y la Patria lo necesitan;

Así hablaba Don Andrés durante su enfermedad y estos eran sus pensamientos y deseos, que él quisiera inocular a todos los españoles y de un modo especial a los Maestros y educadores de la juventud.

## Visitas y comentarios

Don Andrés ha sido siempre un hombre de Dios; todo lo ordenaba a El y a promover su gloria, pero sin alardes ni mojigantías.

Yo no sé lo que tiene Don Andrés, me decía un pundonoroso militar, que electriza, cuando habla; sus palabras meditadas, valen por muchos libros y discursos; tiene el envidiable don de convencer y conmover.

Porque serán seguramente del agrado de los amigos, reseñamos aquí algunas visitas que recibió durante su enfermedad, no sólo por lo que tienen de interesantes, sino porque se ve en ellas el alma y corazón grande del venerable enfermo.

### Visita del Señor Arzobispo

Nuestro Reverendísimo Prelado, Excmo. Señor Don Vicente Casanova, una vez conocida la gravedad de Don Andrés, se apresuró a visitarle, no sólo para demostrarle con hechos el amor que le profesaba, sino para animarle y bendecirle, quizá por última vez.

Al entrar S. E. en la alcoba del enfermo, éste se incorporó con alguna dificultad y con lágrimas en los ojos le dijo: «¡Qué honra tan grande y tan inmerecida para mí el ser visitado por V. E.; no merezco tanto honor!»

—Don Andrés, Vd. merece mucho más, y lo que siento es no haber venido antes; pero bien sabe cuantas y cuan graves son las obligaciones que pesan sobre mí, además de los achaques y enfermedades con que Dios suele visitarme.

—Tanto más es de agradecer su bondad; que

Dios se lo premie; pida por mí y no olvide en sus valiosas oraciones a este pobre pecador; bendígame por última vez.

—Sí, con mucho gusto le encomendaré al Señor, para que El le ponga pronto bueno y pueda seguir trabajando por su gloria como hasta aquí. Reciba mi bendición y con ella las indulgencias que yo puedo concederle por cada acto de conformidad o paciencia que hiciera durante su enfermedad.

El enfermo recibió humildemente la bendición del Señor Arzobispo, y se despidió de él *hasta la eternidad*.

—¿Cómo, hasta la eternidad, Don Andrés?

—Sí, señor, me quedan pocos días de vida, y tengo miedo de comparecer ante Dios, porque hay en mi alma muchas manchas y no he hecho penitencia.

—Vamos, Señor Manjón, anime-se y ya sabe mejor que yo que ese Dios a quien teme es la misericordia y la bondad en grado sumo.

—¡Pero es tan poco lo que he hecho y ese poco tan mal hecho!

—No es poco, sino mucho y de modo muy agradable a Dios.

El Prelado y nuestro enfermo se emocionaron y se despidieron hasta el cielo.

¡Qué lástima de Don Andrés, exclamaban todos, y qué pena no poderle librar de la muerte!

### **Visita del Infante Don Carlos**

Su Alteza el Infante Don Carlos y Capitán General de Andalucía, subió al Sacro-Monte para visitar las Santas Cuevas y su histórica Aba-

día, y aprovechando esta visita, mostró vivos deseos de ver al Señor Manjón, a quien admiraba y tenía en grande afecto.

Enterado el enfermo de la próxima visita, pidió su precioso e interesante libro «El Maestro mirando hacia dentro» y dijo: «Ya que un Infante de España viene a visitar a este pobre enfermo, le regalaré esta obrilla como testimonio de gratitud; traed la pluma y se lo dedicaré».

Llegó el Infante, cuando escribía de su puño y letra estas palabras: «A su Alteza el Infante Don Carlos dedica este librejo un pobre Maestro que está al borde del sepulcro. Andrés Manjón. VII 29-923».

Entró en la humilde alcoba del humilde enfermo acompañado del General Jefe de Estado Mayor Don Sebastián Ramos y de sus Ayudantes Don Javier Linares y Don Fernando Bustillo; al verle, se incorporó saludándole con gran afecto.

—Aquí tiene Su Alteza a un hombre con pocas esperanzas de vida y muy cerca del fin.

—No, Don Andrés, aun querrá Dios tener a Vd. algunos años más con nosotros para seguir haciendo mucho bien por la Patria, aunque es muy grande el que ha hecho.

—¡Ay, Señor, no hice más de lo que debiera, y desgraciadamente omití mucho de lo que estaba obligado a hacer! Envíe mis respetos y veneración a la Real Familia, y dígame que, si voy al cielo, pediré desde allí por la Patria y por su católico Monarca.

—Con mucho gusto transmitiré su saludo a los Reyes, y ya sabe cuán grande es el interés y afecto que SS. MM. tienen hacia Vd.

—Que Dios se lo pague, aunque yo nada merezco.

Tengo entendido que Su Alteza es padre de numerosa prole y que enseña y educa con la diligencia y esmero de un buen cristiano y español.

—Hago lo que puedo Don Andrés, y lo que debo, ya que esa es la mejor herencia que puedo dejar a mis hijos: una buena educación.

—Así es; la familia es la base de todo el edificio social; si la familia no educa, ni Sacerdotes, ni Maestros, ni Ejército podrán hacer absolutamente nada; sobre este interesante tema he escrito un librito, que me permito ofrecerle y poner en sus manos. Y le regaló las «Hojas paterno escolares» que es, a mi pobre juicio, lo que mejor ha salido de su pluma.

El Infante se despidió afectuosamente y afectado del venerable enfermo, y con él sus ilustres acompañantes, quedando todos sumamente impresionados, al ver tanta sencillez, bondad, sabiduría y virtud reunidas en Maestro tan singular.

Después de la visita, Don Andrés rompió a llorar como un niño y repitió con gran fervor aquellas palabras del Salmo 112: «*De stercore erigens pauperem, ut collocet eum cum principibus*».

—¿Qué le pasa y por qué llora?

—Lloro, porque mi corazón es muy pequeño y quisiera que fuera grande, muy grande para amar a Dios, a quien hoy tan poco amo. ¡Dios mío y todas mis cosas!

A los pocos días, Su Majestad el Rey telegrafió interesándose por la salud del enfermo en es-



tos términos: «*Enterado de su enfermedad, hago fervientes votos para que Dios le devuelva la salud, enviándole reverente y muy afectuoso saludo.*

**Alfonso, Rey**

Diariamente se recibían infinidad de cartas y telegramas de todas las clases sociales preguntando todos «por el gran Pedagogo, por el Santo Don Andrés, por el sabio Catedrático, etc.»

Entre las cartas, hay algunas curiosísimas; pero quiero copiar aquí en parte una de su única hermana Sor Justa: «Preveo que te vas al cielo, querido hermano, a recoger el premio que merecieron tus muchas y buenas obras; cuando estés allí, pide a Dios que a mí también me lleve pronto; mientras vivimos en el destierro, hay peligros; en la gloria todo es paz y dicha.

¿Te acuerdas cuando el tío... (aquí el nombre de un vecino de su pueblo natal) estaba con el tifus, y ninguno quería servirle? Tú en cambio le dabas los alimentos y le cuidabas con esmero, y cuando murió, tú mismo le llevaste al cementerio; ahora te alegrarás del bien que predicaste y practicaste».

Don Andrés me mandó escribir a Sor Justa, y yo redacté una carta, que él firmó, escribiendo con lápiz, estas palabras: «Y adiós, hermana mía, hasta la eternidad, a cuyas puertas me encuentro; ayudadme a entrar en ella. ¡Oh Dios de las misericordias, compadeceos de este pobre pecador. Andrés».

### **Sus últimos días**

Los empleó en despedirse verbalmente o por

escrito de sus más caros e íntimos amigos, diciendo a todos que «él se iba, pero que su obra quedaba, que su partida estaba cerca, pero los pobres niños seguirían en las Escuelas; y a unos y a otros les pedía oraciones para su alma y protección para el Ave María».

Pidió perdón a sus compañeros *por sus muchos pecados* y dedicó grandes elogios al Sacro-Monte, en donde vivió 37 años, diciendo que era la Casa del Sacerdote y en la que, sin gran esfuerzo, se puede ser santo y sabio (como él lo fué).

### Recibe los últimos Sacramentos

Arreglado, ordenado y aclarado todo lo referente a la parte material, tenía vehementes deseos de prepararse *seriamente* para el gran viaje.

Estaba siempre preparado, se reconciliaba con Dios con mucha frecuencia, comulgaba y se enfervorizaba meditando las finezas del Sacramento del Amor; pero quería «hacer un lavado general en su alma» por medio de la confesión, y un recuerdo minucioso «de los muchos pecados que en mi vida cometí».

—Dejadme solo con el confesor; soy indiferente a todo lo que huela a mundo; soy un muerto que habla y piensa sólo de Dios, sólo de Dios».

—Ya voy haciendo, como véis, mis dos testamentos; ahora, si vivo, yo seré el ejecutor y el albacea, y en todo caso, vivo o muerto, seamos todo para Dios, nada más, nada más».

Viendo que aumentaba la gravedad, le indicamos la conveniencia de recibir el Santo Viático, y, sin inmutarse, dijo al Señor Abad:

«Sí, sí, cuando Vds. quieran; yo lo deseo vivamente; ¡oh que gran dicha es la mía! nada me falta; Dios me regala en demasía».

En la mañana del 27 de junio estaba todo preparado para tan solemne acto; yo le dije como supe y pude algunas palabras de consuelo, y noté que se entristecía en gran manera: ¿Qué le pasa a Vd?

—*Tædet animam meam vitæ mæe.*

—¿Y por qué ese tedio?

—Porque tengo muchos deseos de terminar y no se ve el fin.

—El fin es conformarse con la voluntad de Dios.

—Es verdad, y diciendo esto, llegó el Señor, acompañado del Cabildo, Capellanes y dependientes, con toda la solemnidad que prescriben las sagradas rúbricas.

El enfermo se incorporó por sí mismo, adoró reverentemente al Sacramento y con suma y edificante devoción hizo la profesión de fe, recibió el Santo Viático con gran fervor, y acto seguido la Extremaunción con la tranquilidad y consuelo de los justos.

Todos estábamos llenos de intensa emoción y todos admiramos en Don Andrés aquella entereza y resignación que los Santos sintieron en casos análogos a este; se veía en él al varón fuerte y robusto de que nos habla la Sagrada Escritura.

Después rogó le dejáramos solo, para mejor estimar y agradecer la gran merced que acababa de recibir.

—¡Qué contento estoy! nos dijo, ¿cómo pagaré al Señor tanta bondad? *quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi?*

No me habléis de otra cosa que de Dios; en El quiero descansar y para El, sólo para El sean mis pensamientos y palabras, mi vida y cuanto soy.

Paratum cor meum, Domine, paratum cor meum.

## XII

### Su santa muerte

Hasta el día 5 de julio se comunicó, y a veces con alegría, con sus amigos y servidores; pero a partir de esta fecha, ya por la misma enfermedad que le restaba fuerzas por momentos, ya porque quiso morir al mundo por completo, entró en una especie de sopor o ensimismamiento, que no hablaba de nada ni de nada se preocupaba.

Solamente atendía, cuando su confesor le excitaba a confiar en Dios repitiendo devotamente el Salmo *Benedicite*, o a llorar sus faltas recitando el *Miserere*.

El día 6, haciendo un esfuerzo y con voz apagada me dijo: «quisiera levantar mi corazón a Dios, y aun para esto me faltan fuerzas».

—Dios se contenta con el querer; no se preocupe por eso.

Su mayor placer era meditar u oír leer alguna de las preciosas visitas al Santísimo redactadas por él; ya dijimos en otro lugar que su devoción predilecta fué la Eucaristía, y en la Eucaristía encontró consuelo en sus trabajos, fortaleza en los peligros, y remedio en sus necesidades.

Por lo que tiene de interesante, por ser la última que oyó leer de las por él mismo señaladas, y porque fué la última acción de gracias que hizo al Señor, después de haberle recibido sacramentalmente, transcribimos la número 206 de su citado libro.

«El anciano Simeón modelo de muerte tranquila.

A la presencia y contacto de Jesús Niño, el justo Simeón exclamó: ahora moriré en paz, porque han visto mis ojos al Salvador. (San Lucas 2).

1. Eres anciano y la muerte te espera, seguro que tu enfermedad no tiene remedio; mas si eres justo como Simeón, comulga, y abrazando a Jesús Niño, dile: Ahora, Señor, déjame que muera en paz.

2. Yo he visto con los ojos de la fe al Salvador del mundo y sólo quiero verlo con los ojos del alma en la Gloria: «Nunc dimittis servum tuum, Domine, in pace». Moriré tranquilo.

3. Y no sólo he visto a Jesús, sino que se me ha acercado tanto, que le he hospedado dentro de mi pecho. ¿Y no he de morir tranquilo, confiado en su misericordia?

4. ¡Ah, sí. Si con los brazos de mis obras abrazo a Jesús, moriré tranquilo, esperando abrazar en la Gloria a quien servi en la tierra.

5. Y me despediré de los míos que por aquí quedan, diciéndoles: Ni me lloréis, ni os desconsoléis; que entre vosotros está Aquel, que es luz y salud para todos: «Lumen ad revelationem gentium».

6. Y como Simeón bendecía, bendeciré yo a José y a María por Jesús, suplicándoles que

cuiden de los que crié y eduqué, y a mí no me abandonen en la agonía.

Esta fué la última visita que leímos y la última sobre la que él meditó hasta que la muerte cogió su preciosa vida.

El día 8 de julio se agravó considerablemente, y viendo su próximo fin, le dijimos dos Maestros y Sacerdotes que le asistimos siempre en salud y enfermedad: «Bendíganos Vd., y pida a Dios por nosotros».

—Os bendije muchas veces y ahora también, y levantando con dificultad su mano, nos dió su última bendición, prometiéndonos que desde el cielo pediría mucho por nosotros.

—¿Está Vd. contento?.. ¡Qué dicha morir como Vd., rodeado de Sacerdotes, sin faltarle nada, ayudado con tantas oraciones como se elevan al cielo por su salud o santa muerte y con la esperanza de un premio muy grande. «Ego ero merces tua magna nimis».

Y besó reverentemente el crucifijo de misionero, aquel crucifijo que él usaba en las misiones y con el que tantas almas salvó, según vimos en otro lugar; dijo por medio de signos y palabras entrecortadas que sí, que estaba muy contento y que deseaba morir para ver a Dios.

No perdió el conocimiento, y, aunque no podía hablar, nos mandaba por medio de signos que le habláramos de Dios o pronunciáramos algunas jaculatorias, porque sentía en ello gran consuelo.

Notábase en su rostro la placidez de los justos

y la tranquilidad del deber cumplido o una conciencia sin remordimientos.

Anocheció el día 9 de julio; Don Víctor Escribano temía en esa noche el funesto y temido desenlace, y los que tuvimos el consuelo de asistirle, nos esforzamos en consolarle con breves y sentidas oraciones, que él recitaba con gran fervor. A las diez de la noche rezamos con él el Santo Rosario, y al terminarle, besó de nuevo el crucifijo y le dejamos descansar.

Yo observaba aquella frente despejada y limpia, aquellos ojos penetrantes que sabían llegar al corazón, aquellos labios que tantas veces se movieron para asombrar a los sabios y dar gloria a Dios y a la Patria, aquellas manos que tantos y tan hermosos libros escribieron, y aquella vida tan bien empleada y tan llena de merecimientos.

A las dos de la mañana del día 10 quiso hablarme y no podía y con mucha dificultad dijo: «esto se va».

Entró en la agonía y, rodeado del Señor Abad, su Confesor y tres Sacerdotes del Ave María recitamos las últimas oraciones de la Iglesia, y, al aplicarle la última indulgencia plenaria, expiró dulcemente sin dolores ni contorsiones, dibujándose en su rostro la aureola de la santidad.

*Preiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.*

Amortajámosle revestido con pobres ornamentos sacerdotales y decidimos en principio los preparativos de un entierro modesto, humilde, pobre, pues así nos lo encargó y repitió muchas veces.

Dicen que al amanecer de ese día, cientos de

pajarillos piaban tristemente junto al balcón de la alcoba mortuoria.

Las campanas de la Colegiata del Sacro-Monte anunciaron al alba con tonos lúgubres la triste nueva del fallecimiento de Don Andrés.

La noticia circuló por Granada como una corriente eléctrica, poco después por España entera, y algo más tarde por el extranjero.

Reunióse el Cabildo del Sacro-Monte y acordó cumplir en todo la voluntad de su ilustre hermano enterrándole pobremente y haciendo por su alma los sufragios que determinan las Contituciones.

Fué trasladado el cadáver a la Capilla de Santiago, celebráronse varias Misas por su alma y allí quedó depositado hasta las seis de la tarde, en que bajaría a las Escuelas, para al día siguiente celebrar los funerales y enterrarle en la cripta de la Capilla del Ave-Maria que él mismo construyó y en la que quería conmorar por siempre para oír mejor las plegarias y cánticos de los niños.

Pero el hombre propone y Dios dispone.

Don Andrés huía del mundo y le mortificaban las alabanzas y los honores que a diario le tributaban; «Soli Deo, honor et gloria», repetía muchas veces.

Si en vida huyó de los honores, porque tenía pies y se escondía, en muerte no podía evitar esos honores, ni pudieron evitarlos los parientes y albaceas, como se verá en el párrafo siguiente.



## XIII

**Funerales y entierro**

Dijimos en el párrafo precedente que la noticia circuló por Granada como transmitida por una corriente eléctrica.

Durante el día 10 subieron al Sacro Monte infinidad de personas de todas las clases sociales a *ver al santo*, al *segundo San Juan de Dios* (asi decían muchos) y a llorar junto al cadáver la orfandad en que Granada quedaba por la muerte de su querido Don Andrés.

Todas las campanas de la Ciudad tocaban a muerte y no creo quedara un solo granadino sin elevar al cielo una oración por el alma de nuestro difunto.

A las 10 de la mañana subieron al Sacro Monte el Alcalde de Granada, Don Eduardo Navarro Senderos, acompañado del Concejal Don Nicasio Montes para solicitar del Cabildo y parientes que el cadáver fuera llevado triunfalmente a Granada y quedara expuesto en el salón de sesiones del Ayuntamiento para que todos los granadinos tuvieran el consuelo de ver a quien tantos beneficios derramó a manos llenas sobre ellos y sobre sus hijos.

Deseando cumplir en todo la voluntad del difunto que no quería *nada que oliera a vanidad*, y que fuera enterrado pobremente, nos opusimos a tal pretensión del Señor Alcalde, aunque no dejáramos de agradecer su bondad.

Pero a las 5 de la tarde, no ya el Señor Alcalde, sino el Municipio en pleno bajo mazas, la

Diputación y Universidad con todos sus miembros, la Audiencia y el Ejército, Nuestro Reverendísimo Prelado y su Cabildo, Granada entera, confundidos ricos y pobres, grandes y pequeños, sabios e ignorantes, castellanos y gitanos, todos acudieron, *sin previo aviso ni cita alguna*, a ver a Don Andrés y a llevar su cadáver a Granada *de grado o por fuerza*.

No valieron razones del Médico Don Víctor Escribano, ni la suprema razón de cumplir la voluntad del difunto, ni las súplicas ni ruegos de la familia, todo en balde.

— «Don Andrés es de Granada, y a Granada irá para que nos dé el último adiós», decían unos.

— «En vida pudo esconderse y huir del mundo e hizo bien; en muerte debe ser honrado para bien de la Iglesia y de la Patria; accedan, pues a nuestros deseos porque esa es la voluntad de Dios y la del pueblo», dijo el Señor Arzobispo.

— «Quieran e no quieran a Don Andrés le bajaremos a Granada y le pasearemos por sus calles para que nos bendiga, y bendiga a nuestras familias», añadieron otros.

— «Don Andrés hizo en vida lo que quiso; ahora nos toca a nosotros», repetían cientos de lenguas.

Y en efecto, eso que llaman sentimiento popular *u opinión* venció al Cabildo y a la familia, y entregaron el cadáver, bien a pesar suyo.

Aquellas cuevas pintorescas del Sacro-Monte, aquel típico y no menos pintoresco Barrio de los gitanos estaba totalmente ocupado por *toda Granada*; ¿a qué decir nombres?

Allí el Sr. Arzobispo, el Gobernador Civil con

la representación del Rey y su Gobierno, el Rector de la Universidad en nombre propio y del Ministro de Instrucción Pública; *los niños* del Ave Maria cantando y llorando al mismo tiempo, la aristocracia y la democracia unidas *sin protestas*, los gitanos *agradecidos*, que lloraban «al mejor amigo y bienhechor de la raza gitana».

Allí no hubo presidencias oficiales; todos eran unos y todos lloraban al mismo Padre; todos querían llevar el cadáver y no pocas veces tuvo que intervenir la fuerza pública para calmar los ánimos e imponer orden.

Hacia mucho calor y ninguno se quejaba; la distancia era larga y la hora intempestiva, ¿y qué?; se trata de honrar a D. Andrés y todo se sufre con gusto.

Los niños cantan tristemente el Ave María por su Fundador; las campanas de la Colegiata, Escuelas y Templos todos de Granada doblan sin cesar; el pueblo gime y lamenta la pérdida de «lo mejor que había en Granada», y hasta el sol, ocultándose por la hermosa vega granadina, parece como que se asocia al dolor de Granada, despidiendo rayos de tenue luz que poco a poco se pierde hasta extenderse el negro manto de la noche.

Así llega el cadáver a Granada; cerró el comercio; suspendiéronse los espectáculos públicos; las calles eran ríos de criaturas; los balcones aparecían ornados con crespones negros y hasta el ambiente que se respiraba era de sentimiento y dolor.

El Salón de sesiones del Ayuntamiento quedó convertido en Capilla ardiente y allí quedó el ca-

dáver de D. Andrés toda la noche del 10, el día 11 y la mañana del 12.

### ¿Qué pasó allí?

Todo el personal del Ave-María acompañó a su venerable Fundador y Maestro, celebrando muchos Sacerdotes (que él formó y educó) la Santa Misa y aplicándole sufragios sin cesar.

Los señores Concejales se turnaron para velar el cadáver y *Granada entera* pasó por aquél salón para ver a su Don Andrés, llorarle, rezarle y hacer tocar en sus manos rosarios, estampas, medallas y otros objetos de piedad.

Varios Sacerdotes *sin interrupción* estuvieron tocando en el cadáver dichos objetos de piedad hasta cansarse; tal vez pasaran de 100.000 los objetos tocados.

Unánime y espontáneamente acudieron allí todos los granadinos, proclamando santo a Don Andrés y considerando su muerte como una gran desgracia nacional.

El Ayuntamiento en sesión solemne del día 11 pidió al Gobierno que se concedieran al cadáver honores de Capitán General con mando en plaza, y el Gobierno accedió gustoso, «teniendo en cuenta los grandes servicios prestados a la Patria por Don Andrés Manjón».

El día 12, después de celebrar en la Capilla ardiénate la Santa Misa el Excmo. Sr. Don Ángel Marquina, Obispo de Guadix y paisano y amigo íntimo del difunto, se procedió a trasladar el cadáver a la Catedral para celebrar el funeral *corpore presente*.

Como el día anterior, acudió *toda Granada sin*

exclusión de clases, sexo y condición cubriendo la carrera las tropas del Regimiento de Córdoba y en los sitios mas ámplios de la población las demás fuerzas de artillería y caballería.

Ya en la Catedral, celebró de pontifical nuestro Reverendísimo Sr. Arzobispo estando materialmente ocupadas las amplias naves del Templo Metropolitano por el pueblo granadino, colocándose en sitio preferente las Autoridades y representaciones de los diversos Centros de cultura de Granada.

El Claustro Universitario quería llevar el cadáver a la Universidad, «porque allí explicó durante 40 años y de allí salió para ejercer su apostolado; justo es que despedamos en la Casa Madre a uno de sus mejores hijos».

Y a la Universidad fué llevado el santo y sabio Catedrático para dar el último adiós a sus sabios compañeros con quienes compartió las penas y las alegrías de las tareas escolares.

Fué colocado en el Paraninfo; rodeábale todos los Catedráticos con el Señor Rector a la cabeza, y el Decano de la Facultad de Letras, que es Sacerdote, entonó un responso, que fué oído y rezado con gran respeto y devoción.

Al salir de la Universidad, se organizó de nuevo la comitiva, yendo, como anteriormente, confundidos, el Clero, Autoridades, Universidad, Instituto, Ayuntamiento, Diputación, Ejército, Escuelas Normales, y *todo el pueblo*, deseosos de expresar el más rendido tributo de admiración y agradecimiento a nuestro gran Don Andrés.

Varios aeroplanos iban arrojando flores sobre el cadáver y de todas partes subían al cielo las

delicadas flores de la oración, que eran las que más agradaban y servían al difunto.

El duelo se despediría en la Plaza Nueva, pero ninguno se despidió, sino que todos subieron a las Escuelas del Ave María, en las que esperaban al cadáver más de 1.000 niños.

Lo que allí pasó no es para descrito.

¡Cuántas lágrimas, cuántas emociones, cuántos recuerdos!

La música militar tocaba marchas fúnebres, el fuego de cañón y de fusile ía atronaban el espacio; los ayes lastimeros de los niños que lloraban por su gran bienhechor y Maestro partían los corazones; el último responso que rezamos anudaba nuestra garganta; ninguno quería irse y hasta hubo alguien que esperaba oír de labios de Don Andrés estas palabras: «Quedaos con Dios y rogad por mí».

### Su sepulcro

Bajo el altar mayor de la Capilla de las Escuelas construyó una bóveda el mismo Don Andrés «para que algún día fuera su habitación permanente».

Solicitamos del Gobierno (por medio del Excelentísimo Señor Don Natalio Rivas) la oportuna autorización para el terrarle en esta bóveda, y accedió gustoso, previos los requisitos que determinan las disposiciones vigentes.

Y allí fué enterrado, y allí está y allí estará para que sea el manto protector de la Institución Avemariana.

Allí acudiremos a pedir consejo en nuestras dudas, aliento en nuestros trabajos, fortaleza en

nuestras obras; de allí venrán la luz que nos alumbra, la esperanza que nos anime y el ejemplo que nos mueve a ser todo de Dios y de la Patria, como él lo fué.

### **Requiescat in pace**

Suponemos fundadamente que su hermosa alma estará y descansará en el cielo.

¡Dios mío! si Don Andrés no ha ido al cielo, ¿quién irá?

Sí, está en el cielo y allí nos espera.

## XIV

### **Después de la muerte**

España admiraba a Don Andrés, conocía sus virtudes, estudiaba su hermosa obra y la trasplantó en todas sus Provincias; no es, pues, de extrañar que, enterada de su muerte, manifestara públicamente su sentido pésame.

Su Magestad el Rey telegrafió antes que nadie expresando «su honda pena por tan irreparable pérdida».

El Gobierno se apresuró a concederle honores militares.

En el Congreso y en el Senado se hizo constar en acta, *por acuerdo unánime*, el sentimiento causado por la muerte de «esa gran gloria de la Patria que se llama Don Andrés Manjón».

Cardenales, Arzobispos, Obispos, Diputados y Senadores, Catedráticos y Magistrados, cuanto vale en la Ciencia, Artes, Industria o Comercio,



Habitaciones de Don Andrés convertidas en Capilla ardiente.



todos telegrafiaron o escribieron sentidos mensajes de pésame, y *casi todos nos felicitaban, porque hay en el cielo un Santo más*, y porque desde allí hará más por sus Escuelas que viviendo en ellas.

En las Escuelas del Ave María que existen en España y en el extranjero se celebraron solemnes funerales por el alma del Fundador, así como en muchos templos catedralicios o parroquiales, sin contar los innumerables sufragios de los innumerables amigos o admiradores que elevaron al cielo por «el mejor y más santo y sabio de los Maestros en estos últimos tiempos».

Hubo un Concejal que, no pudiendo contener su emoción y entusiasmo, pidió que se rogara al Señor Arzobispo «incoara lo antes posible el proceso de beatificación».

El Ave María expresa a todos su más viva gratitud por tantos honores, oraciones y ofrecimientos como se nos han hecho, y a todos pedimos con verdadero interés que sigan pidiendo mucho al Señor por Don Andrés y por los que han de proseguir su hermosísima obra, para que acerremos a recoger su herencia, imitar sus virtudes y hacer el bien con la discreción y celo con que él lo hizo durante toda su vida.

### **¿Y qué será de las Escuelas?**

Que seguirán como hasta hoy han seguido, y si dijera que mejor, no mentiría.

Don Andrés tenía un gran talento teórico-práctico, y no se contentó con hacer, sino que perpetuó su obra dejándola con *ideas escritas*, con plan y método propios, con disposiciones sa-

bias y muy bien meditadas, y con *personal apto* para dirigir las.

El día 14 de julio, después del funeral celebrado en las Escuelas por el Fundador, se reunieron los Señores Albaceas, abrióse el testamento, enteráronse de la última voluntad del testador, admiraron de nuevo su espíritu previsor y quedó constituido el Patronato y Junta Directiva de las Escuelas por las personas que a continuación se expresan:

### **El Patronato**

Don Francisco Sánchez Sánchez, Abad del Sacro-Monte; Don Manuel Medina Olmos, Canónigo; Don Enrique González Carrillo, Sacerdote; Don Pedro Manjón Lastra, Director de las Escuelas del Triunfo; Don Segundo Arce Manjón, Director del Seminario de Maestros; el Excelentísimo Señor Marqués de Casa Blanca; Don Víctor Escribano, Catedrático de Medicina, y Don Manuel Méndez Vellido.

### **La Junta Directiva**

De estos Patronos se han elegido los individuos que constituyen la Junta Directiva, organismo que llevará sobre sí el peso de la carga, y que, por disposición del mismo Fundador y acuerdo del Patronato, queda constituida en la forma siguiente: Director, Don Manuel Medina Olmos; Asesor, Don Francisco Sánchez Sánchez; Tesorero, Don Segundo Arce Manjón, y Secretario, Don Pedro Manjón Lastra.

Dada la calidad de los Señores que constitu-

yen este Patronato y la Junta, y el afecto cien veces demostrado al Fundador y su obra, no hay que temer ni dudar por la Institución; trabajarán como buenos, seguirán en todo las huellas de nuestro venerable Maestro y sabrán vencer las dificultades que aparezcan en el camino de la vida.

### **El primer sucesor de Don Andrés**

es Don Manuel Medina Olmos, Canónigo del Sacro-Monte y gran entusiasta admirador y trabajador del Ave-María.

Nació en Lanteira, provincia de Granada el día 9 de Agosto de 1869.

Empezó sus estudios *a los ocho años*, bajo la protección de su tío Don Manuel Olmos, Párroco de Caniles.

De claro entendimiento y de marcada vocación al Sacerdocio, hizo sus estudios con gran aprovechamiento, ordenándose de Presbítero el 18 de diciembre del año 1891, contando 22 años; graduado en Sagrada Teología, en julio del 1892 fué nombrado Canónigo del Sacro Monte, previa oposición.

Ingresado en aquella Santa Casa, muy pronto trabó amistad íntima con nuestro Santo Fundador, y se ofreció a él para trabajar desinteresadamente y con santo entusiasmo en sus Escuelas.

Desde entonces hasta el día de hoy ha seguido en ellas ejercitando su actividad y celo, ya explicando diversas Asignaturas en el Internado de Maestros, ya organizando un primoroso teatro infantil, para el que escribió obritas y juguetes interesantes, de sabor y gusto avemariano y

granadino, ya fomentando la piedad entre las jóvenes, dirigiendo la Congregación de Hijas de María, ya supliendo a Don Andrés en ausencias y enfermedades, y siempre trabajando por Dios y de balde.

Estos trabajos no le impidieron cursar por libre en esta Universidad los estudios de Derecho y Filosofía y Letras, terminando ambas Carreras con las mejores calificaciones.

Bastan estos datos para esperar del primer sucesor de Don Andrés una labor provechosa para el Ave María, ya que en él concurren inteligencia clara, gran corazón, desprendimiento, amor a la Obra y afecto intenso al Fundador.

No está solo, y con él colaboraremos todos sin otra mira que hacer el bien y dar mucha gloria a Dios y a la Patria.

Sólo resta para terminar, rogar a los amigos del Ave María que no se cansen de proteger a esta benemérita Institución, pues aunque Don Andrés se ha ido al cielo, desde allí pedirá por nosotros, y la Obra seguirá en todo el plan que él nos dejara al morir.

Es obra de Dios, y Dios nunca abandona a los que en Él confían.

He aquí dibujada muy a la ligera la figura venerable de nuestro gran Don Andrés Manjón.

Aprendamos todos a imitar sus virtudes y como él trabajemos sin cesar «por Dios y por la Patria».

## RESUMEN

**Don Andrés Manjón**

**Nació** en Sargentos (Burgos) el 30 de noviembre del año 1846.

**Estudió** Teología en Burgos y Derecho en Valladolid.

**Enseñó** en Madrid durante 5 años en el Colegio de San Isidoro.

**Fué nombrado**, previa oposición, Catedrático de la Universidad de Santiago en el año 1879.

**Fué trasladado** a la de Granada en 1880.

**Obtiene** una Canongía en el Sacro Monte, mediante oposición, el 16 de julio 1886.

**Se ordena** de Sacerdote el 20 del mismo mes y año.

**Funda** las Escuelas del Ave-Maria en el año 1888.

**Trabaja** incansablemente en ellas hasta propagarlas por toda España y por el extranjero.

**Escribe** muchos libros, que buenos y malos leen, admiran y comentan.

**Habla** sobre educación y enseñanza en diversos Congresos Católicos con gran aplauso de quienes le oyeron.

**Huye** del mundo y se esconde en sus Escuelas, para en ellas y con ellas ganar cielo.

**Renuncia** cargos brillantes que le ofrecen con gran interés, porque dice «que él sólo está bien y contento, cuando convive con los niños».

**Se prepara** con la oración, el trabajo y los sufrimientos para emprender el viaje a la eternidad.

**Muere santamente en su pobre celda del Sacro-Monte el 10 de julio del año 1923.**

**Pasean triunfalmente su cadáver todos los granadinos, y el Gobierno le concede los mayores honores que a los muertos pueden tributarse.**

**Lloran su muerte ricos y pobres, grandes y pequeños, sabios e ignorantes, nacionales y extranjeros.**

**Se entierra su cadáver en las Escuelas del Ave María.**

**Y a su sepulcro acuden muchos a impetrar su protección.**

**Beati mortui qui in Domino moriuntur.**

Muere santamente en su pobre celda del Sa-  
 cto Monte el 10 de julio del año 1953.  
 Baxant instalando su laboratorio en los  
 estudios y el laboratorio de los mayo-  
 rales.

INDICE

Prólogo . . . . .

PRIMERA PARTE

I—	Ennio y padres	3
II—	Don Domingo Manón y Don Cipriano	10
III—	Las prescripciones	10
IV—	Sus primeros estudios	20
V—	Ingresó en el Seminario de Burgos	20
VI—	Curso de 1864	30
VII—	Suspensión de ordenación	35
VIII—	Residencia en Valladolid	38
IX—	Cinco años en Madrid	40
X—	Discute en su juventud con los enemi- gos de la Iglesia	43
XI—	El romboide católico	46
XII—	Su traslado a Granada	52
XIII—	La Juventud Católica	53
XIV—	Es nombrado profesor del Instituto Mon- te. Su ordenación	59
XV—	Carta de Don Andrés con motivo de su ordenación	60
XVI—	Hace oposiciones a una Canonja del Sacro Monte	60

# INDICE

## PAGINAS

Prólogo . . . . .	7
-------------------	---

## PRIMERA PARTE

I.—Pueblo y padres . . . . .	9
II.—Don Domingo Manjón y Don Cipriano Hidalgo . . . . .	13
III.—Las Preceptorías. . . . .	16
IV.—Sus primeros estudios . . . . .	20
V.—Ingresa en el Seminario de Burgos. . . . .	26
VI.—Curso de 1863-64 . . . . .	30
VII.—Suspende la ordenación . . . . .	35
VIII.—Estudia en Valladolid . . . . .	38
IX.—Cinco años en Madrid . . . . .	40
X.—Discute en su juventud con los enemi- gos de la Iglesia . . . . .	43
XI.—Es nombrado catedrático . . . . .	46
XII.—Su traslado a Granada. . . . .	49
XIII.—La Juventud Católica.. . . . .	53
XIV.—Es nombrado Profesor del Sacro Mon- te. Su ordenación . . . . .	56
XV.—Cartas de Don Andrés con motivo de su ordenación . . . . .	60
XVI.—Hace oposiciones a una Canongía del Sacro-Monte. . . . .	66



XVII.—Ambiciones del nuevo Canónigo . . .	69
XVIII.—Su vida de Apostolado. Fundación de las Escuelas . . . . .	73
XIX.—Los principios de su apostolado . . .	76
XX.—El Santo Rosario . . . . .	82
XXI.—La Virgen y los niños levantarán la Capilla . . . . .	85
XXII.—Extensión de su obra . . . . .	90
XXIII.—Escuela de Sargentos . . . . .	93
XXIV.—La primera cocinera del Ave-María de Sargentos. . . . .	97
XXV.—Escuelas de la Quinta . . . . .	107
XXVI.—Don Andrés funda las Escuelas del Ave-María en el Triunfo . . . . .	110
XXVII.—Escuela de las Vistillas. . . . .	114
XXVIII.—Funda el Seminario de Maestros . .	118
XXIX.—El arte de hacer Maestros. . . . .	121
XXX.—Propagación de las Escuelas del Ave-María . . . . .	125
XXXI.—Congreso católico de Burgos. . . . .	141
XXXII.—Congreso católico de Santiago . . .	144
XXXIII.—Congreso catequístico de Valladolid	147
XXXIV.—Obra literaria de Don Andrés . . .	152

## SEGUNDA PARTE

I.—La Cruz de Alfonso XII . . . . .	159
II.—Don Andrés considerado como Sacer- dote . . . . .	162
III.—Don Andrés Misionero . . . . .	166

IV.—Don Andrés predicador . . . . .	169
V.—Don Andrés, Maestro . . . . .	174
VI.—Don Andrés, Catedrático . . . . .	178
VII.—Don Andrés, patriota . . . . .	182
VIII.—Don Andrés, periodista . . . . .	186
IX.—Don Andrés, escritor . . . . .	191
X.—Virtudes de Don Andrés . . . . .	197
XI.—Su última enfermedad . . . . .	212
XII.—Su santa muerte . . . . .	234
XIII.—Funerales y entierro . . . . .	239
XIV.—Después de la muerte . . . . .	245
Resumen . . . . .	251

GRABADOS

Retrato de D. Andrés Manjón . . . . .	5
Casa en que nació D. Andrés . . . . .	12
El seminarista Andrés Manjón a los 17 años . . . . .	31
D. Andrés, Catedrático de la Uni- versidad de Granada . . . . .	50
D. Andrés Manjón, Canónigo del Sa- cro-Monte . . . . .	72
La Maestra Migas . . . . .	81
Escuelas fundadas por D. Andrés en Sargentos . . . . .	98
Capilla ardiente . . . . .	246





CG-10844

Anna Maria de D'Om Ambrés Manjón